

# BILL BARNES

*Aventurero del Aire*



**LAS ALAS  
DE LA MUERTE**



GEORGE L. EATON



HOMBRES  
AUDACES  
**20**  
ctvs

Lectulandia

Cada vez son más frecuentes las noticias de explosiones provocadas por cóndores gigantes en capitales de repúblicas sudamericanas, especialmente en la zona de los Andes. La que recibe la mayor cantidad de atentados es Valverde, la capital de la república de Bolivia. El financiero Morgan Catesby, antiguo enemigo de Bill Barnes, desea contratar sus servicios para acabar con esta amenaza, ya que tiene muchos intereses financieros en Bolivia. Barnes se niega en redondo a atender su petición.

**Lectulandia**

George L. Eaton

# **Las alas de la muerte**

**Bill Barnes 2**

ePub r1.0

Joselin 13.10.14

Título original: *Wings of death*  
George L. Eaton (Malcolm Wheeler-Nicholson), 1934  
Traducción:  
Diseño de cubierta: Frank Tinsley  
Retoque de cubierta: Joselin

Editor digital: Joselin  
Digitalización: H.M. Haird  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## CAPÍTULO PRIMERO

—¡Maldita sea mi estampa! —exclamó Shorty Hassfurther—. Es la cosa más extraña que he oído.

Hallábanse en la sala de mandos del campo de aviación de Long Island, de Bill Barres, que ya empezaba a ser conocido internacionalmente. Red Gleason levantó los ojos con expresión irónica, aunque tenía un genio muy vivo. Todos querían a Shorty, quien a la sazón leía un periódico de la mañana.

—¡Es extrañísimo! —anunció—. Esta es la segunda vez que alguien ha bombardeado una de las capitales de la América del Sur.

—¿Y qué hay de extraño en eso? —preguntó perezosamente Cy Hawkins—. Esos americanos del Sur tienen la sangre muy caliente y siempre se hacen la guerra.

—Sí, tienen una gran predilección por las actividades explosivas —observó Beverly Bates.

—Bueno, ¿y qué hay de extraño en ese bombardeo? —preguntó Red Gleason, volviéndose hacia Shorty.

Este frunció el ceño mientras leía.

—Aquí dice, que la cosa ocurrió una tarde despejada en la ciudad de Valverde. Estaba reunido el Congreso cuando apareció algo en el cielo, cayó sobre el edificio y mató a una docena de diputados. No había un solo aeroplano por allí. Y lo más raro —añadió Shorty—, es que en el ciclo sólo se veía uno de esos pajarracos enormes, a los que creo tienen el nombre de cóndores. Parecía flotar en el aire cuando, de pronto, se dirigió rápidamente contra el edificio del Congreso y en el acto resonó una enorme explosión.

—Alguna coincidencia —observó Beverly Bates.

—No creo en esas coincidencias, porque hace pocos días ocurrió lo mismo, en otra capital suramericana, situada a cierta distancia, llamada Sierra Roja, que es la capital de una de esas republicas. Aquella vez la explosión se originó en la cúpula del palacio del presidente. Tampoco había nada a la vista, ningún aeroplano de bombardeo ni otra cosa parecida. Nada más que uno de esos cóndores, que planeaba por allí. De pronto el pajarraco se arrojó contra el palacio del presidente y entonces se oyó la explosión. ¿Qué os parece eso?

Sus compañeros lo miraron indecisos.

Scotty Mac Closkey, el diminuto escocés, se rascó la oreja, muy apurado.

A pesar de sus grandes conocimientos acerca de los aparatos aéreos, y de todo lo que se refería a la aviación o a la aerostación, no podía comprender aquello.

—No he entendido muy bien lo que acabas de decir —exclamó.

Beverly Bates tomó el periódico y leyó el relato.

Los compañeros estaban discutiendo aquel asunto cuando se abrió la puerta para dar paso a la alta y rubia figura de Bill Barnes. Este tenía tal autoridad en su parte y en sus maneras, que naturalmente, se destacaba de entre sus compañeros, pero pocas personas, al verlo por vez primera, se habrían imaginado que aquel joven alto y de ojos azules, a pesar de su ninguna jactancia, era el mejor aviador del mundo, que detentaba un sinnúmero de records, que había ganado en un concurso de vuelo alrededor del mundo y que además era un ingeniero de aviación tan notable, que estaba revolucionando todo el arte del vuelo.

Aquel enorme campo de aviación de Long Island era suyo y aquellos hombres sus leales subordinados, dispuestos a ir al fin del mundo por él y a luchar con toda su alma en cuanto él se lo ordenase.

Sus primeras luchas para poseer aquél campo de aviación habían alcanzado el éxito. Gracias al rápido y tumultuoso viaje a la lejana Alaska y a su participación, en el tesoro del antiguo volcán, pudieron aquellos aviadores independizarse y tener la seguridad de no sufrir apuros económicos.

Sin embargo, la inacción empezaba a molestarles. La rutina de llevar a cabo los vuelos diarios empezaba ya a aburrirles y todos ansiaban alguna aventura.

Por consiguiente, miraron esperanzados a su jefe y en dirección a la carta que sostenía en la mano.

—Aquí tenemos una oferta de trabajo —anunció Bill Barnes. Sus compañeros miraron. Expectantes—. De todos modos es algo raro —continuó el joven, dirigiendo una mirada al papel que tenía en la mano—. Hay en eso algo muy misterioso —desplegó la carta mientras la releía, frunció el ceño.

—¿Dónde quieren que vayamos? —preguntó Cy Hawkins.

—A la América del Sur. A una ciudad llamada Valverde.

Todos se miraron mutuamente. ¡Valverde! Precisamente la misma ciudad en que ocurrió aquel extraño bombardeo. Pero aguardaron las siguientes palabras del jefe.

—Sí —continuó el joven—, esta carta procede de un grupo bancario que tiene grandes capitales invertidos en esa república suramericana y parece que algún peligro amenaza a esos capitales, aunque no lo explican en la carta. Sea como fuere, desean que vayamos allí todos nosotros para luchar contra alguien, aunque ignoro con quien.

El grupo de aviadores parecía estar muy interesado. Red Gleason se puso en pie, como dispuesto a partir. Y aun el lento Cy Hawkins, sin abandonar su asiento, se inclinó hacia delante.

—Tengo ganas de luchar contra alguien, en cualquier lugar y tiempo, siempre que sea cosa de moverse —dijo en tono perezoso.

—Sí, estamos demasiado tranquilos —observó Bill Barnes, pensativo, mientras se golpeaba los dientes con un lápiz—. Precisamente estaba tratando de recordar si

conocía alguien por allí.

—Sí, conoce usted a un muchacho —le recordó Scotty Mac Closkey—. ¿Se acuerda usted de aquel joven en Valverde que, al darse cuenta de que había perdido su tren de aterrizaje, se elevó en el aire y dando vueltas en torno de su aparato le avisó de lo ocurrido?

—¡Ah, sí! —exclamó Bill Barnes, mientras se iluminaba su rostro—. Casi había olvidado aquellos «bolos». ¿Cómo se llamaba aquel muchacho? Emilio de la Fuente. Sí, era una persona decente. Creo que su padre ocupaba, un alto cargo en el gobierno de su país, pero han pasado ya dos o tres años —Bill Barnes volvió a mirar pensativo la carta—. Quisiera saber de qué se trata —murmuró.

Luego, como decidiéndose de pronto, se dirigió al teléfono y pidió comunicación con Nueva York. Un momento después sus compañeros le oyeron decir:

—Sí, he recibido su carta... no entiendo claramente lo que desean de nosotros ¡Ah, ya veo! ¿South American Developments, Incorporated? —Bill Barnes repitió este nombre—. En alguna parte he oído hablar de esta compañía —observó—. ¿Quién está al frente de ella...? ¿Dice usted que su presidente es Morgan Catesby...? ¿Sí...? Sí... lo siento, pero eso me obliga a desistir —añadió en tono frío.

Sus oyentes aguzaron el oído al percibir aquel nombre que tantas cosas siniestras y tantas traiciones les recordaba. A todos les pareció volver a ver al financiero que ya una vez intentó contratar, sin resultado, a Bill Barnes y al ver que no lo conseguía, utilizó todos los medios, aun los menos escrupulosos, para arruinar al joven aviador y hacer fracasar su aventura financiera. Y entre los allí reunidos hubo un murmullo de disgusto.

—No. Me es imposible —añadió Bill Barnes con acento severo—. No quiero aceptar ninguna proposición en la que pueda estar interesado Morgan Catesby. Sí. Me permito este lujo —exclamó—. No, es imposible, a cualquier precio y cualesquiera que sean las condiciones... no quiero su dinero, y poco me importa su hostilidad... lo siento... adiós.

Y fue a reunirse con el grupo de sus compañeros.

—Bueno, eso nos obliga a desistir —dijo Shorty con acento de pesar—. Y es una lástima, porque estoy seguro de que por allí ocurren cosas curiosas.

Diciendo esto entregó a Bill Barnes el periódico que refería el misterioso bombardeo. El joven aviador leyó con la mayor atención y luego dijo, como si hablara consigo mismo:

—Sin duda, ocurre allí algo raro. Me gustaría saberlo.

—¿Y por qué no se lo pregunta al joven Emilio de la Fuente? —aconsejó Scotty Mac Closkey.

—¡Buena idea! —exclamó Bill Barnes mientras anotaba algo al extremo de la carta.

—Quizá el hijo de Morgan Catesby tenga algo que ver en la cosa —murmuró Red Gleason—. Se puede tener la seguridad de que en eso hay algo sucio si él ha metido el dedo.

Beverly Bates estaba en pie junto al oído eléctrico. La sensible aguja se movía por la superficie del papel.

—Por ahí cerca anda un avión —exclamó—. Procede del Sur. ¿Esperan ustedes a alguien? —todos menearon negativamente la cabeza y Beverly Bates siguió examinando la aguja indicadora—. Parece que se halla en un apuro —añadió al observar las extrañas oscilaciones del instrumento.

Bill Barnes miró por encima de su hombro.

—No hay duda de que a ese piloto le pasa algo —confirmó—. Salgamos al campo para ver si podemos hacer algo en su ayuda.

Sin replicar palabra, salieron todos. El cielo estaba cubierto y las nubes muy bajas. Todos observaron en silencio al extraño visitante, quienquiera que fuese.

—Ahí está —observó Red Gleason, señalando un punto negro que planeaba descendiendo hacia ellos como hoja caída del árbol—. Y va a aterrizar con cierta violencia.

Permanecieron en silencio mientras observaban el avión que descendía hacia ellos, pues era evidente que el piloto luchaba con alguna dificultad.

Mas parecía que el avión careciese de gobierno, pues su maniobra de aterrizaje era muy torpe y tan pronto se inclinaba hacia un lado como a otro.

De repente se ladeó y mientras, horrorizados, miraban los aviadores, pudieron ver a un aeroplano de cabina abierta, que casi se estrelló contra el suelo al ponerse en contacto con él. Echaron a correr hacia el aparato. De los hangares salieron varios mecánicos. El primero en llegar fue Beverly Bates, que tenía las piernas muy largas.

Por suerte había sido cortado el encendido del motor y así no hubo el subsiguiente incendio que acabara de destruir el destrozado fuselaje.

Beverly Bates se inclinó sobre la inmóvil figura que aparecía rodeada de los restos de la carlinga. Se enderezó muy pálido y sus compañeros lo rodearon.

Y hubo un segundo de doloroso silencio.

El piloto, inclinado hacia delante sobre el asiento, estaba muerto, pero, según pudieron observar todos, no murió a consecuencia del accidente. Todos pudieron notar que por debajo del omoplato izquierdo le asomaba la empuñadura de un cuchillo cuya hoja estaba clavada en su cuerpo.



## CAPÍTULO II

### CONDENADO A MUERTE

Instintivamente todos examinaron el destrozado aparato en busca de otro ser humano; del que cometió aquél extraño asesinato en pleno aire, pero no sólo no había ninguna huella de otra persona sino que, como notaron muy pronto, la abierta carlinga de aquel monoplano de caza, sólo tenía un asiento. No había sitio para un pasajero. Bill Barnes estudió el dibujo y la matrícula que se veía en el fuselaje del aparato, mientras parecía muy preocupado.

—¿No es esta la insignia de Rolivia?

Los otros examinaron el emblema y luego se miraron con expresión interrogadora.

—¡La capital de Rolivia es Valverde! —exclamó Bill Barnes.

Pero apenas le oyeron sus compañeros, porque todos estaban muy preocupados por lo que veían. Dudaban de la evidencia de sus sentidos, porque no es muy corriente que a un hombre le den una puñalada cuando está en pleno aire y solo en su aeroplano, y al ver que realmente era así, no hallaban ninguna explicación al caso.

—El oído eléctrico no indicó más que el ruido producido por un sólo aparato —dijo Beverly Bates en voz muy alta y como hablando consigo mismo.

Y todos miraron hacia las bajas nubes, esforzándose en descubrir por qué medio misterioso aquel desconocido piloto había hallado la muerte a poca altura sobre el campo de aterrizaje.

Scotty Mac Closkey observó que el cadáver aun estaba caliente. Con toda seguridad había muerto pocos minutos antes y también Scotty quitó las gafas del aviador y pudo ver a un individuo moreno, de bigote negro y rostro juvenil.

—Me parece que usted conoce a este piloto —dijo, volviéndose a Bill Barnes.

—¡Dios mío! —exclamó éste—. Es precisamente el hombre de quién hablábamos antes. ¡Es el joven Emilio de la Fuente!

Pero eso, en vez de esclarecer el misterio, lo hacía más denso aún. Ninguno de ellos pudo imaginarse qué haría un aeroplano de Rolivia tan lejos de su país, menos aún por qué aquel joven aviador hispanoamericano llegó muerto al campo de aviación de Bill Barnes, de quien una vez se mostró buen amigo.

Era un misterio siniestro y ominoso.

Bill Barnes había dado órdenes para que se avisara inmediatamente a la Policía del estado, y los agentes no tardaron en llegar. Mas, aparte de tomar todos los datos que les fue posible descubrir, en nada contribuyeron a esclarecer el misterio.

Con el mayor cuidado sacaron el cadáver del piloto, y sus documentos dieron a

entender que se llamaba Emilio de la Fuente y que, en caso de accidente, debían de avisar a don Felipe de la Fuente, calle del Comercio, 14, República de Rolivia, América del Sur.

Bill Barnes en persona redactó el radiograma para avisar al padre.

Lamentaba mucho el pesar que causaría aquella noticia, porque guardaba agradable recuerdo del cortés y distinguido hispanoamericano. El aeroplano estaba bastante averiado, pero aun había posibilidad de reconstruirlo, tarea de la cual se encargó Scotty Mac Closkey.

—Os aseguro —exclamó Shorty Hassfurther—, que a pesar de todo, nos veremos envueltos en este asunto. Tengo el presentimiento...

—¡Vete a paseo con tus presentimientos! —le contestó Red Gleason—. Con el último que tuviste perdí doscientos dólares.

—¿Y cómo sabía yo que iba a perder el caballo? —replicó Shorty—, pero ahora te aseguro que lo ocurrido nos va meter en este asunto.

—No hay necesidad de que vengas a decírnoslo —contestó Cy Hawkins—. Por una parte tenemos a nuestro antiguo amigo Morgan Catesby, que quiere meternos en el fregado suramericano. Luego hay unos extraños cóndores que se dedican a volar edificios públicos en Valverde, y luego ese extranjero también viene de allí y cae muerto en nuestro campo. Todo eso tiene cara de meternos en algo nuevo. Al parecer no es posible que vivamos tranquilos.

La policía había terminado ya su tarea, llegó el coroner, tomó datos y por fin, aparecieron los periodistas, cuyos esfuerzos tuvieron por resultado recibir más noticias de la pequeña república de Rolivia, pues a consecuencia de la muerte del piloto roliviano, se hablaba detalladamente del estado político de aquella república.

En el campo de aviación de Bill Barnes pudieron leer a la mañana siguiente que don Felipe de la Fuente había sido presidente de la república de Rolivia, pero que fue depuesto y reemplazado por un tal Esteban de Murales.

Los periódicos daban a entender que este último era el hombre de confianza de un poderoso grupo bancario de Wall Street, que estaba interesado en los yacimientos de nitrato de la pequeña república. También hablaban los periódicos del misterioso bombardeo del Congreso de la capital de la república y hacía notar que antes de la explosión no se vió en el cielo más que un cóndor que flotaba en el aire, planeando, cosa bastante frecuente en aquella región andina.

Los periódicos publicaron también algunos mapas, mostrando los territorios de las repúblicas de Rolivia, Baria y Solania, tres diminutos estados andinos cuyas fronteras llegaban a grande altura en la cordillera, que es la espina dorsal del continente sudamericano.

Publicábanse también algunos artículos debidos a las plumas de los especialistas en asuntos suramericanos y se daba cuenta de la situación política, de la geografía y

de la historia de aquella pequeña república. Y también se refería al pormenor el misterio, del bombardeo del palacio presidencial en Sierra Roja, la capital de Baria, es decir, que la atención pública de la república norteamericana se concentró en aquellos tres países, pequeños y relativamente desconocidos.

\* \* \*

A hora avanzada de la tarde del siguiente día, Bill Barnes recibió un radiograma en español que expresaba el triste y cortés agradecimiento del padre del piloto muerto, y además rogaba que se enviara el cadáver a su país natal.

Gracias al interés concedido por los periódicos a aquella parte de América, sintióse algo semejante a la cólera en cierta oficina de Wall Street. Nada menos que el mismo Morgan Catesby leyó los titulares y manifestó su desaprobación ante aquellas pruebas, de interés público.

Su secretario había señalado con lápiz azul una o dos referencias, hacia las actividades de la South American. Developments Inc. Uno de los periódicos más liberales daba a entender que las actividades de esta corporación eran responsables de la mayor parte de las perturbaciones que afligían a aquellas pequeñas repúblicas hispanoamericanas.

La cólera y la preocupación de Morgan Catesby aumentaron más al recibir un radiograma aquella misma tarde. Su contenido le hizo fruncir el ceño y llamar a uno de sus subordinados, joven corpulento de cara rojiza y de aspecto muy importante, que tributó grandes muestras de respeto a su jefe.

—Oiga, Barry, acabo de recibir un radiograma de Morales, en Valverde. Mc dice que ese maldito Felipe de la Fuente sigue de nuevo el sendero de la guerra.

—Me figuré que ya habíamos acabado con ese viejo idiota—exclamó Barry Crushing.

—Es evidente que no, pero conviene arreglar eso cuanto antes.

Morgan Catesby trazó unas líneas en el bloque de papel que tenía delante, cuyo significado era muy sencillo, pero en extremo grave, puesto que equivalía nada menor que a una sentencia de muerte contra el honrado hispanoamericano don Felipe de la Fuente.

—¿Y qué hay de ese individuo que fue hallado muerto en el campo de aviación de Bill Barnes? ¿Qué hay en el fondo de todo eso?

—Precisamente iba a hablar del particular—contestó impaciente Morgan Catesby—. Al enterarme de ello estaba ya seguro, pero este radio acaba de confirmarlo. El caso es Barry, que los intrigantes de Valverde, capitaneados por el viejo, enviaron a ese joven Emilio para pedir el auxilio de Bill Barnes.

—En otras palabras, que de nuevo habremos de luchar contra ese individuo.

—Si puedo detenerlo no habrá necesidad —contestó Morgan Catesby con rostro amenazador, mientras tamboreaba con los dedos en su mesa escritorio—. Esos idiotas de Valverde harán todo lo posible para conseguir los servicios de Barnes. Es preciso vigilar a ese individuo, Barry.

—Tendré un espía en el campo de aviación para averiguar lo que pasa —contestó el interpelado.

—Ya lo intentamos una vez sin resultado —replicó Morgan Catesby.

—Lo sé, pero ahora trabajaremos de otro modo. Tengo a mi disposición la persona más indicada. Esta vez será una mujer.

¿—Quién es ella? —preguntó Catesby, receloso.

—En primer lugar una actriz consumada y luego no tiene conciencia. Además, también es suramericana, de la Argentina. Podría pasar por hermana del joven de la Fuente.

—¿Sabe usted si el viejo tiene una hija? —preguntó Morgan.

—Me parece que sí.

—Bueno, pues adelante. No es mala idea, Barry.

Así quedó decidido. Luego Morgan Catesby se dirigió al teléfono y llamó a un tal «Mico» Morton, que no tenía ninguna amistad hacia Bill Barnes, y Morton se alegró muchísimo de poder hacer algo contra su antiguo enemigo.

Mico Morton, que era la deshonra de los aviadores y que no podía soportar la idea de que Bill Barnes hubiese alcanzado tantos premios y distinciones, se encaminó al despacho de Catesby y llegó cosa de media hora más tarde.

Era un individuo de aspecto repulsivo, de brazos largos como los de los cuadrumanos, la cabeza casi cilíndrica, las cejas salientes y la mandíbula inferior de extraña conformación. Todas estas características fueron causa de que le apodaran «Mico».

Mientras tanto, en el campo de aviación de Bill Barnes, éste no sospechaba ni remotamente la conspiración que se fraguaba contra él.

El misterio del piloto muerto continuaba ocupando todas las ideas de Bill Barnes y de sus hombres. Mas por mucho que se esforzaron, les fue imposible hallar la solución de la extraña muerte del joven aviador. Ni siquiera conocían la razón de su llegada.

Cosa de cuarenta y ocho horas más tarde, otro aeroplano desconocido describió un círculo por encima del campo, al oscurecer, y señaló que se disponía a aterrizar.

Aquel aparato les pareció conocido y los vigilantes no tardaron en darse cuenta de que pertenecía al mismo tipo que tripulaba el joven hispanoamericano que llegó muerto. Y en cuanto aterrizó el aparato vieron que llevaba la misma insignia perteneciente a la república de Rolivia.

Pero esta vez el piloto no había muerto. AL salir de la carlinga y poner el pie en el

suelo, todos los que rodeaban el aparato tuvieron un verdadero sobresalto, pues, de momento, sintieron la impresión de que el muerto había resucitado, pero en breve se dieron cuenta de que el recién llegado era de menor corpulencia y más joven, aunque su parecido con el otro resultaba extraordinario.

Y esta circunstancia quedó explicada inmediatamente en cuanto el recién llegado se presentó con el nombre de Ricardo de la Fuente, hermano del aviador muerto.

Mientras cuidaban de su aparato, Bill Barnes llevó al joven piloto a su despacho. El recién llegado estaba en extremo fatigado a consecuencia del largo viaje y en sus ojos se advertía cierta expresión de temor.

—Me ha sido muy difícil escapar —dijo—. Además dispararon contra mí y aún me siguieron.

—Está usted, sin duda, derrengado. ¿Quiere comer o beber algo y descansar un rato?

—Es imposible —contestó el joven piloto, que parecía muy nervioso—. Mi hermano, que fue asesinado, vino a traerle a usted un mensaje, vino a solicitar su ayuda, aunque ello le costó la vida. Y ahora, señor Barnes, he venido en su lugar para preguntarle si quiere ayudar a mi desgraciado país.

Mientras seguía hablando, muy excitado, Bill Barnes lo escuchaba gravemente, porque el joven, apenas salido de la niñez, le refirió una terrible historia. Las indicaciones publicadas por los periódicos se basaban en hechos indiscutibles, que el joven explicó con más detalles y de los cuales resultaba que su país era víctima de una terrible explotación por parte de una cuadrilla de bandoleros de Wall Street.

Todo se debía a los nitratos. Don Felipe de la Fuente, durante su mandato de presidente, trató de conservar para su país los productos de los yacimientos de nitratos. Rehusó toda suerte de sobornos que podían haberle convertido en hombre riquísimo e insistió en conservar para la nación la propiedad de aquellas riquezas, gracias a lo cual podría seguir construyendo escuelas y caminos y contribuir a la felicidad del pueblo.

La recompensa de su honradez fue la entrada de unos hombres desconocidos en el país, que se dedicaron a comprar los políticos venales y luego, con su oro, organizaron una revolución de traidores que depusieron al altruista don Felipe, elevando a su alto cargo a un presidente, Esteban de Morales, que no era, ni más ni menos, que un muñeco en las manos de los banqueros y que gobernaba por medio de un individuo llamado Toribio Fierro.

Este, que era ministro de la guerra, explotaba desvergonzadamente el país, llenaba las cárceles de los patriotas que protestaban de tal estado de cosas.

Tan mala llegó a ser la situación que, por fin, don Felipe de la Fuente, a ruegos de su hijo, intentó buscar auxilio fuera del país. La fama de Bill Barnes había llegado a la pequeña república y así los patriotas se volvieron esperanzados hacia el hombre

que no solamente era en extremo considerado por su habilidad como aviador, sino también por su valor y su honradez.

Poco tenía que ofrecer, a excepción de la esperanza de una recompensa eventual cuando recobrará el poder, pero el joven Emilio de la Fuente, al ser portador de esta oferta, halló la muerte casi en el mismo campo de aterrizaje.

Mientras tanto, en Valverde corría la noticia del mal destino alcanzado por el joven y veinticuatro horas después los soldados fueron a prender a su padre, don Felipe, y lo metieron en la cárcel.

—No hay tiempo que perder —dijo el joven hispanoamericano en tono dramático, porque ya habían dictado pena de muerte contra don Felipe.

Este constituía la única esperanza del país, y el jefe adorado por todos los pobres ciudadanos de la república, había de ser fusilado al amanecer del sábado siguiente, o sea, tres días después.

El joven hispanoamericano examinó el rostro de Bill Barnes, tratando de adivinar sus sentimientos, pero no advirtió en él ninguna emoción y así el joven se desalentó.

—¿De modo que no quiere usted ayudarnos? —preguntó casi con un sollozo.

—Les ayudaré a ustedes con todos mis hombres, todos mis aparatos y todo mi dinero —contestó Bill Barnes.

## CAPÍTULO III

### LA SOMBRA

Tan inesperada respuesta hizo casi desorbitar los ojos del joven durante un segundo y luego se apresuró a manifestar su gratitud casi de un modo molesto, porque se arrojó al cuello de Bill Barnes, aunque desistió en el acto de esta expresión de afecto, en cuanto el joven americano tomó un bloque de papel y un lápiz para calcular rápidamente las distancias, las horas y las rutas.

—Al parecer habremos de luchar contra toda la fuerza que posee ese Morales —contestó el aviador.

—Sí, señor —contestó el suramericano—. Son muchos y están bien armados. Pero también hay una fuerza de revolucionarios en espera de un jefe, sin contar a los rancheros y a los indios que acudirán en nuestra ayuda. Sólo se trata, pues de vencer a los asesinos que están a las órdenes del Presidente.

—¿Y sabe usted algo de esos extraños bombardeos, de esos cóndores que de un modo tan misterioso dejan caer explosivos?

—Sólo Dios sabe lo que es eso —contestó el joven Ricardo de la Fuente—. Los indios dicen...

Pero se interrumpió en seco.

—¿Qué dicen los indios?

—Que eso es un efecto de la cólera de los antiguos dioses que cae sobre los conquistadores del país.

Bill Barnes, distraído mientras seguía calculando. Luego levantó la cabeza de pronto y preguntó:

—¿Cuál es la actitud de los indios con respecto a los blancos?

—Parecen estar un poco recelosos —contestó el joven—, aunque algunos de ellos son muy fieles y leales. Pero recuerdan las glorias de sus antepasados y de sus primeros jefes, los Incas. Y ahora empiezan a hablar de nuevo del Valle de las Alas de la Muerte.

—El Valle de las Alas de la Muerte —repitió Bill Barnes—. Eso suena de un modo muy desagradable. ¿Y qué es eso y dónde está?

—¡Quién lo sabe! —contestó el joven, encogiéndose de hombro—. Alguien asegura que se trata de un valle verdadero, y otros dicen que allí viven los antiguos Incas y que guardan su tesoro en espera del día en que reconquistarían el poder.

—El Valle de las Alas de la Muerte —repitió Bill Barnes antes de reanudar sus cálculos—. Puedo llevar fácilmente a mis hombres a esa república, equipados, arriados y dispuestos para lo que sea, pero no creo que puedan conseguir la salvación

de su padre.

—¡Oh, es preciso salvarlo! —exclamó el joven Ricardo muy pálido.

—Yo lo intentaré —contestó Bill Barnes—. Pero eso significa que habré de enviar a uno solo, en tanto que cuido de reunir a los hombres restantes y seguirlo.

—Serán muchos contra él —objetó el joven Ricardo—. Y un hombre puede hacer muy poco contra muchos.

—Es la única oportunidad que tenemos —contestó Bill Barnes—. Saldrá por la mañana en dirección a Valverde. Ahora dígame dónde está encerrado su padre y qué guardias tiene.

Siguió interrogando a Ricardo hasta que, por fin, conoció todos los detalles de la cárcel de San Juan, edificio de altas paredes y negros calabozos, en cuyo patio se habían realizado muchas ejecuciones desde el advenimiento al poder de Esteban de Morales y de su cruel ministro de la guerra Toribio Fierro.

Una vez en posesión de esos informes, Bill Barnes, se convirtió de nuevo en anfitrión y trató de que su huésped descansase y tomara algún alimento. Al fin, consiguió que el joven Ricardo durmiese cuatro horas antes de emprender el viaje de regreso, para el cual estaba absolutamente decidido.

Nadia de cuanto dijo Bill Barnes fue capaz de disuadirlo y así, fiel a su propósito, cuatro horas después emprendió el vuelo de regreso para desafiar el peligro que amenazaba a su padre y a su país.

Bill Barnes no perdió ningún tiempo en informar a sus hombres acerca de los planes que había hecho y el campo de aviación se convirtió en una escena de intensa actividad. Sacaron los aparatos de los hangares, montaron en ellos las ametralladoras y prepararon los equipos, las provisiones y las municiones, que se cargaron en tres grandes trimotores de transporte.

Mientras tanto, Scotty Mac Closkey, feliz en su elemento, sacó de su hangar el aparato de Bill Barnes, aquel extraño Abejarrón que podía aterrizar en la tierra y en la nieve, o posarse en el agua; Que estaba dotado de unos rotores de autogiro, plegables, que podían extenderse a voluntad para aterrizar en un pequeño espacio.

Además, tenía las alas plegables, cuando se utilizaban las palas del autogiro para levantarse rápidamente en la atmósfera y también poseía una terrible velocidad y una facilidad de maniobra que lo convertía, en muchos aspectos, en el aparato más moderno del mundo.

Los trabajos de Bill Barnes viéronse interrumpidos por otra visita, la cual obligó a cesar en sus trabajos a todos los hombres en cuando pusieron los ojos en ella. Era una muchacha de hermosura extraordinaria, de ojos como estrellas y rostro bellísimo. Penetró en el despacho y rogó a Bill Barnes, con voz conmovida, que le diese cuenta de cuanto supiera acerca de la muerte de su hermano.



Aquella muchacha llevaba un traje ceñido, de terciopelo, que dejaba al descubierto una parte de los hombros, blancos como el marfil. Llevaba el negro cabello muy pegado a la cabeza, cosa que le daba aspecto de muchacho, a pesar de que era muy femenina.

No es exagerado decir que produjo gran sensación en el campo de Bill Barnes. Mientras éste hablaba con ella, todos los hombres del campo de aviación encontraron alguna excusa para penetrar en el despacho de su jefe.

Aunque el pesar de la joven por la muerte de su hermano era evidente, no olvidó sus gracias femeninas y el poder que tenía sobre los hombres, de modo que incluso Bill Barnes que, por regla general, se mostraba indiferente por las mujeres, tuvo que luchar para no rendirse ante los encantos de aquélla.

La joven manifestó una gran sorpresa al enterarse de que su hermano Ricardo había estado allí, y manifestó su profundo pesar por no haber podido saludarlo. Bill Barnes se dijo que era la mujer más atractiva que había visto en su vida e hizo cuanto le fue posible para calmar su pena.

Ella aceptó muy amable su invitación de permanecer en el aeródromo mientras se hacían los preparativos para la expedición de socorro que había de salvar la vida de su padre. Bill Barnes le cedió el uso de su propia casa y trasladó sus efectos a una de las habitaciones sobrantes que tenían sus subordinados.

La joven se aprovechó inmediatamente del aislamiento que le habían proporcionado, dirigiéndose al teléfono. Pocos minutos después estaba conversando con Morgan Catesby y le dio cuenta de la llegada de Ricardo, del plan de Bill Barnes de enviar inmediatamente un hombre para impedir la ejecución de don Felipe y los preparativos que se hacían para salir inmediatamente toda la fuerza.

Morgan Catesby, después de colgar el receptor telefónico, se quedó pensativo, pero, inmediatamente, empezó a actuar. Llamó en primer lugar a Mico Morton.

—Bill Barnes mandará mañana por la mañana a uno de sus hombres a Valverde —le dijo por teléfono—. Procure que no salga de los Estados Unidos... Si, esa muchacha está ahora en el campo de aviación de Bill Barnes. Vive en la misma casita de Bill... sí, tengo el número de teléfono. Es éste —dio el número y luego escuchó las palabras de Morton—. Sí... es un buen plan, pero tenga cuidado. Esa muchacha averiguará cuál es el aeroplano que emprende la marcha... Muy bien, procure no fracasar en este cometido.

Y colgó el receptor.

Reanudó sus intensas reflexiones y luego redactó un radiograma en clave.

Iba dirigido a don Esteban de Morales, presidente de la república de Rolivia.

Ofrecía una extraña disposición de palabras que tenían un significado siniestro.

En aquel radio daba orden a Morales de apresurar la ejecución de don Felipe de la

Fuente. En el mensaje se avisaba igualmente la posible llegada de un aviador norteamericano para quien se había dispuesto ya una trampa, y que se había de capturar vivo o muerto, aunque mejor muerto.

Una vez expedido este radiograma, Morgan Catesby se reclinó en su sillón y se frotó las manos muy satisfecho, como hombre que acaba de tender bien sus redes.

Sus actividades dieron inmediato fruto. Un aeroplano se dirigió hacia al cuartel general de Bill Barnes, pero aterrizó a cosa de cinco millas del campo de aviación, donde le aguardaba un coche cerrado. Este emprendió rápida marcha hacia el campo y quedó oculto al lado del camino y entre el bosque, en tanto que una figura cautelosa se aproximaba en silencio a la casita en que a la sazón habitaba la joven.

Esta, que ya había sido avisada por teléfono, no se sobresaltó al oír la llamada a su ventana. La entreabrió y luego hubo una conversación en voz baja entre el desconocido y la muchacha que se hallaba en la estancia.

El desconocido le entregó un paquetito bastante pesado y se cerró la ventana. Luego aquel individuo retrocedió sin ser visto hacia la oscuridad y en dirección al automóvil oculto.

No era tarea difícil para cualquier intruso entrar y salir del campo de aviación sin ser visto, porque todo el mundo estaba preocupado en los preparativos de la proyectada expedición, de modo que, por entonces, la vigilancia había quedado abandonada.

Bill Barnes estaba muy atareados vigilando aquellos preparativos. Había escogido a Cy Hawkins para hacer el viaje solo a Valverde y Cy tomaba sus medidas para salir en cuanto amaneciese. Aquella noche cenaron tarde y Bill Barnes hizo preguntar a la joven Dolores si querría ir a cenar con ellos.

La joven siguió al mensajero, con lo cual obligó a Shorty Hassfurther a meterse de repente en su habitación, de donde salió bien lavado y mojado de pies a cabeza; llevaba el cabello peinado hacia atrás de un modo extraordinario. Shorty había de sostener su fama y no quería perder ninguna ocasión para ello.

Pero tuvo pocas oportunidades para lucir su figura.

—¿Quién es el hombre valeroso que emprenderá solo el viaje para salvar a mi padre? —preguntó la joven a Bill Barnes, que le señaló a Hawkins.

—Es usted un valiente —añadió la joven, fijando en Cy sus hermosos ojos—. Supongo que me hará usted el favor de enseñarme el aeroplano en que emprenderá el viaje —rogó.

En extremo lisonjero, Cy Hawkins estaba dispuesto a mostrarle todo lo que quisiera de modo que, con el mayor gusto, la llevó al hangar y ella pudo admirar las esbeltas líneas del aparato de caza de Bill Barnes.

Era un aparato admirable. Los famosos aviones de caza de Barnes, de dos plazas,

estaban destinados a uso del Gobierno. Su extremada facilidad en remontarse, su gran velocidad y la extraordinaria sencillez de su maniobra los hacía muy superiores a cualquier aparato de cuantos utilizaban entonces el Ejército y la Armada de Norteamérica.

Y si aun no había adoptado el Gobierno aquel modelo, debíase a las maquinaciones de Morgan Catesby. Fuese como fuera, los aparatos se recomendaban por sí mismos, porque tenían hermosas líneas, que les daban el aspecto de un caballo de raza.

Además, constituían el tipo más nuevo de los aparatos anfibios, que podía aterrizar o posarse en el agua con la misma facilidad, así como encima de la nieve, pues estaban provistos de un tren de aterrizaje especial para cada uno de esos casos.

Sus poderosos motores Huracán les daban una velocidad de unos cuatrocientos kilómetros por hora y aterrizaban a la de ciento cincuenta. Tenían un mando giroscópico. Estaban equipados con el famoso piloto automático, que mantenía el aparato en el rumbo prefijado y a la altura también determinada de antemano, con una seguridad maravillosa y más digna de confianza que el mejor piloto.

Poseían también un aparato de telegrafía sin hilos del último modelo y en una palabra, constituían el último perfeccionamiento del mundo entre los aviones de caza.

Tal vez Dolores no pudo advertir todos aquellos perfeccionamientos, sin embargo, expresó de un modo suficiente su admiración por el aparato y por el piloto, de modo que sus alabanzas podrían haber vuelto el juicio a un hombre aún más sereno que Cy Hawkins.

Pero éste hubiese tenido una gran desilusión si tres horas después hubiese visto a la joven, cuando en el campo reinaba el mayor silencio, atravesando la oscuridad en busca de su aparato. Llegó al hangar llevando un paquetito muy pesado y, a los pocos instantes, se alejó de allí con el mismo silencio conque llegara.

Pero ya no llevaba consigo el paquetito.

Estaba oculto en el fuselaje del aparato de Cy Hawkins. Aquel paquete tenía un aspecto muy inocente, pero quien acercara el oído a él, habría podido oír un ligero tic-tac, que, seguramente, terminaría en una terrible explosión a las diez en punto de la mañana siguiente, creando así otro misterio del aire y la oportunidad para que los periódicos hablasen de la caída de otro aparato y la muerte de otro aviador.

# CAPÍTULO IV

## HOMBRES EN MARCHA

En la lejana Valverde, cobijada en un valle de los Andes, había aquella noche, y a hora avanzada, gran actividad en el palacio del Presidente. Había cesado en gran parte la excitación subsiguiente al bombardeo del Congreso, pero era indudable que Esteban de Morales tenía gran miedo de perecer de muerte violenta.

Era un viejo afable y débil, panzudo y pequeño, tenía más de sesenta años y se veía preso en una red de circunstancias que no se atrevía a romper. El verdadero poder que había tras él hallábase en la lejana Norteamérica y estaba constituido por un grupo de hombres capitaneados por Morgan Catesby.

El verdadero poder en Valverde no estaba concentrado en el Presidente, sino en el fanfarrón y brutal individuo que estaba encerrado con él. Toribio Fierro era hombre capaz de infundir miedo a los más valientes. Sus ojos tenían una frialdad extraordinaria y parecían más bien los de un reptil.

Su enorme cuerpo vestía un uniforme de color rojo adornado con muchos galones de oro como correspondía al ministro de la guerra de Rolivia. Mas, a pesar de la brillantez de su uniforme, Toribio Fierro habría parecido un hombre siniestro a quien se lo encontrase de noche y en un callejón oscuro.

Aumentaba de día en día la cantidad de viudas y de huérfanos que creaba.

Todo roliviano que exteriorizara su disconformidad con el programa de explotación del país, veíase a las pocas horas ante el piquete de ejecución. En Rolivia existía una constitución, pero todos sus artículos habían sido violados con tanta frecuencia, que muy pocos eran los patriotas que aun se atreviesen a recordarla.

Toribio Fierro era la Ley. Golpeaba con violencia en el pupitre de palo de rosa, de tal manera que el tintero de plata dio un salto.

—Le digo a usted, don Esteban, que ha pasado ya el tiempo de las divinidades —gruño—. Hemos recibido el radiograma del señor Catesby. Nuestro deber es muy sencillo: Felipe de la Fuente ha de ser ejecutado al amanecer.

El regordete presidente acarició con los dedos la cinta de seda que cruzaba la pechera de su camisa, porque vestía de etiqueta. También, con gesto nervioso, palpó las condecoraciones que adornaban su pecho. Y suspiró. Don Esteban empezaba ya a cansarse de tanta matanza.

—Como usted quiera —murmuró.

—Bueno, he tomado ya las disposiciones necesarias y también he trazado un plan para cazar a ese aviador norteamericano, en caso de que llegue —se inclinó en su asiento y empezó a repiquetear con los dedos encima de la mesa, en tanto que fruncía

el ceño—. Hay una sola cosa que no puedo comprender.

—¿Cuál? —preguntó don Esteban.

—Ignoro qué ha sido de la señorita Eugenia de la Fuente. Ha desaparecido por completo.

—¿Y eso le interesa a usted solamente desde el punto de vista político? —preguntó don Esteban mientras sus fatigados ojos despedían un destello de astucia.

—No del todo —contestó el hombretón, retorciéndose el mostacho—. Me dije, únicamente, que una vez muertos su padre y su hermano necesitará alguna protección.

—¡Ya! —exclamó don Esteban, dando a entender que comprendía cuál era la protección destinada a la pobre joven.

Pero Toribio Fierro no hizo caso de aquella exclamación, y cuando se disponía a hablar fue interrumpido por un ordenanza que se presentó muy excitado.

—¡Ya ha aparecido, señor! —exclamó.

Toribio Fierro se puso en pie de un salto.

—Hace cosa de media hora —añadió el mensajero—. De acuerdo con sus órdenes, vigilábamos la casa de don Felipe de la Fuente y yo la vi entrar por la puerta de servicio, ahora está dentro de la casa de su padre.

—Muy bien —replicó el ministro—. Examinaré a esa muchacha sospechosa, si me da usted permiso para retirarme, señor Presidente —añadió en tono seco.

Obtuvo el permiso solicitado y el regordete presidente vió marchar a su ministro de la guerra con expresión que demostraba cuan poco simpático le era.

Murmuraba musicalmente el surtidor que había en el patio de la hermosa casa de don Felipe. La noche era suave y perfumada y aquel leve ruido resonaba de un modo grato, pero en la casa no había felicidad ni alegría.

El salón, de bajo techo, en cuyas paredes y con marcos de plata vieja, veíanse algunos cuadros, y apoyada en unos suaves almohadones, la señorita Eugenia jugueteaba distraída pasando los dedos por el cabello de la vieja criada que se arrodillaba, sollozante, a sus pies.

La joven se parecía mucho a su hermano Emilio, pero, como se comprende, y dada su condición femenina, era mucho más hermosa, aunque ella misma ignoraba el poder de su belleza.

Aquella mujer parecía haber sido creada para vivir entre luces suaves de tonos rosados y rodeada de melodías de violines. Pero, en cambio, veíase allí en aquella hermosa sala, parecida a una bella estatua, y sabiendo que su hermano había muerto y que su padre se hallaba a las puertas de la muerte encarcelado en la terrible prisión de San Juan, de los que tan pocos salían con vida. Y no ignoraba tampoco que en la oscuridad exterior había muchos enemigos dispuestos a observar todos sus movimientos.

—No llores, querida María —dijo acariciando la cabeza de aquella mujer, que era la niñera india que cuidó de ella en su infancia—. No llores, María, aún podemos recibir socorro.

La india se secó las lágrimas y se puso lívida con impotente cólera.

—¡Ojalá los santos destruyan a esos cobardes! —gruñó—. ¡Y los antiguos dioses de esta tierra se levanten para quitarles la vida! —y luego exclamó en el antiguo dialecto—: ¡Oh, sin duda, lo harán! —Tomó de nuevo la palabra en español y añadió—: Su destino está escrito, y la muerte se dispone a caer sobre ellos, desde el Valle de las Alas de la Muerte.

—¿Qué tonterías dices, María? —preguntó la joven.

La anciana se puso en pie y cubriéndose la cabeza con el delantal continuó murmurando para sí. Sin embargo, se detuvo en seco y las dos mujeres se miraron una a otra en extremo angustiadas. Se oyó una llamada repetida a la puerta principal y sus ecos repercutieron por la casa.

Escóndase usted, amita —exclamó María agarrando a la joven—. El viejo viene a prenderla.

Mientras hablaba, la puerta exterior se abrió de par en par y sonaron unos recios pasos en el recibimiento. Luego apareció Toribio Fierro, en el marco de la puerta, en tanto sus ojos contemplaban la escena.

Por un momento, los tres personajes se miraron en silencio; la joven estaba serena en apariencia, aunque su pecho palpitaba con alguna fuerza. María murmuraba unas oraciones y Toribio continuaba mirando muy tranquilo y seguro de sí mismo. Por fin, su voz rompió el silencio.

—Según veo, la linda pajarita ha vuelto a su nido —observó.

—Si lo fuese —observó Eugenia—, estaría fuera del alcance de los chacales.

Toribio le dirigió una mirada de cólera y su mano tembló un poco mientras se retorció el bigote.

—Duras son esas palabras, señorita —replicó—, especialmente para un amigo que quiere ayudarla en una hora de ansiedad.

—También podría ser que los perros cobardes viniesen a esta casa a robar, cuando no hay ningún mastín para cuidarla.

Tenga usted cuidado con lo que dice, señorita —replicó Toribio, ya colérico—. Si se me antojara podría destrozarla en un abrir y cerrar de ojos. Por consiguiente, basta de insultos.

Se dirigió amenazador hacia la joven, que continuaba en pie, con la impasibilidad de una estatua. Él se detuvo a corta distancia.

—¿Porque no podemos ser amigos, señorita? —preguntó en tono suplicante.

Por toda respuesta, la joven se echó a reír irónicamente, cosa que aún irritó más a

su interlocutor. Este, acercándose, la agarró por la muñeca y ella inclinándose con rapidez, le clavó los clientes en la mano, haciendo que Fierro la soltase, lanzando un grito de dolor.

—Tenga cuidado con lo que hace, señor —avisó la joven, y luego le señaló la puerta, en la que se hallaban tres criados indios, uno de ellos armado con una antigua escopeta de caza, otro con una porra y otro con un sable ya oxidado.

—¡Muy bien! —exclamó Toribio, riéndose de un modo desagradable—. Veo que insiste usted en ser la causa de la muerte de su padre. Tenga usted en cuenta, señorita, que la casa está rodeada. En cuanto yo levante la voz van a penetrar todos. Ahora me voy a la cárcel de San Juan para dar la orden de que fusilen a su papá así que amanezca. Adiós, señorita.

Y se inclinó con exagerada cortesía. Una vez en la puerta, dio un empujón a los indios y se volvió de nuevo a la joven.

—Una palabra más, niña. Le advierto que aún habrá esperanza para su papá, si antes que amanezca viene usted a mí y trata de darme una compensación por los insultos que me ha dirigido.

Dicho esto se marchó, y entonces la joven perdió todo su valor. Muy pálida y temblorosa, dejóse caer en el diván. María se acercó a ella, atrajo su cabeza a su propio pecho y se esforzó en consolarla como lo hubiese hecho con una niña.

De acuerdo con sus palabras, Toribio Fierro, una vez en la calle, montó a caballo y se dirigió a la cárcel de San Juan. Había dado ya la orden para la ejecución del padre de la muchacha, pero se dijo que un general prudente, siempre se convence por sí mismo de la buena ejecución de sus órdenes.

Unos guardias respetuosos le presentaron sus armas en cuanto los cascos de su caballo levantaron los ecos del viejo puente levadizo, y, atravesando la puerta de la prisión, penetró en el patio.

—¿Han tomado ustedes las disposiciones necesarias para cumplir mis órdenes? —preguntó al oficial que acudió.

—Sí, mi general —contestó el comandante—, le garantizo que todo está preparado. El pelotón estará formado a las cinco y media.

—Bueno, yo estaré aquí —replicó Toribio—. Aplace usted la ejecución hasta que yo llegue, si acaso me demoro.

Dicho esto, Toribio hizo volver grupas a su caballo y emprendió de nuevo el camino hacia la ciudad.

Un carcelero, descalzo, que llevaba un cántaro de agua y un pan mohoso, se acercó a la puerta del calabozo que albergaba la flaca y escuálida figura de don Felipe.

El anciano se puso en pie al oír que se abría la puerta, y el carcelero entró.

Don Felipe de la Fuente parecía un personaje de novela. Los años, como le ocurre

al buen vino, habían añadido cualidades a aquel anciano caballero.

En su alta figura se advertía el orgullo de su raza, y en su rostro, sereno y bien formado, así como en la energía que se denotaba en él, resplandecían todas sus hermosas cualidades. Y al dirigirse al carcelero para preguntarle si había alguna noticia, puso de manifiesto la cortesía de su excelente educación.

—Lo siento mucho, señor don Felipe —contestó el interpelado—, pero las noticias son malas. Le van a fusilar en cuanto amanezca.

Al oír estas palabras, el rostro de don Felipe no se alteró.

—¿Quiere su merced que le mande un cura? —preguntó, solícito, el carcelero.

Pero el anciano movió negativamente la cabeza. Estaba dispuesto a recibir serenamente la muerte y sólo deseaba que lo dejaran en paz con sus pensamientos.

Salió el carcelero, después de dar un portazo y de hacer rechinar la cerradura.

Transcurrían los minutos en tanto don Felipe continuaba sentado en su taburete, con los ojos fijos en la oscuridad. Los minutos se transformaban en horas. Y el primer canto del gallo anunció la aurora. Otro gallo respondió a su llamada, y en la cárcel se oyeron los ruidos de la vida que renacía.

Don Felipe esperó tranquilo el ruido que, según le constaba, sería inevitable.

Por fin, y a gran distancia, oyó el roce de los pies desnudos mientras los hombres se formaban. El choque de las culatas de los fusiles, el ruido de los cerrojos al ser cargadas las armas, y por fin, oyó cómo los hombres emprendían la marcha y, se aproximaban a su calabozo.



# CAPÍTULO V

## EL CONDOR DE LA MUERTE

Don Felipe estaba ya en el umbral del mas allá. Y el hombre que había de salvarlo aún no había emprendido el vuelo desde el lejano campo de Long Island. En efecto, Cy Hawkins, con toda calma, hacía los últimos preparativos antes de poner en marcha el aparato y emprender el vuelo.

Muy temprano se levantaron todos los hombres del campo de aviación y muchos de ellos dirigían miradas a la casita en que Dolores dormía apaciblemente y, sin duda, creía haber merecido tan buen reposo porque durante la noche anterior realizó un excelente trabajo. El individuo misterioso que le llevó la bomba con aparato de relojería hacía ya mucho rato que se había alejado, pero antes dio cuenta de la facilidad con que había podido entrar en el campo de aviación y Mico Morton, al enterarse de eso, empezó a planear otras medidas que le permitieran inutilizar a Bill Barnes, a quien odiaba con toda su alma.

En vista de que el campo de aviación estaba tan mal guardado, Mico Morton pudo hacer sus preparativos.

—Vamos a fastidiar a esa cuadrilla —gruñó.

Y telefoneó a Nueva York. Se puso en comunicación con Tony Bacciardi, que era muy experto en aquellos asuntos; Tenía a su mando una cuadrilla en la que se podía confiar para realizar un buen trabajo, desde raptar a una persona hasta asesinarla, pasando, naturalmente, por todas las fases de asaltar, atracar, robar, arrojar bombas... en fin, lo que se le pidiese.

De este modo Tony y sus secuaces empezaron a dirigirse a la vecindad del campo de aviación de uno en uno o por parejas, en automóviles de aspecto vulgar. El trabajo que se proponían realizar no podía ser llevado a cabo en pleno día y por esta razón se entretuvieron fumando y jugando a los naipes en una tabernucha que había a tres millas de distancia, en espera de la llegada de la noche.

En caso de que alguien se hubiese fijado en ellos, habría notado que siempre había uno de guardia al lado de los equipajes de aquel grupo de perezosos. El equipaje tenía un aspecto muy inocente, pues consistía en dos estuches para violín y cuatro o cinco maletas.

Pero el contenido no eran ni violines ni ropa.

Con objeto de reunirse temprano en un lugar donde debían llevar a cabo su trabajo, aquellos hombres se reunieron en pleno día. Dos de ellos, que estudiaron el campo de aviación desde el lindero del bosque, fueron testigos de los preparativos hechos por Cy Hawkins y notaron también que éste no partía solo porque, en el

último momento, Bill Barnes decidió darle por compañero a un hombre que había de servir la ametralladora y que, en caso necesario, también podría pilotar el aparato. Por consiguiente, se confió este cometido a Henderson que, a la vez, era mecánico, sabía manejar la ametralladora y conducir el avión.

No hubo ninguna ceremonia antes de la partida. El poderoso Huracán empezó a funcionar en crescendo de fuerza y Cy Hawkins observó el cuentarrevoluciones y en cuanto el motor estuvo caliente, hizo correr su aparato a lo largo del campo, en tanto Henderson revisaba las ametralladoras en la carlinga de popa y ello con la misma tranquilidad que si se dispusiera a hacer un viaje de placer y no se tratara de una misión peligrosa, en país extranjero contra las fuerzas de un ejército. Ninguno de los dos hizo el menor caso del paquetito envuelto en papel de embalaje que estaba oculto detrás de la carlinga de popa. El continuado tic tac del aparato de relojería quedaba apagado por el rugido del motor.

Al observar el altímetro y el indicador de la velocidad del aire, así como la brújula y el barógrafo, Cy Hawkins se inclinó hacia atrás, mientras el aparato descendía rápidamente, hasta que el campo de aviación quedó borroso para él y perdido entre las nubes y la niebla de la mañana.

En cuanto hubo alcanzado los cinco mil pies (1.666 metros) niveló el aparato y el poderoso motor lo hizo avanzar a unos trescientos kilómetros por hora, de modo que unos minutos después el aviador pudo alcanzar la máxima velocidad de cuatrocientos y así el aparato de caza proseguía su viaje a su máxima velocidad.

Ajustó el piloto automático para una altura de cinco mil pies y un rumbo que había de llevarle a Miami, Florida. Luego, Cy Hawkins se recostó perezosamente dirigiendo de vez en cuando alguna mirada al tablero.

El motor funcionaba suavemente y su poderoso ruido convertíase casi en un zumbido adormecedor para el piloto. El sol dispersó el banco de nubes. Vió Filadelfia, lejos a la derecha a cosa de las cinco y media de la mañana. A las seis volaba sobre Baltimore, el continuado, palpitar del motor les hizo, pasar por encima de la bahía de Delaware y del cabo Hatteras, poco después de las siete de la mañana, y dejando la Carolina del Norte a su espalda, cruzaron el mar en dirección a Florida. A las nueve de la mañana estaban frente a Brunswick, Georgia.

A sus pies estaba el mar, cuyo oleaje resplandecía a la luz del sol y de vez en cuando encontraban algún navío que parecía inmóvil; el reloj del tablero de instrumentos señalaba las nueve media cuando, ante ellos, empezó a perfilarse la costa de Florida.

Ninguno de los dos hombres oyó el débil y continuo tic tac del paquetito oculto en la carlinga de popa. Henderson dormitaba en ella, pero Cy Hawkins, a pesar de que también tenía sueño, tenía los ojos muy fijos en el tablero de instrumentos y de vez en cuando miraba a su alrededor, a sus pies y hacia el mar. La mañana era serena

y hermosa, demasiado tal vez para que la muerte les sorprendiera en el aire y los arrojara a tierra como pájaros heridos, o a las profundidades del Atlántico, que se extendía debajo de ellos.

La diminuta saeta del reloj señalaba las nueve cuarenta y el mecanismo oculto en el paquetito, seguía resonando.

Cy Hawkins pensó, perezoso en la misión que le había sido encomendada, preguntándose cómo sería el país a que se dirigía y esforzándose en trazar una imagen mental del hombre cuya salvación había de intentar.

Ignoraba que don Felipe de la Fuente había sido sacado de su calabozo cuatro horas antes.

Ningún hombre de cualquier raza habría acogido su próxima muerte con valor más sencillo que el de aquel cortés y refinado caballero.

En cuanto los guardias abrieron las puertas de su calabozo, se puso en pie y salió sereno y erguido sin dejar de saludar cortésmente al sacerdote que muy triste, acompañaba a los soldados.

Estos lo rodearon y el grupo se dirigió hacia el patio.

Una vez llegado a él, el comandante tomó el mando y se ocupó en medir, a pasos, la distancia entre el lugar destinado al condenado y el piquete de soldados. Situó a don Felipe en el lugar que le correspondía, ante la pared, y luego le ofreció un pañuelo para vendarle los ojos, pero el preso rechazó la oferta, diciendo que prefería recibir la muerte cara a cara.

Pero entonces hubo una demora. El comandante consultaba su reloj de vez en cuando y prestaba oído para percibir el ruido de cascos de caballo, que anunciara la llegada de Toribio Fierro.

El comandante se veía en un apuro, porque había recibido la orden de ejecutar al preso al salir el sol y el astro se elevaba ya sobre el cielo disipando la niebla matutina, pero también Toribio Fierro le ordenó aplazar la ejecución hasta su llegada. El comandante acabó encogiéndose de hombros y dio a sus hombres la orden de: «En posición, descansen», diciéndose que sería mejor obedecer estrictamente las órdenes de su jefe.

De haber sabido donde se hallaba entonces el general, no hay duda de que el comandante se hubiese resignado a una larga espera, porque Toribio Fierro estaba en sus habitaciones, que arrebató a uno de sus desdichados enemigos.

Faltaba aún media hora para que amaneciese cuando se oyó una suave llamada a su puerta y el criado anunció la visita de una señora.

Toribio Fierro se detuvo un momento para mirarse en el espejo, tomó un pulverizador y perfumó un poco su uniforme, se retorció el mostacho y, con aire fanfarrón, salió a recibir al visitante.

La señorita Eugenia de la Fuente era aún más hermosa a la luz moribunda de las

bujías, envuelta como iba en un abrigo, en tanto que lo sujetaba junto al cuello y dirigía una mirada trágica ante ella.

—¡Muy bien! —Fierro examinó a la joven de pies a cabeza, y ella se ruborizó al ser objeto de aquel escrutinio—. De modo que, por fin, la pajarita se muestra razonable, ¿eh?

La joven lo miró fijamente, tratando de no demostrar el desprecio y el aborrecimiento que le inspiraba aquel hombre.

—He venida a rogarle a usted que salve la vida de mi padre——dijo en voz baja.

—¿Nada más? —preguntó irónicamente Toribio Fierro—. Mi querida señorita, esos asuntos no se resuelven con tanta sencillez. Los negocios de Estado requieren más tiempo y atención.

La joven miró hacia la ventana, por la que se veía la naciente luz de la aurora. Cerró con fuerza los dientes y de nuevo se volvió a él.

—No diga más tonterías —exclamó—. Dentro de pocos minutos mi padre no existirá ya. Deme, pues, una orden firmada por usted poniéndole en libertad y luego podrá pedirme la recompensa que quiera.

Toribio Fierro la miró pensativo. El asunto se presentaba más fácil de lo que se figuró. Demasiado tal vez. Y eso despertó sus recelos.

—¿Y cómo puedo yo estar seguro de que obtendré mi recompensa? —preguntó, escéptico.

—Tiene usted la palabra de un de la Fuente —dijo en tono orgulloso—. Puede usted tener la seguridad de que recibirá su recompensa.

AL mismo tiempo apretó con su manecita la empuñadura de un estilete que llevaba oculto en el abrigo. Aquel arma era la recompensa que Eugenia guardaba para él. Habíase propuesto herir de muerte en cuanto firmara la orden de libertad. Para conseguir su propósito se acercó a él en el momento en que se acercaba a su escritorio.

El general tomó papel y pluma y empezó a escribir. Fascinada y sin atreverse a respirar apenas, la joven observó los lentos movimientos de la pluma sobre el papel. Por fin, Toribio Fierro terminó de escribir, llevó la pluma al tintero antes de firmar y Eugenia cambió de posición y empuñó con fuerza el arma.

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó el criado, muy asustado, entrando en la estancia—. ¡El cóndor! ¡EL cóndor de la muerte! ¡Está aquí encima!

—¡Virgen Santísima! —exclamó el general, poniéndose pálido y dirigiéndose rápidamente hacia la puerta.

# CAPÍTULO VI

## EL ASESINO

Mientras se dirigía a Valverde impulsado por los poderosos motores de su aparato, Cy Hawkins examinaba perezosamente los instrumentos y el reloj de a bordo. Notó un zumbido diferente en la marcha de los motores, que, al fin, se hizo ya intermitente.

El aviador se enderezó en su asiento y observó que la gasolina llegaba regularmente al carburador. Pero, sin duda, este o la tubería de alimentación habían sufrido alguna avería, porque el motor apenas funcionaba. Miró instantáneamente a su alrededor, examinó con rapidez el mapa y se dijo que el campo de aterrizaje más cercano era el de Jackson Ville.

Ante todo desconectó el piloto automático y luego alteró el rumbo, dando todo el gas posible al motor. Este respondió perezosamente, de modo que, sin duda alguna, pronto acabaría dejando de funcionar. Consultó el altímetro y vio que lenta, pero seguramente perdía altura.

Las manecillas del reloj señalaban las nueve cincuenta cuando descubrió a Jackson Ville. Y así que se halló muy cerca del campo de aterrizaje paróse el motor y tuvo que descender planeando. Tanta altura había perdido, que un momento después sus ruedas chocaron contra la superficie del suelo y él entonces aplicó los frenos, mientras el aparato avanzaba corriendo y así pudo detenerlo.

Cuando saltaba a tierra acudieron dos o tres hombres. Henderson desembarcó a su vez. El reloj señalaba las diez menos tres minutos.

—¡Caramba, pues si es Cy Hawkins!... —exclamó una voz alegre en tanto, que el aviador se sacaba las gafas.

Casi inmediatamente recibió un fuerte apretón de manos de un muchacho pecoso y de cabello rojo que vestía un mono de mecánico.

—¡Caramba, eso se ha de celebrar con una copa, Cy! Hacía mucho tiempo que no te veía. Deja sin cuidado el aparato. Ven, ya nos ocuparemos luego de eso. Trae a tu amigo.

A pesar de sus débiles, protestas, Cy y Henderson atravesaron el campo hacia una fila de casitas, en las cuales se albergaba el personal del campo de aviación. Cy se volvió para mirar su aparato situado ya a un centenar de metros a su espalda.

En aquel momento el avión de caza pareció quedar rasgado por una llamarada y una fracción de segundo después oyóse una tremenda explosión.

El aeroplano estaba destruido. La bomba de relojería acababa de cumplir su misión.

Una hora después Bill Barnes, en el campo de aviación de Long Island, se enteraba del accidente y muy pensativo contemplaba de nuevo los telegramas.

—¿Que demonios habrá sucedido? —se preguntó en voz alta mientras estaba sentado a su escritorio.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó la voz suave de Dolores.

El aviador levantó la mirada y se dio cuenta de que había entrado sin ser oída y estaba en pie a su lado.

—Sí, uno de mis aparatos ha estallado —contestó Bill Barnes sin fijarse en el centelleo de los ojos de aquella mujer al enterarse de la noticia.

—¡Oh, cuánto lo siento! —suspiró—. ¿Acaso ha muerto el valiente señor Hawkins?

—¡Por suerte no! —contestó Bill Barnes—. Mi amigo Hawkins no se muere tan fácilmente.

—¡Oh! —exclamó ella, aunque Bill ya no la oía.

Difundióse rápidamente aquella noticia y los aviadores acudieron para saber detalles del accidente. Todos ellos se descubrieron al ver a Dolores sentada a corta distancia del escritorio.

Mientras tanto Bill Barnes mordía la punta del mango.

—Eso es muy desfavorable, porque quizá no llegaremos a tiempo para salvar a ese pobre don Felipe —luego, con repentina energía, añadió—: Solo podemos hacer una cosa. Vamos a ver, Scotty, ¿está dispuesto mi aparato?

—Sí, señor.

—Bien. Saldré inmediatamente —añadió el joven jefe—. Tú Red —añadió, volviéndose a Gleason—, me seguirás. Toma tu avión de caza. No lleses a nadie en la carlinga de popa, porque así podrás recoger a Henderson. Gardiner, tu mecánico, pilotará otro avión para Cy Hawkins. Por lo demás subsisten las primeras ordenes, a excepción de que vosotros dos os dirigiréis hacia Jackson Ville, para recoger a Cy y Henderson ¿Estaréis dispuestos para salir esta noche?

—Lo menos serán las dos de la madrugada cuando podamos emprender el vuelo —contestó Red Gleason.

—Bueno. Saldréis los dos en unión de los restantes aviones, y una vez hayáis recogido a Cy y a Henderson, dirigios a Valverde y preparaos a luchar a vuestra llegada, porque no sé realmente qué cosa nos espera.

Dolores salió sin ser notada mientras los hombres volvían a sus tareas, se dirigió al teléfono que había en la casita de Bill Barnes. Cinco minutos después había transmitido aquellas noticias a Morgan Catesby. Este se puso lívido de rabia al enterarse del fracaso de su proyecto, pero en el acto imaginó otro. Pidió inmediata comunicación con Mico Morton.

—Sí, hemos de obrar rápidamente... ¿dónde está tu escuadrilla de aviones? ¿En los cayos de la Florida? ¡Magnífico...! Ahora, escucha, es preciso que la mandes inmediatamente a Valverde. Sí, Barnes y todos sus hombres se dirigen allá. Anticípate a ellos y a su llegada les das una buena acogida... ¿Tony Bacciardi? El se encargará del asunto en el campo. ¿Está todo dispuesto? Si, ya lo sé pero no quiero dejar nada al azar. Encárgale de lo suyo en el campo de aviación. Ya es demasiado tarde para impedir la salida de Bill Barnes, pero Tony quizá consiga lisiar a los demás. De todos modos id lo antes posible a Valverde.

Y Mico Morton, que conocía muy bien sus intereses, se dirigió lo más rápidamente posible a un campo de aviación que había a corta distancia. No tardó en llegar allí, ponerse su traje de vuelo y elevarse con su aparato, más de media hora.

Su avión, de dos plazas, de caza muy rápido, fabricado por la Morgan Catesby Company, podía desarrollar hasta unos trescientos sesenta kilómetros por hora a toda marcha, y se la aplicó ocurriéndosele la idea de que si le acompañaba la suerte aún podría intervenir de un modo decisivo en el viaje de Bill Barnes.

Así fue como dirigió la proa de su aparato a lo largo de Long Island, con la esperanza de seguir el vuelo del aviador solitario y atacarlo al amparo de las nubes.

Antes de emprender la marcha, Morton envió un telegrama a cierto grupo de casitas y hangares que se hallaba en uno de los mas solitarios cayos de la Florida. Allí Mico Morton sostenía una cuadrilla de gente maleante y compuesta por todas las heces de la aviación, hombres que se habían desviado del camino de la decencia y de la dignidad y que a la sazón se dedicaban al contrabando y a otras cosas peores.

Y así como los hombres de Bill Barnes representaban el extremo más elevado de los aviadores honrados y decentes, Mico Morton era el representante del otro bando.

La cárcel esperaba a muchos de los individuos de Mico Morton, pero hasta entonces habían tenido la suerte de eludir las consecuencias de su mala vida.

En aquel cayo de la Florida había siete aviones que, inmediatamente, fueron preparados para el vuelo. Tres cuartos de hora después, los siete aeroplanos, pintados de color verde y plateado, y armados de ametralladoras a popa y a proa, emprendieron el vuelo rumbo al Sur.

En el campo de Bill Barnes, en Long Island, habíanse dado ya las últimas instrucciones. En el hangar particular que albergaba el aparato misterioso, resonó el estampido de un motor que empezaba a calentarse y luego pudo oírse el zumbido continuado de un poderoso motor.

Pocos segundos después, el extraño y pequeño aeroplano salió rodando hacia el campo. Parecía carecer de alas y su fuselaje estaba cubierto, al parecer, de una capa de amianto y mica. Su cola tenía una forma muy especial y en la parte inferior del fuselaje se notaba una extraña protuberancia.

Aquel aparato era el último perfeccionamiento debido a Bill Barnes. Este se había

sentado en la diminuta carlinga, bien dispuesta para evitar la violencia del viento.

Se oyó una serie de cortas y agudas explosiones y el pequeño aeroplano se elevó casi verticalmente en el aire, a una velocidad tremenda que por espacio de un minuto, dejó casi aturdido al piloto.

Este consultó al altímetro que, rápidamente, señaló la elevación hasta alcanzar la de diez mil pies (tres mil trescientos metros). Luego movió una palanca y por ambos lados del aparato salieron dos alas gruesas. Hecho esto dio gas y el motor pareció adquirir nueva vida en tanto que la hélice giraba vertiginosamente. Y el aparato se dirigió hacia el Sur.

Precediéndolo, y a cosa de trescientos metros sobre su nivel, acechaba el avión de color verde plateado. Mico Morton empuñaba la palanca de mando y no dejó de observar la rápida ascensión de aquel diminuto aeroplano.

EL astuto y malvado jefe de la cuadrilla de los malvados aviadores se apresuró a tomar el mismo rumbo que el aeroplano de Bill Barnes.

Cuando éste se hubo acercado un tanto al aeroplano de Mico Morton, el último picó con su aparato y se dirigió en línea recta hacia el diminuto avión.

Bill Barnes, ocupado en sus mandos, no vió ni oyó la aproximación de aquel asesino del aire, hasta que, en la punta del ala izquierda notó el impacto de unas balas. Al levantar los ojos, sobresaltado, vio al aeroplano enemigo que se precipitaba contra él.

Bill Barnes maniobró inmediatamente. Su pequeño aeroplano, como halcón asustado, abandonó la dirección horizontal y picó hacia tierra.

La ametralladora de Mico Morton lanzó, inofensiva, sus balas por encima de la cabeza del joven aviador y el avión de Bill Barnes, como avispa enfurecida, describió un gran rizo. Al subir de aquella curva, su propia ametralladora empezó a disparar.

Entonces Mico Morton emprendió la fuga para guarecerse en un banco de nubes que le permitió evitar aquel granizo mortal. Bill Barnes siguió hacia adelante y a la derecha inclinando el aparato hacia el mismo lado mientras buscaba a su enemigo.

Pero Mico Morton había desaparecido. De nuevo Barnes describió otro círculo, sin resultado, porque tampoco pudo localizar a su adversario. Luego el aviador inclinó el ala izquierda y tomó de nuevo su ruta. La ametralladora estaba aún caliente y el corazón del joven rebosaba de furor por aquel ataque, no provocado, que acababa de sufrir. No había, la menor señal de su enemigo.

Bill Barnes ajustó el piloto automático, dirigiendo el aparato hacia el Sur y de vez en cuando vigilaba hacia los lados y hacia la cola, temiendo la reaparición del aeroplano asesino.

Dio más velocidad al suyo propio hasta rebasar los cuatrocientos kilómetros por hora. Hacia la cola no pudo ver la menor señal del aeroplano de Mico Morton, a pesar de que éste, había abandonado su escondrijo y lo seguía tenazmente. También



ignoraba que, a cosa de mil millas más adelante, pasada ya la costa de la Florida, estaba volando una escuadrilla, de aparatos semejantes al de Mico Morton, con rumbo a Rolivia, para impedirles la entrada en aquella pequeña república.

Metido en una oficina de Wall Street, el rencoroso Morgan Catesby celebraba una conferencia telefónica con las autoridades aduaneras y de la inmigración de la costa de Florida.

—Sí —decía—. Estoy bien informado de que ese Barnes se dirige a la América del Sur para llevar armas y municiones, pues se ha lanzado a una empresa de filibusterismo. Además, sus hombres le siguen con seis o siete aeroplanos armados hasta los dientes y con el mismo destino. Y como eso constituye una flagrante violación de las leyes de los Estados Unidos con respecto a los ciudadanos americanos que se dedican al filibusterismo, organizando expediciones contra los países amigos, les aviso a ustedes para que tomen las medidas convenientes... Sí, Barnes ha salido ya y ahora estará cruzando la Florida y el Golfo de Méjico... No, sus hombres saldrán a hora avanzada de esta noche o a primera hora de mañana. Se disponen a interrumpir su vuelo en Jackson Ville, en Florida, con objeto de recoger a unos compañeros. Me permito indicarles la conveniencia de prenderlos a todos allí. Sí ya les comunicaré los demás informes que reciba... Adiós.

Morgan Catesby estaba muy satisfecho de sí mismo. Había tomado todas las precauciones posibles para impedir a Bill Barnes y a su gente la salida de los Estados Unidos.

—Si ese tuno sinvergüenza consigue atravesar la línea de obstáculos que le he puesto, será preciso creer que aun estamos en la época de los milagros —gruñó.

Y, en efecto, parecía que todas las circunstancias eran contrarias a los valerosos aviadores y también que no sólo a un milagro, sino a una serie de ellos se debería la posibilidad de llegar a Valverde.

# CAPÍTULO VII

## UNA INTERRUPCIÓN

En Valverde reinaba la mayor agitación. Amanecía cuando Toribio Fierro salió para ver si realmente un cóndor volvía a amenazar la ciudad.

Por desgracia era cierto, según le mostró el criado señalando el inmenso pájaro que se deslizaba por el aire con las alas inmóviles y como amenaza mortal y terrible. Según pudo juzgar Toribio Fierro, el enorme animal se dirigía al palacio del Presidente.

La luz de la mañana aumentó en intensidad a medida que la gigantesca volaba silenciosamente descendiendo, y acercándose cada vez más a los tejados indefensos de los edificios. En aquellos momentos apenas se hallaba a trescientos metros de altura.

Tanto miedo tenía Fierro, que no pudo hacer más que contemplar casi sin respirar al enorme cóndor mientras descendía gradualmente. Apenas notó que Eugenia de la Fuente lo había seguido llevando en la mano el documento sin firmar y que con asustados ojos, miraba aquellas negras y amenazadoras alas mientras se acercaban a la silenciosa ciudad.

No había tiempo para dar la alarma. Otros ojos vieron sin duda al cóndor porque, de pronto, se oyeron tres o cuatro disparos de rifle, absolutamente inútiles y que, en el silencio de la mañana, parecían ser obra de alguna arma de juguete. La enorme ave siguió descendiendo, sin asustarse hasta que, por fin, se mantuvo encima hacia la parte posterior de la cárcel de San Juan.

Parecía dirigirse en línea recta hacia el palacio presidencial. Toribio Fierro recobró suficiente serenidad para ordenar con voz ronca a su criado que, telefónicamente, transmitiese el aviso al Presidente.

El criado se disponía a obedecer cuando, de pronto, se quedó clavado en el sitio, asustado y asombrado.

El enorme cóndor pareció detenerse en pleno aire y luego, con la rapidez de una piedra que cae, se arrojó materialmente sobre la cárcel de San Juan.

Vióse un súbito centelleo de brillo cegador, seguido por una espantosa detonación. Los observadores vieron cómo una punta de la antigua muralla era despedida al aire, como si la hubiese lanzado una mano gigantesca.

Oyéronse débiles gritos y aullidos de dolor, a la par que una nube negra de polvo y de humo se elevaba desde el lugar en que hubo aquella destrucción.

Aullaron algunas sirenas, resonaron los pitos de la policía, las trompetas de los soldados y también las campanas de las iglesias empezaron a repicar, mientras

Toribio Fierro pedía a gritos su caballo. Luego, ya montado, emprendió el galope hacia el lugar del suceso.

Para don Felipe de la Fuente, que estaba en pie, ante la pared, esperando la muerte, aquel suceso le dio la impresión de que la tierra y el cielo se habían arrojado uno contra otro. Un segundo antes se vio en pie y con los ojos fijos en uno de los soldados que se rascaba muy preocupado y un momento después lo deslumbró una llamarada intensa y casi le dejó sordo una explosión que lo arrojó contra la pared, dejándolo casi atontado.

Por un momento pudo creer que lo habían fusilado y que lo que sentía era el efecto de los disparos, pero luego se dio cuenta de que aún vivía, aunque estaba magullado y perdía sangre por una herida que tenía en la mejilla. En el patio resonaban numerosos gritos. No pudo ver gran cosa, por impedírsele una nube de humo y de polvo, que atravesaban unas llamaradas. En cuanto se levantaron un poco las nubes vio al comandante, a muy poca distancia, que se llevaba las manos al cuello, en tanto aparecía su rostro lleno de sangre. Detrás pudo ver varios cuerpos inmóviles donde estaba el piquete ejecutor y, en el barro, vió otros cadáveres.

Si don Felipe, hubiera sido un hombre algo más práctico, se aprovecharía de la oportunidad para huir de aquel lugar, pero ni siquiera se le ocurrió. Se puso en pie, avanzó tambaleándose, con la idea quizá de ayudar al comandante.

Llegó entonces una bomba contra incendios y los bomberos empezaron a arrojar chorros de agua contra el piso superior, cuyos balcones de madera estaban ardiendo. En el patio aparecía un hoyo inmenso y toda la pared del extremo Noroeste había desaparecido.

Nadie parecía enterado de lo ocurrido, tal era la confusión general.

Toribio Fierro estaba allí y en el acto se encargó de dirigir los trabajos de salvamento. Un médico trabajaba manejando activamente sus instrumentos de cirugía. Los heridos eran trasladados a un extremo del patio y en cuanto a los presos, también fueron reunidos y rodeados de guardias. Don Felipe ayudó a llevar a uno de los heridos graves al lado del doctor.

Cuando depositaba su carga fijáronse en él los ojos de Toribio Fierro. Este dio una orden seca a un sargento, el cual se apresuró a apoderarse de don Felipe, al que llevó al grupo de los demás prisioneros.

Allí se quedó don Felipe rodeado de guardias, que hablaban entre sí en voz baja y miraban muy asustados al cielo.

—¡Las Alas de la Muerte! —murmuraban llenos de pánico.

En breve quedó extinguido el incendio y los presos volvieron a su calabozo.

Lo mismo ocurrió a don Felipe, quien volvió a sentarse en su taburete como si nada hubiese ocurrido, a pesar de que la herida de su mejilla indicaba que, por milagro, había escapado a la muerte.

Una vez se hubieron reparado en parte los peores efectos de la explosión, Toribio Fierro volvió a montar a caballo y se dirigió al palacio presidencial.

Poco después hablaba reservadamente con don Esteban de Morales, quien temblaba como una hoja.

Mientras hablaba el ministro de la guerra, el presidente le tendió dos telegramas que le informaban que Valverde no era la única ciudad que corría peligro.

Uno de aquellos mensajes procedía de Sierra Roja y decía que la ciudad de Baria había sido visitada por uno de aquellos cóndores mortíferos que destruyó el Ministerio de la Guerra y dio muerte a unos quince oficiales del Estado Mayor.

El otro telegrama procedía de Montalba y decía que la capital de Solania había sido visitada simultáneamente por una de aquellas enormes y silenciosas aves y que la Cámara de Diputados había sido destruida por completo, aunque, por suerte, hubo pocas víctimas, porque a aquella hora no había sesión.

—¿Qué significará eso, señor Fierro? —preguntó el presidente, pálido como un muerto.

—¡Quién sabe! —exclamó el ministro, limpiándose la frente con un pañuelo de seda.

—Es evidente, señor Fierro, que en esta región americana ocurre algo espantoso. Yo he llegado a creer que Dios quiere castigarnos por nuestros pecados.

—Está usted fuera de sí, señor presidente —replicó Toribio Fierro, aunque su voz no era muy firme.

—¡Qué otra cosa puede ser! —gritó el viejo.

—Pues que si Dios quiere castigarnos, es evidente que también castiga a Solania y a Baria.

—¿Sabe usted lo que aseguran los indios? —preguntó el presidente en voz baja—. ¿No? —preguntó al ver que Fierro meneaba la cabeza—. He oído rumores de que los indios anuncian el despertar de los antiguos dioses. Hablan de que vendrá un gran peligro de un lugar secreto.

—¿Quiere usted decir que...?

—Sí, señor, me refiero al Valle de las Alas de la Muerte.

Los dos hombres se miraron mutuamente, muy pálidos. La mano de Fierro se cerró en la empuñadura de su espada y los dos miraron recelosos a su alrededor.

—Y en prueba de eso —añadió el presidente—. Acabo de recibir un mensaje de nuestra provincia andina Santa Clara, y me dicen que los indios están allí a punto de rebelarse y que se concentran en las cuevas de las montañas.

—¡Mandaré un regimiento y unas cuantas ametralladoras! —gritó Fierro, recobrado ya el valor.

—Haga lo que quiera —dijo el presidente—. ¿Sabe usted... sabe usted si han fusilado a don Felipe?

—Todavía no —contestó Fierro, retorciéndose el bigote—. La explosión fue muy oportuna para él, pues ya se disponían a fusilarlo.

Don Esteban miró inquieto a su escritorio y Fierro, siguiendo la dirección de sus ojos, preguntó:

—¿Ha recibido usted otro radiograma de Nueva York? ¿Sí? Permita que lo vea.

El Ministro de la Guerra leyó despacio el mensaje, ya traducido.

—¡Hum! —dijo pensativo—. Al parecer conviene que terminemos eso cuanto antes. ¿Cree usted oportuno que sea mañana por la mañana?

—Lo que le parezca mejor —replicó don Esteban con acento monótono.

—Convenido, lo haré fusilar al amanecer —anunció Fierro.

## CAPÍTULO VIII

### CUANDO ACECHA LA MUERTE

Entre los numerosos mensajes expedidos por Morgan Catesby, tuvo efectos inmediatos el que envió a las autoridades aduaneras y de la Inmigración.

Circuló la orden a lo largo de las fronteras del Golfo de Méjico y por la costa oriental de la Florida, para que vigilasen la aproximación del aparato de Bill Barnes.

Emprendieron el vuelo varios aparatos de observación, elevándose a cuatro y a cinco mil pies, en tanto sus pilotos observaban en todas direcciones en acecho de aquel avión misterioso cuya descripción se les había dado.

Enviaron al campo de aviación de Jackson Ville un pelotón de agentes de policía, con órdenes de ocultarse de Cy Hawkins y de Henderson que, confiados, esperaban la llegada de sus camaradas, sin sospechar que les utilizaban como cebo para prender a todos los expedicionarios.

Bill Barnes, por su parte, seguía viajando hacia el Sur, y observaba, con la mayor atención, el cielo y las nubes que tenia arriba, y también la superficie del agua y de la tierra.

Aumentaron diez veces las actividades normales del campo de aviación de Long Island, gracias al deseo de todos los hombres de emprender su viaje hacia el Sur, donde aguardaba la aventura.

Pusieron todos los aparatos en línea, hasta que seis aviones de caza, dorados, estuvieron en el campo en disposición de emprender el vuelo, con las ametralladoras montadas, las municiones cargadas a bordo, comprobados los instrumentos y aprovisionados los tanques de gasolina y de aceite.

El personal se dedicó, entonces, a cargar los tres aviones restantes; enormes trimotores de transporte que parecían levantarse al lado de los aviones de caza, más pequeños. Los trimotores fueron cargados con provisiones de boca y guerra de repuesto, piezas de recambio, gasolina y aceite y, como Bill Barnes ordenara, una buena cantidad de bombas, que podían ser lanzadas a tierra en caso necesario. Era preciso hacer todavía algunos pequeños ajustes y más provisiones, de modo que, en breve, apareció el crepúsculo.

Al mismo tiempo se desarrollaban otras actividades más siniestras. La cuadrilla de Tony Bacciardi, como animales carnívoros, parecieron recobrar la vida al oscurecer. En silencio salieron de la taberna en que habían pasado gran parte del día y subiendo a sus coches llegaron a cosa de un kilómetro del campo de aviación. Allí ocultaron los vehículos y avanzaron a través del bosque, hasta llegar al lindero que se hallaba casi contiguo a los límites del campo, en el cual podían ver las filas de

hangares y también la de los aviones,  
dispuestos a marchar.

Aquellos individuos llevaban sus maletas y sus estuches de violín. De estos últimos sacaron unas diminutas ametralladoras y algunas cintas de municiones. Todo esto lo dispusieron ordenadamente y de modo que estuviera al alcance de la mano. Luego los bandidos discutieron su plan de ataque y decidieron aguardar, hasta que los aviadores, diseminados por el campo se reunieran en torno de los aparatos, porque así no sería tan fácil que salieran con vida.

Aguardaron sentados y ocultos en el bosque, dispuestos a abrir el fuego en cuanto el jefe hiciera la señal.

El plan de acción era sencillo y diabólico a la vez. Después de la primera descarga cerrada, algunos de ellos habían de adelantarse con bombas de mano, que arrojarían en dirección a los hangares y aviones.

En el campo de aviación, los mecánicos y los pilotos se afanaban en el cumplimiento de sus deberes, sin sospechar el peligro que les amenazaba; pero tampoco estaba enterada Dolores de él, es decir, la supuesta hermana del aviador roliviano, Emilio de la Fuente.

Mico Morton y Morgan Catesby no le habían avisado de aquel ataque.

Quizá fue un descuido, pero también podía ser el deseo de librarse de ella.

Pero, sea lo que fuere, la joven fue muy visible para los bandidos, mientras los aviadores continuaban trabajando.

Aunque nadie se lo había dicho Dolores no tardó en advertir que Red Gleason estaba encargado del mando de la escuadrilla, y así, decidió dedicar todas sus seducciones a aquel rústico individuo.

—Es maravilloso, señor Gleason, ver a un hombre tan fuerte y capaz como usted mientras dirige a esos hombres y da las órdenes necesarias para el vuelo de tan magníficos aeroplanos.

—¿Ah, sí? —replicó Gleason—. Le advierto, querida niña, que esta Usted perdiendo el tiempo conmigo.

Dolores se mordió el labio inferior, y luego dirigió una sonrisa encantadora al aviador, en tanto que renovaba su ataque desde otro punto de vista.

—No sabe usted lo que me gusta haber conocido a un hombre como usted. Veo que no es tan fatuo como la mayoría de ellos.

Red Gleason llamó a uno de sus hombres, le dio una orden, Y luego, dedicando otra vez su atención a la muchacha, le dijo:

—Observo, señorita, que me cree usted más tonto de lo que soy. Sepa que en mi vida sigo, exactamente, dos reglas acerca de las mujeres. Una de ellas es, que cuando encuentro una mujer fea, le digo que es muy guapa, si por azar, conozco a una mujer bonita, procuro evitar sus ataques. De modo que está usted perdiendo el tiempo

conmigo, señorita. Ya soy perro viejo y además, el gato escaldado, del agua fría huye.

Dolores comprendió que allí no había nada que hacer; por lo menos mientras quisiera apelar a sus acostumbradas armas, y, por eso, decidió hacer uso de la última que le quedaba; es decir, de la sinceridad.

—Comprendo que es usted un hombre experimentado —dijo—; pero le aseguro que, por mi parte, estoy muy preocupada. Quisiera acompañarle en su vuelo. ¿Me lo permitirá?

Gleason se rascó la cabeza, indeciso. No le gustaba complicar los asuntos, dejando que las mujeres interviniesen en el vuelo de sus aeroplanos. Por otra parte, aquella muchacha estaba sola, carecía de protección, su hermano había muerto y su padre se hallaba en peligro de perder la vida en un país lejano.

—Bueno, señorita. Prepare usted todas sus cosas y luego acomódese en ese aeroplano de transporte, el que está a la izquierda. Y si se marea durante el viaje, no confíe en que la cuide ninguna enfermera.

—¡Oh, qué amable es usted! —exclamó ella, gozosa, dándole unas palmaditas cariñosas en la espalda.

—¡Vaya tío de suerte, Red! —gruñó Shorty, que había presenciado la escena.

—No puedo remediarlo, hijo —le contestó Red Gleason—. Eso se debe a que tengo una belleza fatal.

Y, dicho esto, volvió a ocuparse en su trabajo.

Los aviadores llevaron a cabo una inspección final de sus aparatos, en tanto los mecánicos acababan de cargarlos de transporte.

Pero si bien estaban todos reunidos, Beverly Bates no aparecía por ninguna parte. Hacía ya cosa de una hora que estaba ausente; pero nadie se asombró ni se preocupó de ello. El joven Sandbag Sanders debía acompañar a Scotty Mac Closkey, cuya vista era muy defectuosa, pero que, en cambio, era un excelente mecánico. En cuanto a los tres aparatos de transporte, serían pilotados por unos mecánicos que tenían licencia para volar.

Oscurecía ya por momentos, pero, de pronto, se encendieron todas las luces del campo, de modo que en él no faltaba la iluminación.

Eso facilitaba en gran manera el trabajo de los tiradores ocultos, pues sus víctimas se les aparecían con toda claridad.

—¿Quién demonio será esa mujer? —preguntó uno de los bandidos en voz baja.

Pero ninguno de sus compañeros lo sabía ni se preocupaba de ello, porque para aquellos hombres, la vida de una mujer valía tan poco como la de un hombre. Entre el grupo siniestro ya no hubo más conversación. Todos observaban las idas y venidas de los aviadores y, de pronto, empezaron a rugir los motores.

Tony Bacciardi arrojó el cigarrillo, dando un gruñido. Los servidores de las ametralladoras se dispusieron a disparar y, de pronto, resonó la voz del jefe, diciendo:



—¡Ahora!

# CAPÍTULO IX

## LOS RUMORES DE LOS INDIOS

En la lejana Valverde, Toribio Fierro había tomado ya una decisión con respecto al fusilamiento de don Felipe de la Fuente y para ello obtuvo el beneplácito del presidente. En lo más profundo de su mente estaba fija la idea del peligro que amenazaba al país, pero dominando este pensamiento, se le aparecía la belleza de Eugenia de la Fuente.

La vió por última vez en pie y a su lado en el momento en que él acudió a la ventana para presenciar la destrucción originada por el misterioso cóndor.

Recordó también que no había firmado la libertad de don Felipe y se imaginó que la joven se habría llevado consigo el documento. Luego se le ocurrió la idea de que quizá falsificara su firma para hacer uso de aquella orden. Por consiguiente, se apresuró a mandar aviso a la cárcel, a fin, de que no cumplimentaran ninguna orden de libertad en favor de don Felipe, aunque estuviera firmada de su puño y letra.

Luego encargó a su escolta personal la búsqueda de la muchacha y que, una vez encontrada, la llevaran a su presencia.

Pronto le informaron de que no era posible encontrarla en ninguna parte. No estaba en su casa, y, al parecer, tampoco en la ciudad. Fierro reflexionó profundamente. Sin duda la muchacha se enteró de que su padre había sido herido en la explosión de la cárcel, y quizá no tendría modo de averiguar cuál era la importancia de aquella herida.

Razonando así, Fierro supuso que la muchacha buscaría la ocasión de penetrar en la cárcel para ver a su padre. Por consiguiente, mandó un aviso al director de la prisión, ordenando que retuviesen a Eugenia de la Fuente si aparecía por allí y la encerraran en espera de su llegada.

Razonando así, Fierro demostró que no era tonto del todo, porque Eugenia se proponía aquello mismo. La policía no pudo encontrarla porque ella se dirigió a la pequeña cabaña de adobe donde vivían la hermana y el cuñado de María, su criada india. Aquella vivienda estaba en el extremo de un estrecho callejón, en el barrio indígena de la ciudad, y sólo se llegaba a ella a través de un espeso laberinto de callejuelas. El sol no penetraba en aquella habitación, pequeña y de bajo techo, porque las ventanas estaban bien cerradas y, además, cubiertas por una manta.

A la vacilante luz de una bujía de fabricación casera, Eugenia estaba sentada en un largo banco y ante una mesa basta. La vieja y arrugada hermana de María le servía café, huevos y fruta, que la joven apenas probó.

María estaba acurrucada en el suelo y cerca de su ama. En cuanto al cuñado,

hombre también viejo, de mucha edad y de rostro tan arrugado, que casi parecía de cuero, estaba sentado en el suelo al lado del hogar y envuelto en su sapare indio. Y todos hablaban en voz baja de la destrucción parcial de la cárcel.

María se removía inquieta y sus ojos expresaban gran temor.

—¡Ay, amiguita, aun llegarán peores males! Sobre esta tierra volarán otras Alas de la Muerte. Esto no es más que el principio.

—¿Y cómo lo sabes, María? —se apresuró a preguntar la joven.

—Estoy segura. Nosotros los indios descendemos de la antigua raza, pero ahora los indios circulan por la ciudad y vuelven a las cuevas de la montaña. En breve no quedará ni uno sólo en Valverde.

Eugenia entornó los ojos, pensativa. Recordó que, en efecto, había visto numerosas filas de indios envueltos en sus sapes, llevando unos fardos en la cabeza que, con el silencio de los fantasmas, salían de la ciudad al amanecer.

—¿Y qué significa eso? —preguntó acentuando el ceño.

—¡Ay, amita!, No sé más; solamente sé lo que he oído.

—¿Y qué es eso? ¿Qué dicen los indios? —preguntó Eugenia.

—Entre ellos hablan en voz muy baja, amita —María miró a su alrededor y bajó la voz—. Hablan entre sí y dicen que se ha despertado la cólera de los antiguos dioses. Aseguran que los descendientes de los incas, los antiguos dueños y señores de este país, han vuelto a la vida y que se estremecen de cólera en el Valle de las Alas de la Muerte.

—¿Dónde está y qué es ese Valle de las Alas de la Muerte? —preguntó la joven.

—Entre nosotros está prohibido siquiera mencionarlo —contestó María en voz tan baja, que los demás no pudieron oírla—. Nadie más que los descendientes de los antiguos sacerdotes están enterados de eso. Nosotros, los pobres indios, sólo sabemos que existe y que allí está toda la riqueza de los incas y grandes cantidades de oro, que se han conservado durante muchos centenares de años para que los incas puedan vengar las injusticias que les han hecho los blancos y recobrar una vez más su propia tierra.

—¿Y esos terribles cóndores las envían los descendientes de los incas? —preguntó Eugenia, también en voz muy baja.

—Sí, y solamente es una pequeña parte de los que vendrán luego. Se asegura que primero llegarán uno o dos, como aviso, luego diez, después centenares y, por fin, millares de ellos, que se extenderán por todo el territorio de Rolivia, Baria y Solania, y también sobre las grandes capitales de la América del Sur, llegando hasta Panamá y el gran canal, que será destruido para extender hasta sus más lejanas fronteras los imperios de los incas y los aztecas.

La joven tuvo una terrible visión mental mientras escuchaba las palabras de la vieja, a la luz de la bujía. Pero, como mujer, primero pensó en los que estaban más

cerca de ella y concentró sus ideas en su propio padre y en la muerte que le amenazaba. Aún conservaba la orden de libertad extendida por Toribio Fierro y la contempló de nuevo fijándose en el trabajo que ella había realizado. Como supusiera Toribio, la joven copió la firma del general.

Pero de nuevo, Eugenia sintió la preocupación de ignorar lo que había sido de su padre a causa de la explosión. María le comunicó que don Felipe fue herido, pero ignoraba la gravedad del daño.

Además, la joven estaba persuadida de que a pesar de las lesiones que hubiese podido recibir su padre, pasadas pocas horas sería ejecutado, de modo que le quedaba muy escaso tiempo para intentar algo. Se puso en pie y al observarlo, la anciana le preguntó, asustada, a dónde iba.

—A la cárcel de San Juan, para ver si puedo salvar la vida de mi padre.

—¡Dios mío! —exclamó María, apenada—. Se apoderarán de ti, amita. Ese halcón cruel, ese Fierro cogerá entre sus garras a mi pequeña palomita. ¡Ojalá pudiese ayudarte algún hombre! ¿No conoces a ningún blanco que te socorra en tu necesidad?

Eugenia se disponía a salir, pero se detuvo y, pensativa, murmuró:

—Sí, hay un hombre —dijo, como hablando consigo misma—. ¡Dios quiera que llegue a tiempo!

—¿Y quién es, amita? —dijo, esperanzada, María.

—Un yanqui de la gran república del Norte. Es un aviador, un hombre que sabe dirigir esos barcos que vuelan.

—¿Cómo se llama? —preguntó la india.

—Bill Barnes —replicó la joven.

Dicho esto abrió la puerta y salió, silenciosamente.

# CAPÍTULO X

## EN EL CAMPO DE AVIACIÓN

El nombre de Bill Barnes se hallaba también en muchos labios y sus sílabas se transmitían en todas direcciones de una a otra estación inalámbrica, a lo largo de la frontera y desde las oficinas del gobierno hacia el golfo de Méjico y la costa oriental de la Florida. Y aquellos mensajes eran recogidos por los aeroplanos que patrullaban por los caminos del aire.

Ni uno sólo de sus pilotos dejaba de respetar y admirar a Bill Barnes, considerándolo el as de su arriesgada profesión. Ignoraban qué se proponía hacer el joven aviador y sólo conocían la orden de detener su aparato.

Y era preciso cumplir aquellas órdenes.

Pero su vigilancia, durante varias horas, no dio ningún resultado. Cada diez minutos se daba cuenta de la situación por telegrafía sin hilos y así se comunicaban los aparatos entre sí y luego con tierra.

La estación de Jackson Ville fue la primera en dar noticias interesantes, es decir, avisando que Bill Barnes había volado durante unos segundos por encima del campo de aviación, sin aterrizar, y que luego se dirigió al Sur a tanta velocidad, que fue imposible hacer salir un aparato para detenerlo a tiempo.

Pero el rumbo fue transmitido a todos los aviones que estaban de vigilancia y así la flotilla entera empezó a dirigirse a un punto inmediato al extremo de la Florida.

Después de larguísima espera vióse recompensada su paciencia, porque uno de los aviones divisó al diminuto aeroplano que se dirigía hacia ellos, a varias millas de distancia y a cosa de un millar de pies más arriba.

Después de hacer señales a los demás aparatos, el piloto del que llevaba el mando, ascendió hasta situarse a la misma altura que el aparato que llegaba, y luego, inclinando mucho su aparato, dio una rápida vuelta y empezó a volar con toda la rapidez posible con objeto de avanzar en la misma línea, aunque un poco más arriba que el aeroplano de Bill Barnes.

Acudieron los demás aparatos siguiendo el ejemplo del primero. Pocos segundos después el extraño avión que tenía la forma semejante a un abejorro, llegó al mismo nivel que los demás aeroplanos, en tanto que su piloto miraba, extrañado, ante él.

Eran inconfundibles las señales que se le hacían desde los aparatos del gobierno. Le ordenaban aminorar su velocidad y aterrizar en el campo más cercano.

Con la mayor obediencia, Bill Barnes aminoró la rapidez de su vuelo y, pocos segundos después, picó hacia tierra, como si fuese un solitario gorrión perseguido.

Al parecer, Morgan Catesby, gracias a la fuerza del gobierno, estaba a punto de

alcanzar su objetivo, impidiendo a Bill Barnes la salida del país.

Y también cualquiera hubiese podido creer que lograría impedir que la escuadrilla de Bill Barnes abandonara la nación, aunque en este caso utilizando unas fuerzas completamente distintas.

En el campo de aviación de Long Island, los pilotos y los mecánicos, satisfechos de haber acabado su trabajo, y sin sospechar el peligro que les amenazaba, se hablaban a gritos, mientras los motores empezaban a rugir.

Dolores fue una de las primeras personas en subir a bordo. Se acomodó en el asiento delantero del último de los tres trimotores. Shorty le había prestado un traje de vuelo y como era muy grande para ella, la joven parecía tener una estatura menor que la real.

Los motores seguían rugiendo, Red Gleason estaba muy satisfecho de haber podido anticipar la salida y el ruido de todos los aparatos habría sido capaz de ahogar los disparos de cualquier ametralladora.

Los asesinos se daban cuenta de ello y se estuvieron aguardando a que todos los motores estuvieran en marcha. Aquellos asesinos, fríos y crueles, deseaban que sus balas diesen a la vez en los aparatos y en los hombres, que no oirían siquiera los disparos.

La voz de Tony Bacciardi dio la orden de empezar a disparar. El hombre que estaba a su lado, al servicio de la ametralladora, se dispuso a oprimir el gatillo, pero, en aquel instante, recibió un violento golpe en el occipucio y las balas salieron en dirección diagonal, sin dar en el blanco.

—¡Manos acriba! —ordenó una voz autoritaria.

Al volverse, los asustados bandidos se dieron cuenta de que estaban rodeados por un verdadero ejercito de policías, que les apuntaban con sus pistolas.

Poco después, los bandidos estaban en pie, convenientemente sujetos agrupados.

Eran el blanco de una serie de lamparillas eléctricas y el jefe de la fuerza policíaca, exclamó:

—Ha sido un buen trabajo, muchachos —y dirigiéndose a Beverly Bates que estaba a su lado, ya vestido y a punto de emprender el vuelo, le dijo:

—Hemos cogido a Tony Bacciardi y a toda su cuadrilla, y con las manos en la masa.

—No pueden acusarme de nada —exclamó Tony.

—¿No? —preguntó sonriente Beverly Bates—. Veo que vas a tener una sorpresa. Te aseguro que me ha parecido muy interesante ver cómo te metías en la trampa.

—De modo que todo eso ha sido preparado para que se pudiera creer en nuestra culpa, ¿verdad? —exclamó Tony Bacciardi.

—Nadie más que un idiota como tú —le replicó Beverly Bates—, es capaz de figurarse que dejaríamos este campo sin protección alguna. Nuestra vigilancia se

extiende en todas direcciones hasta cierta distancia del campo. Además, tenemos amigos en todas partes, que nos avisan la llegada de los desconocidos, y entonces los hacemos seguir.

—Y si queréis convencerlos, ahí tenéis al que os ha seguido —añadió Beverly Bates, señalando a Sandbag Sanders, el muchacho a quien Bill Barnes tomó bajo su protección y educaba e instruía para convertirlo en piloto.

El joven Sanders estaba muy satisfecho de sí mismo.

—Sí, los seguí durante todo el día y en la taberna les limpié las botas, y cada media hora teléfonoaba...

—Ya ves, pues, que estabais bien vigilados —añadió Beverly Bates—. En cuanto llegasteis a un kilómetro de este lugar ya no se perdió de vista uno solo de vuestros movimientos. La policía fue avisada inmediatamente. No comprendo como, dado lo imbéciles que sois, os ha sido imposible evitar la cárcel hasta ahora.

En extremo complacidos, Beverly Bates, el joven Sanders y los tres mecánicos, que les ayudaron en sus trabajos de observación, volvieron al campo para dar cuenta a Red Gleason de lo que acababa de suceder.

—¿Y por qué no los han cogido antes? —observó éste en cuanto se hubo enterado.

—Porque quería cogerlos con las manos en la masa —contestó Beverly Bates.

—Lo comprendo —replicó Red—. Bueno, ahora cada uno a su sitio.

Obedecieron todos y Red, mientras tanto, se volvió a los hombres que quedaban en el campo, encargados de la vigilancia. En aquel momento vio el faro de una motocicleta que se acercaba a toda prisa. Eso le dio alguna inquietud, pero no tuvo tiempo de pensar ni de hacer ninguna conjetura porque, en aquel momento, apareció el motociclista. Era un agente de la policía que le entregó un sobre cerrado.

—Lo siento, señor Gleason —dijo—, pero aquí está la orden que les obliga a desistir de su viaje.

# CAPÍTULO XI

## OTRA VEZ ANTE LA MUERTE

En aquel cayo de la Florida, y a muchas millas de distancia de toda habitación humana, no hubo ningún agente de policía que impidiese el vuelo de la escuadrilla de aviones de caza de Mico Morton. Todos tomaron el rumbo al Sur y, hora tras hora, sus hélices giraron en el aire, a toda velocidad, de modo que viajaban a razón de unos trescientos veinte kilómetros por hora.

Solo se detuvieron un momento en Panamá para tomar gasolina y, un momento después, reanudaron el vuelo.

Casi a media noche llegaron a Valverde y aterrizaron en el campo de aviación donde Toribio Fierro, adornado con todas sus condecoraciones y medallas y cubierto con un uniforme de gala, les aguardaba. Y es preciso confesar que incluso Fierro se asombró un poco al ver aquellos tipos que echaban pie a tierra y que en tres automóviles oficiales fueron conducidos al palacio del presidente.

Los capitaneaba un individuo malcarado que tenía el rostro cruzado por una cicatriz que podía haber sido o no recibida en uno de esos duelos frecuentes en las universidades alemanas. Y en espera de la llegada de su jefe Mico Morton, él ostentaba el mando del grupo de aviadores. Se presentó con el nombre de Frederick Merner, hablaba con pronunciado acento alemán y saludaba golpeando los talones y haciendo una reverencia absolutamente militar.

El presidente les dio la bienvenida y luego los condujo al comedor del palacio, espléndidamente iluminado, y en el cual se les sirvió un champaña de honor.

En cuanto hubieron bebido cuatro o cinco copas, Toribio Fierro se dispuso a hablar de asuntos importantes.

Como le constaban que aquellos hombres estaban al servicio de Morgan Catesby y de su grupo de financieros, Fierro quiso reforzar su alianza con el Gobierno de Rolivia, incorporándoles al ejército.

Así, antes de que hubiese transcurrido media hora más, todos los pilotos habían recibido varios grados, desde coronel a capitán. Toribio Fierro les había preparado los uniformes correspondientes y, en un momento, quedaron convertidos en oficiales de la flota aérea del gobierno.

—Y ahora, señores —dijo Toribio Fierro—, hemos de hacer uso de toda nuestra habilidad, energía e inteligencia para impedir que ese terrible Bill Barnes aterrice en este país en unión de su despreciable cuadrilla de salteadores y asesinos.

Los nuevos oficiales se desalentaron un tanto. Algunos de ellos conocían a Bill Barnes y tenían motivos para no recordarlo con gusto.



Así, pues, aquel grupo de oficiales de aviación y el Ministro de la Guerra de Rolivia organizaron un complot. Si Bill Barnes se hubiera enterado de que lo llamaban «un hombre terrible», no cabe duda de que se hubiese encolerizado,

y aún habría sido mayor su cólera al saber que sus amigos eran insultados de un modo indigno, pero Bill Barnes tenía otras cosas en qué pensar.

Encima de él veía las negras sombras de los aviones de la escuadrilla de vigilancia y él se dirigía a tierra, en cumplimiento de las órdenes recibidas.

Pero mientras tanto su mente trabajaba con rapidez; ignoraba cuál era la causa de aquella actividad de los agentes del gobierno. Previó, sin embargo, muchas complicaciones y demoras antes de que se le permitiera reanudar el viaje. Comprendió que así se frustraría su deseo de llevar a cabo aquella misión e impedir la muerte del pobre don Felipe.

En aquel momento, su radio interceptó un mensaje que contenía el nombre de Morgan Catesby y entonces se explicó lo que sucedía.

Lo que ocurrió luego fue tan rápido, que los sobresaltados pilotos de la escuadrilla de vigilancia apenas fueron capaces de referirlo.

El diminuto aeroplano, que estaba debajo de ellos, se encabritó de pronto, apareció por su retaguardia, describiendo un rapidísimo rizo y luego voló por encima de la escuadrilla.

Mientras los pilotos observaban asombrados, desaparecieron las cortas alas del aparato, hubo una llamarada y una nube de humo que surgió de la parte inferior del fuselaje, y el avión salió disparado hacia arriba, hasta que se convirtió en un puntito casi invisible, a cinco mil pies en línea vertical y luego tomó el rumbo hacia el Sur, desapareciendo en breves minutos.

En cuanto hubo perdido de vista los aparatos del gobierno, Bill Barnes hizo salir de nuevo las alas del aeroplano; continuó el vuelo en sentido horizontal y siempre rumbo al Sur.

\* \* \*

Los nuevos oficiales de aviación de Rolivia se quedaron silenciosos, cuando Toribio Fierro recibió un radiograma de Panamá en el cual un espía roliviano le comunicó el paso de Bill Barnes sobre aquel estado.

—¿Escapa solo? —preguntó Frederick Merner, el nuevo coronel que resplandecía dentro de un uniforme gris, escarlata y plateado.

—Al parecer, si —exclamó Toribio Fierro—, porque no se habla de su escuadrilla de bandoleros.

—En este caso —exclamó el coronel Merner—, ya le ajustaremos las cuentas.

—Perfectamente —le contestó Fierro—. Y creo que deberíamos prepararnos

rápidamente, porque no tardará mucho en cruzar nuestras fronteras.

—Aún hay tiempo para otra cosa, señores —exclamó el coronel—. Y yo propondré otro brindis —tomó una copa de champaña y añadió—: Muerte y destrucción para Bill Barnes y todos sus hombres.

—¡Mueran! —gritaron sus compañeros.

Toribio Fierro les sonrió mientras salían. Una vez fuera del palacio subieron todos a los automóviles, que los llevaron al campo de aviación.

Apenas había uno que no sintiera los efectos de la bebida, pero a pesar y de todo eran aviadores hábiles y, en breve, se elevaron con sus aparatos, tomando la dirección Norte con objeto de interceptar el vuelo de Bill Barnes.

En cuanto se apagó en la lejanía el ruido de los motores, Toribio Fierro se frotó las manos muy satisfecho, pues acababa de adquirir nuevos partidarios.

Nuevamente volvió a su vivienda, en donde pidió noticias de la señorita Eugenia. Y ¡cosa extraña!, Aun no se sabía nada de ella. Había desaparecido por completo y nadie pudo encontrarla. Y el director de la cárcel de San Juan tampoco pudo comunicarle ninguna noticia acerca de su paradero.

—¿Y no ha venido nadie? —preguntó Toribio Fierro.

—Sí, señor —le contestó el director jefe de la cárcel—. Ha venido un muchacho indio solicitando ver a don Felipe y le hemos permitido el paso.

—¡Idiotas! —gritó Fierro—. ¿Por qué no examinaron ustedes a ese muchacho? ¡Era la señorita de la Fuente! ¿Se ha marchado va?

—Sí, mi general.

Fierro colgó el receptor y empezó a pasear por la estancia. Su cólera se volvió contra don Felipe. Ciñóse la espada y se encaminó rápidamente hacia la cárcel de San Juan.

Estaba a punto de amanecer. Fierro decidió que antes de una hora, y a pesar de todo cuanto pudiera ocurrir, don Felipe debía ser fusilado.

Los soñolientos centinelas y un adormilado oficial se cuadraron al ver aparecer al Ministro de la Guerra. Aún faltaba media hora para el día. Los soldados fueron despertados con la mayor rudeza y al poco rato salieron mientras llenaban de cartuchos sus armas y se formaban en buen orden.

Unos guardias se encargaron de ir a buscar al condenado, el cual no tardó en aparecer rodeado de ellos, sereno y tranquilo y con cierta expresión de desdén.

Lleváronse rápidamente a cabo los preliminares de la ejecución. De nuevo don Felipe rechazó los auxilios del sacerdote y también se negó a que le vendaran los ojos.

Fierro, para asegurarse que aquella vez no habría ninguna interrupción, tomó el mando del piquete ejecutor y desenvainó el sable para dar la señal de hacer fuego.

Dióse la orden de apuntar y Fierro levantó, dramáticamente, la espada, mientras

don Felipe miraba tranquilamente las negras bocas de los fusiles.

## CAPÍTULO XII

### LA AMENAZA EN EL CIELO

El agente de policía que se dirigió en motocicleta al campo de aviación de Long Island, no llevaba ningún uniforme vistoso, pero en cambio estaba revestido de gran autoridad. Red Gleason miró tristemente al comunicado oficial que le mostraba, se rascó la cabeza y volvió los ojos hacia sus hombres, dispuestos a emprender el vuelo en cuanto él lo ordenase.

Shorty Hassfurther acudió para enterarse de la causa del retraso.

—¡Hola, Jim! —exclamó, dirigiéndose al policía y dándole una palmada en el hombro—. ¿Cómo estás, tunante? ¿Y tu familia?

—Muy bien, Shorty, todos sin novedad —contestó, sonriendo, el agente.

—Sin duda no sabe Usted, Red, que yo soy padrino del muchacho de Jim.

Red lo miró pensativo, hizo un guiño y, discretamente, se alejó.

Shorty sorprendió aquella señal, se volvió a su amigo y éste le refirió inmediatamente lo que ocurría.

—Mira, Jim —le dijo Shorty, poniéndole una mano en el hombro—. Si hubieses llegado seis minutos después ya nos habrías encontrado volando, de modo que no te hubiese sido posible hacer cumplir esta orden. Nadie mas que nosotros te hemos visto llegar. Sé buen muchacho, Jim, retrocede un poco y vuelve dentro de seis minutos a entregar esta orden.

Jim se quedó indeciso unos momentos, hasta que, por fin, de mala gana, dio su conformidad.

Montó de nuevo en su moto y se alejó llevándose el documento. Entretanto, Red Gleason exclamó:

—A veces, Shorty, casi parece que tengas inteligencia humana.

Luego, sin perder un instante, dio la orden de emprender el vuelo y aumentó el rugido de los motores.

El aparato de Red salió en primer lugar y fue inmediatamente seguido por los demás en el debido orden.

Disminuía ya el ruido de los motores cuando el agente de policía volvió al campo, meneó la cabeza y se alejó filosóficamente.

Red Gleason, volviéndose hacia atrás, vió las luces de situación de toda la escuadrilla. Aquel espectáculo le complació en extremo y aunque no era hombre que se emocionase fácilmente, le impresionó el espectáculo de aquella fuerza organizada.

—La primera parada en Jackson Ville —se dijo.

Y dispuso su piloto automático hacia aquel destino.

La escuadrilla seguía, hora tras hora, en línea recta, el rumbo marcado. Poco a poco, los trimotores de transporte se rezagaron, pero ya habían recibido instrucciones y Gleason no se preocupó por ellos.

Mucho antes de amanecer, vieron los faros de situación del campo de aterrizaje de Jackson Ville y desconectando el piloto automático, Red Gleason descendió tan rápidamente hacia aquellas lejanas luces, que estas parecieron subir a su encuentro. Los restantes aeroplanos lo siguieron en buena formación mientras se inclinaban hacia el campo.

Los oficiales de Aduanas y de la Inmigración seguían volando y dispuestos a detener los aeroplanos de Bill Barnes tan pronto como hubiesen aterrizado, pero Gleason no parecía darse cuenta de ello mientras seguía descendiendo.

Cuando se hallaba a unos quinientos pies por encima del campo, niveló de pronto su aparato, disparó una pistola Very, despidiendo tres bolas de luz verde, que descendieron con gran lentitud.

Casi al mismo tiempo en que aparecieron aquellas bolas de luz verde, un aeroplano, cuyo motor rugía en el campo de aviación, se elevó de repente y emprendió el vuelo.

Gleason y los aparatos de su escuadrilla emprendieron una marcha horizontal, se inclinaron sobre un ala y torcieron de nuevo hacia el mar seguidos de cerca por el nuevo aparato. En cuanto hubieron recorrido varias millas, este último logró situarse sobre el avión de caza pilotado por Gardiner.

Los dos aparatos, que avanzaban a la velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora, hallábanse apenas a veinte pies de distancia y el aparato desconocido volaba por encima del avión de caza. Del primero descendió un momento después una escala de cuerda.

Por el borde de la carlinga apareció Cy Hawkins, que empezó a descender de uno a otro tramo, oscilando peligrosamente ante la fuerte corriente de aire originada por la marcha y por la rotación de la hélice. Sin embargo, siguió bajando poco a poco hasta que, por fin, abandonando la escala de cuerda, saltó y fue a parar a la carlinga de popa; una vez allí se apresuró a cambiar de sitio con Gardiner.

Hecho esto, el extraño aeroplano avanzó un poco para tomar una posición semejante sobre el avión que pilotaba Red Gleason. De nuevo fue arrojada la escala de cuerda y mientras los dos aparatos volaban uno sobre otro, surgió del superior otra figura que descendió a su vez y al fin Henderson fue a situarse en la carlinga posterior del avión de Red Gleason.

Este le saludó con un alegre ademán, despidióse del desconocido avión, que se inclinó ligeramente a un lado y a otro para contestar y luego volvió hacia el aeropuerto. Pocas cosas había dejado Bill Barnes a la casualidad.

Su escapatoria, gracias a la cual avistó a los aviones de vigilancia del gobierno,

fue muy rápida, mas a pesar de todo consiguió radiar instrucciones a Red Gleason y a Cy Hawkins, pues estaba seguro de que las autoridades tratarían de impedirles la continuación de su viaje.

La previsión del joven piloto fue extraordinaria, porque después de media hora de vuelo, la escuadrilla picó hacia una faja estrecha de arena dura donde los esperaban unos camiones cargados de gasolina y aceite y donde también Scotty se dedicó a revisar su aparato.

Mico Morton, que ya regresaba después de su infructuosa persecución de Bill Barnes, descubrió aquel escondrijo. Su aparato, de color verde plateado, descendió hacia aquel puesto de aprovisionamiento improvisado, mientras los aviadores se ocupaban en tomar gasolina.

Pero, de pronto, interrumpió su descenso y se apresuró a radiar la noticia a los aeroplanos de la Aduana y a todos los puestos de vigilancia.

Red Gleason, que descubrió aquel aparato desconocido, meneó la cabeza y, volviéndose a sus compañeros, les recomendó darse prisa.

—Eso no me gusta —murmuró—. Dentro de un momento vamos a tener a todos aquellos aparatos sobre nosotros.

Con la mayor ansiedad examinó el cielo y no perdió ni un solo instante en reanudar el vuelo. Le preocupaba mucho la suerte que pudiera caber a los aeroplanos de transporte más lentos, y les radió instrucciones, en el sentido de que utilizaran sus reservas de gasolina y se dirigieran en línea recta al próximo punto de aterrizaje.

Apenas había despegado, seguido por la escuadrilla, cuando en el horizonte y lejos, vió cuatro puntitos negros que, rápidamente, aumentaban de tamaño.

Eran los aviones de vigilancia que se dirigían hacia ellos.

Red Gleason inclinó bruscamente su aparato y condujo la escuadrilla hacia alta mar, más allá de las tres millas que constituyen el límite jurisdiccional y también más allá del límite de las doce millas, con rumbo hacia las Bahamas.

Todos los aviones de caza de Barnes volaban utilizando cuanta fuerza podía darles sus motores, de modo que muy en breve, los aviones del gobierno quedaron rezagados y aterrizaron en su propio territorio abandonando la persecución.

Gleason recelaba que radiasen a Jamaica anunciando su llegada y por consiguiente temía la necesidad de aterrizar en aquel sitio, en donde quizá pudieran detenerlo amparándose en algún convenio internacional.

Y persuadidos de que los cubanos se mostrarían menos officiosos decidió intentar un aterrizaje en La Habana.

Mas lo que le preocupaba era la persecución tenaz del aparato verde plateado de Morton. A pesar de la rapidez de su vuelo y que con frecuencia cambiaba de rumbo, muy atrás y a cierta altura, les seguía aquel extraño aeroplano que parecía tener por única misión vigilar sus movimientos.

A la hora debida aterrizaron en La Habana, en donde hicieron acopio de gasolina y de aceite y desde allí también Red Gleason radió instrucciones a los aparatos de transporte que debían de hallarse muy atrás, a fin de ponerles sobre aviso acerca del aparato de Mico Morton y recomendándoles igualmente que llenaran los tanques de La Habana.

De pronto Shorty Hassfurth se acercó a Red y le preguntó:

—¿Se ha fijado en ese tío de color de café que anda rondando junto a nuestros aparatos?

—Sí, ya lo he visto —replicó Red refiriéndose a un hombre alto, flaco, de nariz aguileña y muy moreno, cosa que indicaba su origen suramericano y cuyos ojos se habían fijado en todos los detalles de los aviones y de su tripulación.

Aquel individuo vestía un traje tropical muy bien cortado y se cubría la cabeza con un panamá excelente.

—Pues bien, lo ha estado observando todo —dijo Shorty—, y luego ha subido a un automóvil que partió a toda velocidad. Estoy segura de que ese individuo no trae buenas intenciones y por esta razón ha recomendado al joven Sandbag Sanders, que pidiera prestada una moto para seguirlo. Y Sandbag ya está de regreso.

En efecto, así era. Y el joven, después de parar la moto, se apeó de un salto, dándose mucha importancia.

—He seguido a este individuo hasta La Habana y he podido observar que se ha dirigido a la estación de radio para transmitir un largo mensaje. No me ha sido posible ver lo que escribía, y así no puedo decir qué era. Sin embargo, me he apoderado de la hoja de papel que había dejado de la que utilizó para escribir su mensaje. Aquí está.

Y entregó un impreso de los que se utilizan para expedir telegramas y que conservaba algunas huellas de lo que se había escrito en la parte superior.

—Has obrado con mucha inteligencia, muchacho —le dijo Red Gleason mientras se rascaba la cabeza y contemplaba las débiles huellas de un lápiz—. Esa es tarea propia de Beverly Bates —dijo, disponiéndose a llamar al alto piloto.

Bates examinó el papel desde todas los puntos de vista y luego dijo:

—Sólo puedo leer una palabra, que dice *huaman*.

—Eso no nos explica nada —comentó Red Gleason.

—Sí, y no —replicó Beverly Bates—. Esta palabra pertenece al antiguo peruano, idioma que estudié en el colegio y significa halcón. En su mitología el halcón, el león y el cóndor eran animales sagrados. Es todo lo que sé.

—El cóndor, ¿eh? —musitó Red Gleason—. Y precisamente esos cóndores han estado bombardeando donde les ha dada la gana.

No era posible perder más tiempo para esclarecer aquel misterio.

Por lo tanto, los aviadores reanudaron el vuelo en dirección a la península de la

América Meridional.

Pocos buques circulaban por el Mar Caribe, pero en cuanto se acercaron a tierra, Red Gleason vió a distancia un pequeño cañonero que cabeceaba violentamente a impulso del oleaje. Lleno de curiosidad, tomó los prismáticos para fijarse en el estandarte que llevaba a popa. Vió que tenía cuadros blancos y azules y pudo recordar que pertenecía a una república suramericana, aunque de momento no podía recordar cuál.

Pero otros asuntos le preocupaban más. El cielo estaba cubierto en parte y al mirar hacia arriba vió algo negro que cabeceaba majestuosa hacia él y a menos de una milla de distancia.

La velocidad del buque y la línea de vuelo de aquel objeto desconocido los aproximaba rápidamente, a pesar de que el objeto negro se hallaba a una altura superior a la suya propia en varios centenares de pies.

Al aproximarse sintió un extraño escalofrío y se le erizó el cabello, pues aquel objeto era un enorme cóndor, que volaba planeando con sus grandes alas.

Casi en el mismo instante de reconocer al ave, ésta, al parecer, descubrió también la escuadrilla y la mano de Red Gleason se inmovilizó sobre la palanca de mando.

El cóndor empezó a descender y se dirigía en línea recta hacia ellos con velocidad terrible.



# CAPÍTULO XIII

## LLEGAN ENEMIGOS

Después de eludir los aviones de la Aduana y de las autoridades de inmigración, Bill Barnes hizo volar su aparato con la velocidad de una flecha hacía su destino lejano, que se hallaba en las fronteras de Rolivia.

Transcurrieron las horas y él seguía volando impulsado por su poderoso motor y después de haber fijado la marcha por medio de su piloto automático.

Poco después de media noche, al llegar a la península de la América del Sur, se dirigió a la región montañosa donde se hallaba la pequeña república de Rolivia.

Calculó que se hallaría cerca de la frontera de aquel país, cuando, de pronto, sintió despierta su atención. Hacia adelante y a mayor altura observó un débil resplandor rojo. Luego aparecieron varios más, hasta que hubo contado siete.

Instintivamente comprendió lo que sería. En cuanto aquellos resplandores se hicieron visibles, pudo distinguir la silueta de los aeroplanos, a los que traicionaban sus tubos de escape.

Ignoraba si eran amigos o enemigos, pero comprobó que las ametralladoras funcionaban bien, y, por si acaso, preparó las municiones necesarias.

Poco tiempo estuvo dudoso acerca de las intenciones de aquellos aparatos, porque uno de ellos disparó y él mismo pudo oír el choque de una bala contra la punta del ala derecha.

Los misteriosos aeroplanos le atacaban. Aproximándose a él disparando al mismo tiempo, y Bill Barnes inclinó bruscamente su aparato, precisamente en el instante en que las negras sombras de los aeroplanos enemigos se dirigían, rugiendo, hacia él.

Un empujón de su mano llevó la palanca hasta el tope y el motor empezó a funcionar más vigorosamente. Luego puso el aparato horizontal, lo encabritó y lo inclinó hacia el lado opuesto.

Atravesaban el aire los fogonazos, que indicaban la dirección de las balas.

Sus propias ametralladoras tabletearon como rápidas máquinas de escribir, disparando hacia los aparatos enemigos.

Estos consiguieron meterle algunos balazos en las alas, destruyendo la tela en algunos puntos, pero las ametralladoras manejadas por Bill Barnes obligaron a los aviones enemigos a dar un rodeo.

Uno de ellos cayó de costado y se estrelló contra el suelo, donde surgió, de pronto, una llamarada. De nuevo, Barnes puso el aparato en posición horizontal y dio toda la velocidad de que era capaz, siguiendo el rumbo deseado, y así dejó a sus enemigos cambiando de dirección para perseguirle.

Desde luego, Bill Barnes no quería ser cogido y el tiempo era precioso para él.

En el espejito retrovisor, Bill Barnes vió el débil resplandor de los tubos de escape de los aviones enemigos; pero, poco a poco, disminuyeron en intensidad, a medida que el «Abejarrón» atravesaba rápidamente el espacio.

Crejó que faltarían muy pocos minutos para que se le apareciesen las luces de Valverde. Sus enemigos habían quedado varias millas atrás, según le constaba, puesto que no existía ningún aparato capaz de seguir a su «Abejarrón».

Disminuyó el gas cuando se acercaba a la ciudad y picó hasta hallarse escasamente a un millar de pies sobre los tejados de las casas. Luego actuó con la palanca que ponía en funcionamiento su autogiro y los rotores se elevaron suavemente tras él, en tanto las alas del aparato se replegaban en el fuselaje.

La brillante columna que se abría en la parte superior como un paraguas y las diminutas palas que disminuían la violencia de su caída, le permitieron descender suavemente hasta el suelo.

Con la mayor atención examinó los tejados de las casas en busca de la señal convenida con el joven Ricardo de la Fuente, quien le había prometido señalar el punto de aterrizaje con cinco luces en forma de Y, de las cuales, la del centro sería roja y las otras blancas.

Pero, por más que buscó, no pudo descubrir aquella indicación a pesar de que llevó su aparato encima del campo de aviación de Valverde.

Mientras tanto transcurría el tiempo y quizá al cabo de algunos minutos lo alcanzarán los aparatos enemigos.

De nuevo abrió la llave del gas y dio una vuelta en torno de la ciudad. En el Este se percibía ya la primera luz de la aurora que daba un sombrío relieve a los muros siniestros de un edificio parecido a una fortaleza que se elevaba en el lado sur de la ciudad.

En su exploración llegó a menos de doscientos pies sobre la torre más alta.

Al mirar hacia tierra contuvo el aliento ante la escena que le ponía de manifiesto la luz del alba. Inmediatamente inclinó su aparato para cambiar de rumbo y, un segundo después, arrojó una bengala, precisamente en el centro del patio.

Inclinó de nuevo su aparato y cortó el encendido. Lejos, y en el horizonte, pudo ver las formas confusas de los aviones perseguidores.

En el patio se hallaba Toribio Fierro con la espada levantada. Un segundo después la habría inclinado al suelo para dar la señal de disparar a los fusiles del pelotón ejecutor, y por lo tanto, don Felipe de la Fuente hubiese muerto.

Pero las armas de fuego perdieron su inmovilidad y los soldados miraron hacia arriba al oír el rugido de un motor. Toribio Fierro también levantó los ojos para contemplar aquella sombra negra.

Saltó a un lado y los soldados rompieron filas para apartarse de aquel lugar.

Algo atravesó rápidamente el aire y cayó en el centro del patio; en aquel momento hubo un resplandor que iluminó los asustados rostros de Fierro y los soldados y las paredes que aún quedaban en pie.

Pocos segundos después, un objeto enorme y de color gris, sobre el cual giraban unas palas, fue a posarse sobre el pavimento del patio.

Inmediatamente, un hombre alto echó pie a tierra, pistola en mano, se dirigió al anciano que hasta entonces aguardara la muerte, y le preguntó:

—¿Es usted don Felipe de la Fuente?

El anciano se inclinó cortésmente, como si se encontrara en un salón.

—¡Sígame, deprisa! —le recomendó Bill Barnes, dirigiéndose al aeroplano.

Ayudó a don Felipe a subir y a sentarse en un lugar estrecho que había detrás del asiento del piloto. En el momento en que Barnes tendía la mano hacia los mandos, se oyó en el aire el rugido de unos poderosos motores.

Hubo una lluvia de balas, que fueron a dar en el suelo y en las paredes de la cárcel.

Sus perseguidores habían alcanzado a Bill Barnes y, volando sobre la cárcel, esperaban que se elevase en su aparato.

# CAPÍTULO XIV

## UN HUESPED INDESEABLE

Ante la costa norte del continente de la América del Sur, Red Gleason sintió un escalofrío al notar que el gigantesco cóndor se dirigía hacia él. Cuanto había oído acerca de aquellas aves de mal agüero contribuía a despertar su temor supersticioso.

Pero luego, su educación como aviador se impuso, y le obligó a actuar.

Dirigió su aparato hacia tierra y todos sus compañeros le imitaron, como bandada de asustadas codornices ante la amenaza de un halcón.

La escuadrilla pasó por debajo de la enorme ave, y luego, Gleason volvió a tomar el vuelo horizontal, seguido por sus compañeros.

Al mirar hacia atrás, pudo notar que el cóndor había seguido su ruta. Una pequeña humareda en la cubierta del cañonero y el movimiento de los hombres que corrían por ella, demostró a Gleason cuál era el blanco que el cóndor había buscado.

Horrorizado, inclinó el aparato y dio media vuelta, mientras el cóndor, con la rapidez del rayo, se arrojaba contra la chimenea del barco. Sus alas ocultaron toda la cubierta de popa, y un momento después, aquella parte del buque pareció dar un salto.

Surgieron algunas llamas, gran cantidad de humo y de vapor y por último una humareda negra ocultó el resto de la tragedia. Con el rostro, contraído por la pena, Gleason describió un espiral para descender, pues pudo notar que flotaban en el agua algunos restos del naufragio.

Por suerte, el mar estaba tranquilo, y al amarar le pareció haber visto seres humanos que se agarraban, a unos maderos.

Cuando el mar parecía levantarse para ir a su encuentro, Gleason hizo salir sus flotadores, que estaban replegados en el fuselaje y, un momento después, se había posado sobre el agua. Giraban lentamente las aspas de la hélice, mientras se dirigía hacia dos hombres, casi ahogados, que se agarraban a un madero.

El avión de Shorty Hassfurther se posó cerca del primero y los demás aparatos imitaron aquella conducta, a excepción de Scotty Mac Closkey, que siguió volando para proteger a sus amigos contra el aeroplano verde plateado, en el caso de que apareciese.

Shorty se desnudó rápidamente y se arrojó al agua, mientras uno de los supervivientes empezaba a soltarse del madero, faltar ya de fuerzas.

Apareció la aleta de un tiburón; pero Beverly Bates, que estaba al acecho, disparó su ametralladora, y el escualo desapareció.

Shorty, nadando vigorosamente, llegó, en breve, al lado de los dos hombres.

El avión de Cy Hawkins se posó en el agua a muy corta distancia de él.

Uno de los supervivientes, que era un joven esbelto y moreno y que tenía el rostro ensangrentado, fue subido al avión de Cy Hawkins. En cuanto al otro, que era hombre mucho más grueso y de rostro rojizo, embarcó en el avión de Beverly Bates.

El mar aparecía lleno de restos del naufragio, pero los aviadores no pudieron encontrar a ningún otro superviviente.

Después de un minucioso registro, Red Gleason hizo la señal a sus compañeros, y todos emprendieron rápidamente el vuelo.

Al poco rato se habían formado otra vez y, después de alcanzar la altura conveniente, todos dispusieron sus pilotos automáticos y así la escuadrilla continuó su vuelo hacia Rolivia. En cuanto al aeroplano verde plateado, no apareció por ninguna parte, y eso se debía a que Mico Morton decidió preceder a sus enemigos para aguardarles a su llegada.

Red Gleason hizo uso de su teléfono sin hilos para averiguar la mayor suma de detalles posibles acerca de aquella tragedia. De este modo averiguó que el barco destruido era un cañonero de la marina de Solania y, en realidad, el único buque de guerra que poseía. Habíanse ahogado unos noventa hombres, entre oficiales y marineros.

Los dos supervivientes eran Diego de Toledo, hijo del presidente de Solania, y el otro más corpulento, un norteamericano llamado Barry Crushing, quien, según dijo, era banquero.

Gleason creyó recordar el nombre de este último, cosa no extraña, porque, en realidad, se trataba de un socio de Morgan Catesby. Por otra parte, el banquero no dio ninguna otra noticia acerca de su persona.

Al poco rato, Gleason, después de consultar el mapa, la brújula, el indicador de recorrido y otros instrumentos, comprendió que se hallaba muy cerca de las fronteras de Rolivia. Por otra parte, pudo ver los altos picos de los Andes, que aparecían en toda su grandeza.

Cruzaron la frontera sin otro incidente que el advertir algunas señales que les hacían, muy excitados, los oficiales de la Aduana; pero ellos, sin obedecer, continuaron su viaje.

Acercábanse ya a Valverde, pero Gleason dio un rodeo para no descubrir su presencia y buscó un sitio apropiado para aterrizar.

Ello no era fácil en un país tan montañoso como aquel. Pero, al fin, descubrió un valle situado a cosa de doce millas de la población, que si bien era estrecho y rodeado de precipicios, parecía reunir las condiciones necesarias para aterrizar.

A pesar de todo, fue preciso tomar algunas precauciones para que no ocurriese ningún accidente. Por fin, todos tomaron tierra y se situaron de manera que les resultara fácil emprender nuevamente el vuelo.

Entonces Red accionó el manipulador del aparato de su telegrafía sin hilos para llamar a su jefe y siguió haciendo la señal convenida por espacio de cinco minutos.

Al no recibir ninguna respuesta, Gleason empezó a sentir temores.

Sin embargo, otras muchas cosas reclamaban su atención, como, por ejemplo, el problema de los aviones de transporte. Su último mensaje daba cuenta de que proseguían su viaje sin ningún incidente a lo largo de la costa de la América del Norte, aunque ya sobre alta mar, para no ser molestados por los empleados del Gobierno. Gleason calculó que, por lo menos, necesitarían veinte horas para llegar e hizo sus planes de acuerdo con eso.

Uno de los aviadores encontró un botiquín de viaje y con él empezaron a curar las heridas del joven Diego de Toledo. Por suerte se trataba de unas leves laceraciones, pero, además, el joven estaba aún atontado por la explosión su repentina inmersión en el mar. A pesar de todo, dio las gracias a su salvador en cuanto Red Gleason se acercó a él.

En cambio, el americano Barry Crushing parecía desprovisto de cortesía, pues se acercó al jefe de la escuadrilla y le preguntó:

—¿Cómo está usted? —le tendió la mano, y añadió—: ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo en este maldito país?

Gleason le miró disgustado, y contestó:

—Lo ignoro todavía —dicho esto, le volvió la espalda. El banquero comprendió que, tal vez, se había conducido con poca amabilidad y, volviéndose a Cy Hawkins, le dijo:

—Amigo, es muy importante mi inmediata llegada a Valverde para hacerme cargo de algunos radiogramas que, sin duda, me han sido transmitidos. ¿Estaría usted dispuesto a llevarme por cien dólares?

—Se equivoca usted, señor. Tenga en cuenta que yo estoy contratado y no puedo aceptar proposiciones de nadie. Vale más que se siente, y creo que podría darse por satisfecho de verse aquí y no en alta mar.

El banquero se impacientó al recibir aquella respuesta; pero contuvo la lengua recordando que Morgan Catesby le había enviado con una misión, y tuvo en cuenta, además, que aquellos hombres debían de ser enemigos de su jefe.

Dijose que si emprendía el viaje a pie, tal vez encontrase a un indígena con un caballo o una mula que pudiese alquilar, y así, sin molestarse en dirigir una sola palabra de agradecimiento o despedida a los que le salvaran la vida, echó a andar en busca del sendero que había de llevarlo a la ciudad.

Gleason lo miró extrañado y, a la vez, satisfecho de perderlo de vista. En cuanto a los demás aviadores se dedicaron a revisar sus aparatos y a comprobar el estado de los tanques. Luego se lavaron en un arroyo que corría a poca distancia y, por fin, tomaron un tentempié.

En aquel alto valle el frío era bastante vivo y, además, el sol se oscurecía con frecuencia al ser ocultado por las nubes. Por esta razón, Red Gleason no pudo notar una sombra más oscura que atravesaba el valle en dirección a ellos.

Pero el joven Sandbag Sanders, que miraba hacia arriba, dejó de comer el emparedado que tenía en las manos. Se puso en pie de un salto y, muy excitado, señaló algo que volaba.

El grito que dio atrajo la atención de todos, y aunque se trataba de unos hombres valerosos y fuertes, palidieron ante aquel espectáculo.

Porque, volando majestuosamente sobre el valle y dirigiéndose, al parecer, hacia ellos; vieron las enormes formas negras de más de veinte cóndores gigantes.

# CAPÍTULO XV

## UNA APREHENSIÓN

Bill Barnes, con las manos en los mandos de su avión, en el que también se hallaba don Felipe, contempló pensativo, la nube de piedrecitas y de astillas que originó el disparo de todas las ametralladoras de los aviones.

Pasó por encima del patio la forma de un avión y de nuevo, se pudo oír el ruido de una ametralladora. Una verdadera granizada de balas fue a caer a menos de tres metros de distancia, rebotando en el suelo de piedra yendo a parar a los muros. Luego el rugido de los motores se alejó, pero Bill Barnes oyó otro ruido...

AL principio le pareció causado por muchos martillos, pero en cuanto se hizo más intenso reconoció el disparo de los fusiles, y de vez en cuando percibíase claramente algún cañonazo.

Era evidente que en alguna parte de la ciudad se había empeñado una batalla. Don Felipe levantó la cabeza para ver mejor y, mientras tanto, Toribio Fierro se dirigió a la entrada del patio, donde encontró a un excitado mensajero que acababa de llegar al galope de su caballo.

Luego, el Ministro de la Guerra, sin mirar hacia atrás, se dirigió a su automóvil y tomó rápidamente el camino de palacio.

Cuando el vehículo corría por las estrechas calles adoquinadas con cantos redondos, oyó mucho más intenso el ruido de la lucha que, al parecer, se desarrollaba en los barrios del Norte, es decir, donde habitaban los indígenas.

Procedente de la plaza llegó hasta él una gran nube de humo y hasta pudo percibir algunos fogonazos. Pasaron por su lado varios agentes de policía a caballo, empuñando los revólveres, a la vez que penetraban en la plaza dos secciones de artillería, cuyas piezas eran arrastradas por mulas.

Las campanas de la catedral empezaron a repicar y las demás iglesias también contribuyeron a aquella sinfonía bélica.

Al llegar a la entrada del palacio, Fierro notó que estaba congregada la guardia presidencial con bayoneta calada, y que los oficiales conferenciaban, algo separados de los soldados. El batallón presentó armas y los oficiales saludaron con la espada, mientras el Ministro de la Guerra cruzaba rápidamente el enlosado patio.

En el despacho del presidente estaban reunidos la mayoría de los ministros, y don Esteban de Morales dio un suspiro de alivio al ver a Fierro.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó éste.

—Pues que se han rebelado los indios de todo el país —contestaron varios



ministros—. Han atacado la capital. Además, las Alas de la Muerte han asesinado al presidente de Solania. Sierra Roja esta convertida en ruinas. Los cóndores han destruían todos nuestros fuertes fronterizos. Y los indios amenazan con que esta ciudad será completamente destruida, si dentro de veinticuatro horas no nos hemos rendido.

Fierro escuchó todas estas noticias retorciéndose el bigote; entretanto, aumentaba la intensidad de los disparos de fusil y los cañonazos eran todavía más frecuentes.

En el patio de la cárcel de San Juan, Bill Barnes que prestaba atento oído, pudo darse cuenta de que se alejaban los aeroplanos que le habían perseguido. Con toda evidencia fueron llamados para tomar parte en la batalla. Y, sin esperar más, el joven aviador puso en marcha su aparato.

El aeroplano gris se elevó con rapidez vertiginosa y entonces, Bill Barnes dio gas al motor le hizo salir las alas replegadas en los costados.

Tomó la dirección horizontal, describió una vuelta alrededor de la ciudad, ya entonces alumbrada por los primeros rayos del sol, y pudo notar que los aeroplanos enemigos habían desaparecido.

No tardó en comprender lo que había ocurrido. Los soldados vestidos de verde disparaban sin cesar contra las hordas de los indios que, desde las montañas, se dirigían a la ciudad. En su mayor parte iban provistos de fusiles, pero también pudo oír el ruido de alguna ametralladora y algún que otro cañón de antiguo modelo. Los mandaban unos hombres altos, vestidos con un traje raro, que resplandecían a los rayos del sol naciente.

El joven aviador se volvió a su pasajero, para preguntarle, por gestos, dónde podrían aterrizar; el anciano le señaló un valle situado a la derecha y el piloto se apresuró a dirigirse allí. Siguiendo el sinuoso curso del valle llegó, por fin, a un lugar que se convertía en un suave prado flanqueado por tres lados por unas altas rocas, en las cuales se advertían las bocas de algunas cuevas.

Aquel lugar parecía desierto y, en vista de ello, Bill Barnes aterrizó y cortó el encendido.

En cuanto don Felipe salió del aparato, Barnes se dedicó a examinar minuciosamente el avión. Cuando hubo comprobado que todo estaba perfectamente, el joven aviador se volvió a su pasajero.

—Hasta ahora —dijo éste—, no le he expresado mi gratitud por haberme salvado la vida. No me es posible significarle todo mi agradecimiento por su interés hacia mí, pero sí le manifestaré mi admiración por su valentía, al arriesgar su vida para salvar la mía.

—La satisfacción de haberle prestado un servicio, don Felipe, compensa todo lo demás —dijo el joven aviador. Y para contener las expresiones de gratitud del anciano, preguntó—: Ahora, tenga la bondad de decirme qué ha sido de su hijo

Ricardo, porque convinimos encontrarnos en Valverde.

—¿Mi hijo Ricardo? —preguntó don Felipe, extrañado—. Yo no tengo ningún hijo varón, sólo me queda mi hija Eugenia.

—Pues yo recibí, en Long Island, la visita de un joven aviador que me rogó venir aquí. Y me aseguró que era hijo de usted y que se llamaba Ricardo.

—Mi hija Eugenia es una locuela; casi podría creer que es norteamericana, porque monta a caballo y en moto, sabe pilotar un aeroplano y maneja la espada y las armas de fuego como un verdadero hombre.

—¡Ya me pareció a mí! —contestó Bill Barnes—, que el joven Ricardo era algo afeminado. De todos modos, debo confesar que me engañó por completo. Pero, en fin —añadió en tono serio—, ¿dónde está ahora?

—Lo ignoro, mas temo mucho que se vea en poder de ese Toribio Fierro, que la persigue sin cesar.

Sin decir palabra, Barnes ocupó su asiento en el avión.

—¿No correrá usted peligro hasta mi regreso? —preguntó al anciano—. Puedo anunciarle que no tardarán en llegar otros norteamericanos.

—No hay cuidado por mí —contestó don Felipe—. ¿Me permite preguntarle adónde va?

—Deseo ver si puedo encontrar a su hija.

—Es una digna resolución en un hombre tan valiente como usted —exclamó el anciano—. Supongo que la reconocerá si la encuentra. Es muy fácil que se halle en casa de Juan, el leñador, situada en el callejón que parte de la plaza de Nuestra Señora de San Felipe. Vaya, usted con Dios, señor —añadió esforzando la voz para dominar el ruido del motor.

Poco tardó Barnes en llegar a la ciudad. El sol de la mañana había hecho desaparecer la niebla; pero no pudo conseguir lo mismo con el humo de las casas incendiadas, de las explosiones y de los disparos.

Mas aquel humo tenía sus ventajas para Bill Barnes, porque le ocultaba a los ojos de un posible enemigo. Registró el aire a su alrededor en busca de la escuadrilla de Mico Morton, pero no vió ningún aparato, ya que Fierro los había enviado a la frontera, con objeto de socorrer alguna de las fortalezas que aún resistían al ataque de los indios.

Sin embargo, Barnes paró el motor y descendió en silencio para que nada pudiera señalar su llegada, a excepción del ligero zumbido de las aletas del rotor.

No era tanta la densidad del humo que no pudiese ver el lugar en que le convenía aterrizar, y así, se dirigió a una iglesia que había en la plaza, en el lado indígena de la ciudad, con la esperanza de que aquella fuese la plaza de San Felipe.

Al parecer estaba desierta. Vió un cobertizo, al cual llevó su pequeño aeroplano, y

al mismo tiempo vigilaba si alguien se había dado cuenta de su llegada.

Por un momento le pareció observar que alguien se movía en el fondo del cobertizo y, dirigiéndose allá, no encontró a nadie; pero, en cambio, halló una puerta que daba paso al interior de la iglesia. Penetró en ella y vió que la nave estaba igualmente desierta, a excepción de una anciana, vestida de negro, que, arrodillada, rezaba ante uno de los altares iluminados por cirios.

Bill Barnes andaba de puntillas, deslumbrado, y dio un suspiro de alivio al salir de nuevo a la plaza.

Hasta entonces nadie había descubierto su aeroplano, pero ignoraba si alguno de los esbirros de Fierro se había dirigido al Ministerio de la Guerra para avisar la presencia de aquel extraño aparato.

Barnes encontró el único callejón que, al parecer, nacía en la plaza y echó a andar por él. Encontró a uno o dos indios, que lo miraron con gran curiosidad y contestaron a su pregunta, señalando a cierta distancia, hasta que, por fin, llegó a la casa de adobe que albergaba a Juan el leñador, cuñado de María, o sea la anciana niñera que durante toda su vida cuidó de la señorita Eugenia.

Pero el leñador Juan, su esposa y también María, estaban ausentes, y lo mismo podía decirse de la señorita Eugenia. Después de llamar varias veces, Barnes abrió la puerta y vió que la casa estaba desocupada. Las inmediatas parecían también desiertas, como si todos sus habitantes se hubiesen marchado apresuradamente, y nadie pudo darle cuenta de su paradero.

En vista de ello, Barnes emprendió el camino para volver a la plaza; pero, mientras tanto, un espía de Fierro había encontrado a su amo y le comunicó la extraordinaria nueva. El ministro de la Guerra estaba ocupado en dar sus órdenes a un grupo de oficiales, pero recibió con gusto la noticia del espía e interrumpió su conferencia para dar instrucciones a un piquete de caballería compuesto de siete hombres al mando de un sargento, para que se dirigiese al galope hacia la iglesia, se apoderaran del avión y prendiesen a su piloto.

# CAPÍTULO XVI

## ENCERRADO

En el lejano valle donde se hallaban Red Gleason y su pequeño grupo de pilotos y aviones, todo el mundo estaba en pie contemplando con el mayor temor aquella negra nube de enormes y amenazadoras aves que volaban sobre el valle con la precisión de una escuadrilla bien mandada y, al parecer, se dirigían al grupo de indefensos aviadores.

No había poder humano que pudiese salvarlos de la destrucción. En el majestuoso vuelo de aquellos enormes cóndores había algo imponente, y, al fijarse mejor, pudieron notar que todos ellos actuaban como si estuvieran sujetos a un mando militar.

Por momentos se aproximaban al pequeño grupo de hombres y aviones y los primeros esperaban, temblorosos, el ataque de aquellos terribles seres que los destruirían a todos.

Gleason tenía la boca seca. No había tiempo para buscar un cobijo, pues bien sabía que las explosiones originadas por aquellas aves destrozarían todo el valle, derribarían las altas rocas y destruirían por completo a los hombres.

Pero los cóndores prosiguieron su majestuoso vuelo. Llegaron a situarse encima de los aviadores, que no se atrevían a respirar y luego éstos, dando un suspiro de alivio, observaron que proseguían su vuelo de modo que, a los pocos segundos, ya habían pasado por encima del valle y volaban sobre las rocas que había en un extremo.

Desapareció el último de los cóndores y los aviadores continuaron mirándose sin comprender la razón que hubiese impedido su muerte.

Y, por fin, Shorty Hassfurther rompió el silencio, exclamando:

—¡Malditos sean! ¡Estaba seguro de no llegar a este momento!

Se alivió la tensión general y aunque todos hablaron poco se observaba que los aviadores continuaban aún nerviosos y, poco a poco, volvieron a dedicarse a sus trabajos.

El peligro que acababan de correr convenció a Gleason de la necesidad de encontrar a Bill Barnes para que se encargase del mando. Y se decidió en el acto.

—Vosotros, muchachos, quedaos aquí y vigilad bien.

—¿Adónde va usted, Red? —preguntó Shorty Hassfurther.

—Voy en busca de Barnes —gritó para dominar el rugido del motor de su aparato.

Pocos segundos después, el avión emprendió el vuelo y elevóse por encima de las

rocas que circundaban el valle.

La primera espiral que describió para alcanzar altura lo llevó hacia el Sur, pero cuando dio media vuelta para seguir subiendo, el aviador contuvo el aliento, porque vió hacia el Norte seis aeroplanos de color verde plateado que volaban muy bajo y a toda velocidad. Su primer impulso fue regresar al valle, pero ya era demasiado tarde, porque los hombres de Mico Morton le habían visto.

El aeroplano que iba delante torció rápidamente hacia él. La principal preocupación de Red fue evitar el posible descubrimiento de los demás aviones de su escuadrilla que, posados en el suelo, estaban indefensos.

Por consiguiente dio toda la fuerza al motor, ganó altura con la mayor rapidez posible. Al mismo tiempo la ametralladora de Gardiner, que había tomado asiento en la carlinga de popa, empezó a disparar contra los aeroplanos enemigos.

Al frente de la escuadrilla de aviones de color verde plateado, iban dos aparatos, en formación de combate. El sentido común habría obligado a Gleason a inclinar su aparato hacia la derecha, pero, en vez de hacer eso, encabritó el aeroplano y lo llevó hacia un punto situado entre los dos enemigos, que se disponían a atacarlo.

Hallábase entonces a la altura de unos doce mil pies (4.000 metros) y, por lo tanto no le importaba gran cosa la posibilidad de perder un poco de altura.

Se dirigió descuidadamente hacia sus enemigos, y éstos parecieron titubear un momento; pero luego se separaron para evitar todo peligro.

Luego, uno de ellos picó hacia arriba y empezó a subir, mientras sus ametralladoras disparaban contra la parte inferior del fuselaje de Gleason.

Los otros cuatro aparatos describían círculos por encima, tratando de situarse convenientemente para arrojarse sobre la cola del aeroplano de Gleason.

Entonces, con la rapidez del pensamiento, inclinó un tanto su aparato para emprender un largo descenso planeado. Sus dos enemigos giraron inmediatamente para atacarlo por la cola.

La respuesta de Gleason fue contraer las mandíbulas, mientras hacía más agudo el ángulo de su descenso y se arrojaba al aparato que subía hacia él, cual si fuese un largo tiburón.

Y empezó a disparar sus ametralladoras. Casi en el mismo instante, el aeroplano enemigo hizo fuego a su vez. Las balas salían rodeadas de fuego, cual si fuesen rayos de sol. En torno a Gleason zumbaba la muerte, pero desde la popa de su aparato se percibía de un modo continuo el rugido de las ametralladoras de Gardiner.

A pesar de estar cogido entre dos fuegos, no por eso perdió Gleason el ánimo, ni dejó de seguir un momento el camino que se había propuesto.

El aparato verde plateado picó ante la granizada de balas que Gleason le mandaba. El impulso del avión enemigo, que había tratado de encabritarse, se apagaba ya y el piloto se hallaba en una posición peligrosa, porque Gleason se

arrojaba contra él semejante a un cometa vengador. El otro, desesperado, se hizo a un lado y trató de ponerse fuera de tiro.

El combate terminó muy en breve. Gleason le disparó dos cintas de proyectiles, corrigió el tiro y luego volvió a disparar, con mortífera puntería, haciendo que el aparato enemigo cayese en barrena hacia el suelo.

No tuvo tiempo Gleason para entusiasmarse por la victoria. La ametralladora de Gardiner seguía disparando contra el segundo enemigo, que trataba de arrojar sobre su cola y sin interrumpir un sólo momento el fuego.

Por encima y tras él, los otros cuatro aparatos, se arrojaban tras el avión de Gleason, dispuestos a destruirlo. Acercábanse por momentos y la muerte parecía ya muy próxima, de modo que sus alas rozaban casi a los dos aviadores.

Rasgóse en varios sitios la tela de las alas, un proyectil destrozó el altímetro y también quedó hecho astillas un montante.

Como asustado gorrión perseguido por una bandada de halcones, Gleason picó y luego encabritó el aparato para inclinarlo sobre un ala y dar media vuelta, mas sin conseguir que la amenaza de muerte se alejase de él.

Como le constaba, era asunto de muy pocos segundos y contrajo las manos en los mandos, persuadido de que iba a morir. En aquel momento sólo tuvo el deseo de poder ver a Bill Barnes, antes de que se cerrasen sus ojos para siempre.

\* \* \*

Bill Barnes también tuvo que luchar contra sus propias dificultades. Al salir de aquel estrecho callejón, después de buscar infructuosamente a la señorita Eugenia, oyó el ruido de cascos de caballo que se aproximaban, y él, entonces, se apresuró a regresar a la plaza.

De pronto vió a seis o siete jinetes, que lo descubrieron casi en el mismo instante. Todos desenvainaron sus sables y, profiriendo un grito, se arrojaron contra él, Bill hallábase a corta distancia de las gradas de la Catedral y un segundo después las había subido, pero aún se hallaba bastante lejos de la puerta de la catedral. Y antes de ser cogido y destrozado en aquella plataforma de piedra, se volvió como una pantera, mientras los caballos se arrojaban contra él y le amenazaban les sables de sus jinetes.

El ímpetu de aquella carga quedó destruido por los cinco escalones, pues los caballos se detuvieron un momento ante aquel obstáculo. Luego, la montura del sargento empezó a subir. El jinete era hombre moreno y de cabello negro, vestía el tiraje azul y rojo del cuerpo de guardia del presidente y levantó la espada para partir en dos al indefenso norteamericano.

Pero entonces ocurrió algo sorprendente, porque el aviador, que se había criado entre caballos, en vez de retroceder, saltó hacia adelante en el momento en que

descendía el sable y aplicó la palma de su mano al hocico del caballo.

Este giró rápidamente, asustado, y casi derribó a su jinete. Luego, Bill Barnes completó la caída del sargento, agarrándole una pierna y tirando con toda su fuerza, de modo que el hombre fue a parar contra el suelo y su sable resonó contra las losas de piedra.

Apoderándose de las riendas del asustado animal, ya sin jinete, Barnes lo hizo retroceder hacia los otros jinetes y utilizándolo como escudo, se inclinó y recogió el sable.

Los soldados contuvieron sus caballos y se esforzaban en alcanzar al blanco; pero éste hizo retroceder con tanta habilidad al caballo, que coceaba asustado, que sus compañeros tuvieron que hacer grandes esfuerzos para evitar sus cascos.

Luego Bill Barnes montó de un salto y la espada se convirtió en algo vivo en su mano. Con ella se rodeó, por decirlo así, de un verdadero yugo de acero. Cortó y asestó mandobles a los torpes soldados, uno de los cuales cayó al suelo con un corte en el cuello. Otro recibió una estocada en el pecho y el tercero una cuchillada en la mejilla.

El alto norteamericano parecía un ser sobrenatural y los soldados leyeron su sentencia de muerte en el centelleo de sus ojos azules y duros.

Los tres que aún podían moverse hicieron volver grupas a sus caballos, y se alejaron presurosos de aquel lugar lleno de peligros.

Jadeando, Barnes miró a su alrededor, pero sin ver a ningún enemigo.

Entonces dirigió su caballo hacia la puerta de la catedral. Allí echó pie a tierra y, en aquel momento, oyó un tiro de fusil, cuya bala fue a dar a menos de un metro del lugar que él mismo ocupaba. Resonó otro disparo y, en breve, fue blanco de un nutrido fuego de fusilería.

Bill Barnes se volvió para buscar un abrigo dentro de la catedral. La puerta estaba cerrada, pero él accionó el gran pomo de latón.

No pudo abrir, y mientras empujaba la puerta con toda su alma, una bala zumbó muy cerca de su cabeza.

Entonces se volvió a mirar hacia el rincón de la plaza desde donde disparaban contra él. Oyó un alarido salvaje y entonces pudo ver a unos hombres que, encogidos, se dirigían hacia él.

## CAPÍTULO XVII

¡COGIDO!

En otro lugar de la ciudad y casi al mismo tiempo, un norteamericano, muy irritado y dolorido, desmontaba de una mula cerca del palacio del presidente.

Era Barry Crushing que, por fin, pudo llegar a la ciudad y los aires de importancia que se daba, fueron suficientes para llamar la atención del mismo Fierro, quien de buena gana escuchó el relato del norteamericano.

Su cortesía aumentó al saber de dónde procedía Barry Crushing y que era el representante de Morgan Catesby.

—Me ha costado lo indecible llegar hasta aquí —exclamó Barry Crushing—. Los caminos son infames, y los indígenas, la gente más impertinente que he conocido.

—¿Y de dónde viene usted, señor? —preguntó Fierro en tono suave. Barry Crushing se lo dijo, dándole los menores detalles; tantos, que Fierro pudo darse exacta cuenta de la situación de aquel valle y también comprendió que si actuaba rápidamente, podrían apoderarse de la escuadrilla de aviones que ocultaba.

Su plan era mucho más factible, gracias a que en un pueblecito inmediato al valle, estaba el cuartel general de un escuadrón de caballería de la frontera, constituido por unos trescientos hombres. Fierro se volvió a uno de sus ayudantes, y le ordenó:

—Llame usted inmediatamente, por teléfono, al coronel Bautista. Dígale que, con sus hombres, se dirija, al galope, hacia la entrada del valle y que luego echen todos pie a tierra y se acerquen así a los aeroplanos enemigos. Dígale también que tendrá que dar muerte a todos los hombres, pero cuidando de no estropear los aparatos, si es posible.

El brillante oficial saludó y salió presuroso para cumplir la orden.

Pocos minutos después la comunicaba al viejo coronel, el cual, con la mayor prudencia, y en vista de los sucesos de día, tenía a sus hombres formados y a caballo, de modo que un solo toque de corneta le bastó para que su gente estuviese preparada y emprendiera la marcha. El recorrido era solamente de dos millas y la última parte cuesta arriba, pero los caballos estaban ya acostumbrados a aquel terreno y llegaron muy pronto a su destino.

\* \* \*

En el valle, y sin sospechar siquiera la proximidad del enemigo, los aviadores estaban sentados, fumando y charlando, en espera de noticias de Gleason y de Bill Barnes.

En cuanto a éste, al darse cuenta de que la puerta de la iglesia estaba cerrada,



advirtió que el soportal no le ofrecía bastante protección contra las balas enemigas. El caballo saltaba de miedo, porque un proyectil le había cortado la punta de una oreja. Había llegado la ocasión de actuar, y así, Bill Barnes montó de nuevo.

Al advertirlo, sus enemigos le hicieron una descarga. Al parecer nadie habría podido resistir aquel fuego graneado, porque un pelotón de infantería vino a sustituir a los fugitivos soldados de caballería, y hacia un fuego continuado contra el aviador.

Barnes puso el caballo al galope y, por fin, llegó a las gradas de la catedral, que el caballo franqueó de un salto, yendo a parar al terreno que había junto a la pared, y en cuyo lado extremo estaba el cementerio y también el cobertizo donde había dejado su avión.

Los treinta o cuarenta soldados del pelotón de infantería, sin dejar de disparar, echaron a correr hacia Bill Barnes. La plaza parecía estar llena de ellos y también de balas que rasgaban el aire en todas direcciones, en tanto que Barnes detenía su caballo al pie de la pared.

El animal no tenía intención de permanecer en tan agradable vecindad y retrocedió cuando Barnes lo detuvo. El jinete no había metido los pies en los estribos, de modo que cuando el caballo empezó a retroceder se puso en pie sobre la silla y saltó la pared.

El caballo, al verse libre del jinete, salió disparado, agitando como un loco la cabeza al oír el zumbido de las balas.

Mientras Bill Barnes estaba suspendido de la parte superior de la pared, también oyó silbar muchas balas a su alrededor y una de ellas le rozó la mejilla, pero, un segundo después, se dejó caer al otro lado del muro.

Mas entonces tuvo un extraordinario sobresalto, al advertir que había dos hombres muy ocupados en su amado avión. Uno de ellos era un soldado armado de fusil y el otro vestía un sapare de alegres colores.

Aquel espectáculo le llenó de cólera e inmediatamente, echó a correr hacia ellos, procurando no hacer ruido.

El fuego de la plaza cesó casi de repente, pero pocos segundos después se oyeron repetidos culatazos contra la puerta de la iglesia y numerosos gritos de individuos que se disponían a tomarla por asalto.

Aquellos dos hombres se volvieron cuando Bill Barnes estuvo a cinco o seis metros de distancia. El soldado se apresuró a disparar su fusil, aunque sin dar en el blanco, de modo que el aviador se arrojó contra él y, desviando el arma, le sacudió como un terrier pudiera hacerlo con una rata. En cuanto al indio, empuñó un machete afiladísimo y se arrojó contra él.

Pero Barnes se incorporó acto seguido, empuñando por el cañón el fusil que acababa de quitar al soldado. Y, evitando la cuchillada del indio, le dio un culatazo en la cabeza, que lo derribó al suelo.

Los hombres que estaban al otro lado habían organizado, sin duda, el escaló de muro, pues varios de ellos aparecieron por la parte superior. Luego saltaron al cementerio y se dispusieron a hacer uso de sus fusiles.

Mientras tanto, Bill Barnes dirigióse a su aparato, lo sacó del cobertizo y subió a la carlinga.

Entonces, mas como aviso que como ataque, dirigió las ametralladoras hacia la pared que seguían saltando los soldados.

Oprimió los gatillos y las ametralladoras empezaron a mandar balas a los pies de los soldados. Ello disminuyó, sin duda, su entusiasmo; sin embargo, algunos, los más valerosos, empezaron a disparar.

Aquella vez, Barnes tiró a dar, antes de dedicar su atención a los mandos del aparato. Resultaron varios heridos y muertos y como entonces resonara un tiro en lo alto de la pared, el aviador disparó en aquella dirección. Y el resultado fue que un momento después habían desaparecido todos los individuos que se disponían a saltar.

En cuanto a los que estaban dentro del cementerio y no habían recibido daño alguno, se tendieron en el suelo, fingiéndose muertos o heridos, para no recibir otra andanada.

Entonces Barnes oyó cierto ruido dentro de la iglesia y supuso que los soldados habrían podido entrar en ella. Poco tardó en convencerse de que había acertado, pues por una ventana se asomó la boca de un fusil que le disparó un tiro, cuya bala pasó rozándole la cabeza.

Ya era tiempo de abandonar aquel lugar. Oprimió la palanca, que encendía su cohete propulsor, pero no oyó ninguna explosión. Probó una y otra vez, pero sin resultado y, maldiciendo entre dientes, puso en marcha el motor.

Por suerte, éste empezó a funcionar. Una bala fue a dar en la punta del ala derecha. EL motor falló una o dos veces cuando le daba más gas y Barnes dudó de sí podría elevarse en aquel recinto tan estrecho.

¿Conseguiría franquear la alta pared? Su vida dependía de ello. Dio al motor toda la fuerza posible, el aparato adquirió velocidad y entonces, Bill Barnes, con el mayor cuidado, inclinó hacia atrás la palanca de mando. Las ruedas del tren de aterrizaje habían despegado ya.

La pared parecía arrojarle contra el aviador, éste se acurrucó como quien espera un golpe, pero, en aquel momento, su «Abejarrón» pasó casi rozando el borde del muro.

# CAPÍTULO XVIII

## UN PASO EN FALSO

Mientras el aparato se elevaba en el aire, Bill Barnes movió la palanca que ocultaba el tren de aterrizaje en el fuselaje.

Entretanto, los soldados disparaban contra él, y Bill Barnes tenía la atención concentrada en la posibilidad de que su aparato se estrellara contra la pared, pero al sentir un ligero roce del fuselaje contra ella y advirtiéndolo, por otra parte, que el aparato seguía elevándose, sintió un entusiasmo extraordinario.

Y, lleno de alegría, disparó su ametralladora contra el enemigo, mientras seguía elevándose en el aire.

En los suburbios seguía la lucha, las calles estaban llenas de soldados de a pie y a caballo y en los entremos de la ciudad, las fuerzas del Gobierno disparaban contra las hordas de indios. Estos parecían haber perdido su primer ímpetu y buscaban protección en las casas y en los árboles.

Barnes se fijó otra vez en los individuos que, al parecer, los capitaneaban y pudo notar que vestían un traje resplandeciente a la luz del sol.

Al parecer, nadie se fijó en él y miró, entrañado, a su alrededor, pues no comprendía la inexplicable ausencia de aquellos aparatos que lo persiguieron cuando aterrizó en el patio de la cárcel.

Cuando estuvo mas alto miró hacia el Norte y su rostro adquirió grave expresión. Dio todo el gas a su motor y el diminuto aparato emprendió una rápida marcha hacia el Norte.

Por fin había vuelto a ver los aeroplanos enemigos y notó que uno de ellos caía en forma de hoja seca y que otros cinco, parecidos a otros tantos halcones, perseguían a uno de sus propios aviones de caza.

Aquel espectáculo fue más que suficiente para despertar su humor bélico.

Recto como una flecha, se dirigió hacia el enemigo, sin dejar de disparar contra él. Arrojóse contra el aparato que estaba más cerca de Red Gleason y pudo distinguir que éste y Gardiner eran los ocupantes del aeroplano atacado.

En cuanto Red Gleason vió acudir a Bill Barnes, recobró el ánimo y, por otra parte, enfrió bastante el ardor de los enemigos, que se inclinaron a un lado para separarse del camino de aquel avión, cuyas ametralladoras no dejaban de disparar un sólo instante contra ellos. De repente, y como obedeciendo a una señal de mando, los cinco aparatos picaron para situarse debajo de los dos de Bill Barnes, porque Red Gleason había reanudado la lucha y antes de que éste y su jefe pudiesen atacar de nuevo, los cinco enemigos emprendieron precipitadamente la fuga hacia el campo de

aviación de Valverde.

Bill Barnes y Gleason intentaron seguirlos, pero entonces en torno de los dos aparatos de Barnes estallaron varias bombas. El aparato de Gleason se tambaleó, ante la conmoción aérea. Al parecer había en tierra varios cañones antiaéreos y estaban bien servidos, de modo que Barnes decidió no aventurarse más. Hizo una señal a Gleason, se inclinó rápidamente sobre un ala y los dos se alejaron de aquella zona peligrosa.

Cuando estuvo a una milla de distancia del extremo del valle, Bill Barnes pudo notar algún movimiento en tierra. Inmediatamente apresuró la velocidad de su vuelo a fin de emparejar con Gleason y le señaló la mesa que había a mayor altura que el valle.

Red siguió la dirección que le indicaba el dedo de su jefe y su reacción fue instantánea. Inclinó a tierra la proa de su aparato, sin disminuir la marcha.

Lo que vieron ambos aviadores, era muy alarmante.

En uno de los bordes de la meseta había un grupo compacto de caballos y a lo largo de aquel espacio veíase una línea de soldados de caballería y a pie, que empuñaban los fusiles y se aproximaban a los compañeros de Barnes, que nada sospechaban.

Red Gleason enderezó el aparato para volar horizontalmente y sobre los soldados y luego picó de nuevo hasta llegar a cincuenta pies de altura.

Entonces sus ametralladoras entonaron su canto de muerte.

Barnes avanzó hacia el valle, miró abajo, viendo los aparatos y sus tripulantes y luego les hizo señas de que emprendiesen el vuelo, hecho esto volvióse atrás y fue a situarse sobre la línea de los soldados.

El paso del aeroplano de Red Gleason, lanzando una granizada de balas sobre ellos, desorganizó a los soldados. Formáronse en grupos disparando espasmódicamente contra aquellos aviones que tan inesperadamente los habían atacado.

Las ametralladoras de Bill Barnes convirtieron su incertidumbre en pánico y así, como un solo hombre, emprendieron la fuga hacia donde estaban sus caballos, pero los dos aviones volviéronse contra ellos sin dejar de disparar.

Cuando los supervivientes llegaron a donde estaban las monturas, Bill Barnes se volvió e interrumpió el fuego, porque no quería herir o matar a unos animales indefensos.

Sin embargo, Bill Barnes y, Red Gleason siguieron volando y describiendo círculos hasta que los soldados montaron a caballo y luego los siguieron sin disparar, mientras ellos se alejaban al galope de aquella meseta fatal, donde solo quedaron los muertos y heridos.

Los dos aviones regresaron al valle en cuanto el primero de los aviones de caza

asomó describiendo espirales. Shorty Hassfurther lo pilotaba y, sucesivamente fue seguido por Cy Hawkins, Beverly Bates, Scotty Mac Closkey y todos los demás.

Todos en extremo alegres al ver a su jefe y también llenos de curiosidad en cuanto descubrieron la meseta llena de soldados heridos o muertos. Entonces comprendieron cuán cerca habían estado de su propia destrucción.

Bill Barnes se apresuró a sacarlos de allí y, elevándose, descubrió el Valle de las Cuevas.

Entonces empezó a volar horizontalmente y seguido por sus hombres aterrizó en el centro del valle.

Los demás aparatos aterrizaron uno tras otro, pero cuando los pilotos se disponían a saltar a tierra, Barnes meneó la cabeza y les señaló las grandes cuevas.

Y, para dar ejemplo, llevó su propio avión a la más cercana, cuya entrada tenía amplitud más que necesaria para permitir el paso de un aeroplano.

Sus compañeros comprendieron en seguida la conveniencia de ocultar sus aparatos y, sin vacilar un momento, siguieron el ejemplo de su jefe.

Luego fue necesario que éste les refiriera todas sus aventuras y, a su vez, les preguntara por las suyas propias. Sin embargo, Bill Barnes estaba persuadido de que no tenían mucho tiempo para conversar. Apareció don Felipe, que fue presentado a todos los demás, y luego el anciano interrogó a Barnes con la mirada.

—Su hija no estaba donde usted me indicó —le dijo el joven aviador.

Luego, brevemente, le dio cuenta de sus aventuras y acabó diciendo:

—Pero no se preocupe, don Felipe, porque saldremos de nuevo para buscarla.

—¡Ojalá supiese dónde está! —exclamó el pobre hombre, apurado.

Pero si lo hubiese sabido, no cabe duda que su inquietud hubiese sido mucho mayor.

Sin ser advertida por nadie, la joven regresó a su casa, y se puso el uniforme de oficial de su hermano. Y así vestida se dispuso a realizar su plan.

Oyó que los indios se referían, a la llegada de los americanos, o sea, de los aviadores de Mico Morton. Y la joven estaba persuadida de que todos los americanos eran buena gente.

Le pareció, pues, muy lógico presentarse a ellos y solicitar su ayuda para ir al lado de su padre, pues le constaba que este se dirigiría al Valle de las Cuevas, punto de cita convenido de antemano entre ambos.

Animada por aquella resolución que al mismo tiempo resolvía su problema, se dirigió al campo de aviación, cosa de media hora después que Bill Barnes y Gleason obligaran a los aviadores de Mico Morton a aterrizar.

Eugenia tuvo la impresión de que aquellos americanos tenían un aspecto muy raro en comparación con los hombres que viera en el campo de aviación de Bill Barnes,

pero no por eso se apuró. Atravesó el campo y preguntó por el jefe de los americanos.

La recibió un individuo que vestía el uniforme de coronel boliviano y que miró desdeñosamente a aquel afeminado oficial.

—¿Quiere usted ver al general Morton? —preguntó burlón—. ¿Para qué?

—Por que soy el hijo de don Felipe de la Fuente. Sé dónde está y deseo que me lleven a su lado.

# CAPÍTULO XIX

## EL SECRETO DE LOS INCAS

EL coronel de aviación se quedó mirando al teniente y luego sus ojos adquirieron una expresión de astucia.

—¡Ja! —gruñó—. Esto está muy bien —añadió en tono afable—. Tal vez Bill Barnes esta con él, ¿eh?

—Probablemente —contestó el joven oficial con la mayor inocencia.

—¿Y donde está ese sitio? —preguntó Merner, esforzándose en no descubrir su interés.

—En el Valle de las Cuevas, situado al Norte de la ciudad y a diez millas de distancia.

El joven se volvió hacia un mapa que había en la pared y sus dedos se señalaron la ciudad de Valverde. El coronel se situó al lado de la joven y vió cómo ésta señalaba luego el Valle de las Cuevas.

—¡Ja! *Das ist gut!* —gruñó Merner, tratando de ocultar su satisfacción—. Espere mientras yo llamo al general Morton.

Y Merner se alejó, frotándose muy satisfecho las manos.

\* \* \*

En el Valle de las Cuevas, don Felipe de la Fuente, ignorando que su hija, con la mayor inocencia, acababa de descubrir su escondrijo al enemigo, conversaba con Bill Barnes, mientras ambos comían unos sandwiches y tomaban unos sorbos de café de un termo.

La conversación interesaba mucho al joven aviador, porque así comprendía mucho mejor los males que afligían, a aquel país devastado por la guerra.

—Me explico perfectamente la conducta de Morgan Catesby y de su gente y también la podredumbre política que reina en el país —dijo Barnes—, en cambio, no comprendo el asunto de los cóndores y las destrucciones que ocasionan. ¿Quién tiene a su cargo estos malditos bichos y quién dirige toda esa destrucción?

Don Felipe le dirigió una mirada de soslayo y al advertir la expresión de sinceridad de Bill Barnes, se tranquilizó.

—Es una larga historia —le dijo—, que se origina en las injusticias y en las crueldades cometidas por espacio de muchos siglos. Desde luego ya sabe usted que los indios actuales son poco menos que esclavos, tanto en este país como en los

restantes de la América del Sur y que todos descienden del gran Imperio Inca. También conoce usted la historia de la crueldad de los conquistadores, que no solamente destruyeron este gran imperio y dieron muerte a millares de sus naturales, sino que casi hicieron desaparecer por completo a la familia imperial inca.

»Pero no lo lograron como se figuraban. De la familia que siguió viviendo había dos ramas, una de ellas descendiente de Huascar, que era un hombre malo y tuvo un trágico fin; pero sus descendientes aún viven. Hay otra rama, también de sangre real, y que ha llegado hasta nuestros días. Entre los descendientes de las dos ramas existe una gran enemistad. Los descendientes de Huascar se han apoderado de los elevados cargos del sacerdocio. En la actualidad el descendiente de Huascar es el Uuillac Uma (La Cabeza que aconseja) y sus consejos son muy malos. Esta rama ha conseguido secuestrar una pequeña parte del gran tesoro inca y gracias a eso ha causado grandes males. En lo alto de las montañas hay un lugar conocido por muy pocos hombres, en donde él y sus parciales conspiran y trabajan para someter de nuevo el continente suramericano al sacerdocio iraca.

—¿Y esa otra rama de la familia, la verdadera descendiente de los incas? —preguntó Bill Barnes.

—Esos —contestó don Felipe—, viven y existen como gente vulgar que no se distingue ni es honrada de un modo especial, a no ser por parte de algunos indios, es decir, por los que no han sido corrompidos por los altos sacerdotes. Pero esos verdaderos descendientes de los incas tienen un secreto que nunca han revelado, a pesar de las torturas y de la muerte, y eso por espacio de muchas generaciones. Y este secreto es el que al fin les dará la fuerza y la salvación —añadió don Felipe.

—¿Cuál es? —preguntó Bill Barnes.

—El del lugar en donde está oculto el gran tesoro de los incas.

—Pero, ¿existe en realidad? —preguntó Bill Barnes, sorprendido.

—Sin duda alguna —contestó don Felipe—. Es un tesoro enorme y fabuloso, cuyo secreto sólo conoce un individuo en cada generación. En su mayor parte está constituido por oro en lingotes y en cantidades fantásticas. Tenga usted en cuenta, señor Barnes, que en los tiempos del imperio inca, el oro se utilizaba como adorno de las casas y de los templos y también con él se hacía vajilla y joyas. Y tan ideal era el gobierno inca, que no tenía necesidad de dinero y únicamente la codicia de los europeos destruyó aquella Arcadia.

—¿Es cierto que Pizarro recibió un rescate de dieciocho millones de pesos en oro por la vida de Atahualpa?

—Es cierto —contestó don Felipe—, y también que se disponía a entregarle una cantidad de oro mucho mayor, pero los españoles, incapaces de resistir los impulsos de su codicia y el deseo de matanza, mataron a traición a Atahualpa y así no recibieron el resto del rescate. El oro que ya habían obtenido tenía, en general, las



formas de unas placas oblongas y habían constituido adornos en las casas y en los templos. Triple cantidad estaba ya en camino a través de los montes y de los valles, cuando se recibió la noticia de la muerte de Atahualpa. Con la rapidez del pensamiento circuló la nueva y aquel oro fue ocultado en espera del momento en que los incas pudiesen, hacer mejor uso de él.

—¿Y el secreto de este escondrijo lo conoce únicamente un hombre? —preguntó Barnes.

—Lo conoce un solo hombre y su vida corre grave peligro diario —replicó don Felipe.

—¿Y usted conoce a este hombre? —preguntó Bill Barnes.

—Sí —contestó lacónicamente don Felipe.

El aviador miró hacia donde estaba Scotty Mac Closkey. Closkey gruñía mientras trabajaba en el «Abejarrón». El joven aviador estaba pensativo.

—¿Sabe usted si ese hombre que, al parecer, ordena esos terribles bombardeos y explosiones, tiene algún agente en el extranjero? —preguntó luego.

—Dispone de una organización muy eficaz y desprovista de escrúpulos —contestó don Felipe—. Y la capitanea un sobrino del alto sacerdote actual. Se llama Pacari Manco, nombre que no tiene ningún derecho a usar y que era el de uno de los antiguos gobernante incas.

—Pacari Manco —murmuró Bill Barnes; luego añadió—: La situación en su país es bastante complicada. Fierro y don Esteban de Morales gozan del poder apoyados por Morgan Catesby, en tanto que el alto sacerdote y su cuadrilla luchan por recobrar el antiguo imperio inca. ¿Dónde están las personas decentes y de espíritu conservador que desean vivir en paz y ver su país próspero bajo un gobierno honrado?

—Muchos languidecen en la cárcel, otros han sido fusilados y en fin algunos, como yo, hemos de ocultarnos en las cuevas de las montañas, en espera que surja un jefe que organice la revolución.

—Usted es el jefe más indicado para sus compatriotas, don Felipe —observó Bill Barnes.

—En efecto —contestó don Felipe sin el menor orgullo.

—Entonces, y a mi juicio, el mayor peligro para usted está en la posibilidad de que las fuerzas del alto sacerdote y acuatrilla dirigida por Morgan Catesby reúnan sus esfuerzos contra usted.

—En efecto. Ese sería un gran peligro —contestó don Felipe.

En aquel momento los interrumpió un centinela situado en lo alto de las rocas y que señaló la llegada de un aeroplano procedente del Norte. Bill Barnes pudo observar que todos sus aparatos, y también los aviadores estaban ocultos, de modo que el valle parecía desierto. A su vez se amparó en un árbol y con los prismáticos registró el firmamento.

No tardó en oír el rugido del motor, que aumentaba su intensidad, y pronto apareció un monoplano tripulado por un individuo. Carecía de matrícula, y su tipo era desconocido para el aviador.

Aquel extraño aparato continuó su camino sin que el piloto se fijara aparentemente en el valle y al fin desapareció en dirección a Valverde.

## CAPÍTULO XX

### EL ORO DE LOS INCAS

Bill Barnes, muy preocupado, volvió al lado de don Felipe. La aparición de aquel aparato le pareció de mal agüero pero, al dirigirse al anciano, lo hizo continuando la conversación.

—En vista de ese peligro, don Felipe, creo que deberíamos concentrar nuestra estrategia contra la escuadrilla del sumo sacerdote que me parece, por ahora, el peor enemigo.

Don Felipe asintió.

—Pero lo malo es que ignoramos dónde para —añadió el aviador—. ¿Conoce usted la situación del Valle de la Muerte, de que tanto se habla?

—Soy una de las pocas personas que lo conocen.

—Y ¿no podríamos ir allí en aeroplano?

—Yo puedo guiarle —contestó don Felipe—. Le prevengo, sin embargo, que el viaje es peligroso.

—Pero, ¿cree usted que se puede llegar? —y en vista de que don Felipe inclinaba la cabeza para afirmar, el aviador añadió—: Pues iremos. Pero ante todo es preciso encontrar y traer a su hija librándola del poder de los asesinos de Valverde.

—Sí, estoy muy preocupado —contestó don Felipe—, porque ella sabe que podrá encontrarme en el Valle de las Cuevas y en cuento le sea posible se apresurará a venir.

Don Felipe ignoraba que su hija, confiando en que todos los norteamericanos eran personas decentes, había descubierto aquel escondrijo, nada menos que a Mico Morton.

A pesar del brillante uniforme que éste vestía, no por eso tenía mejor aspecto, de modo que la joven se asustó al verlo. Sin embargo, el coronel Merner había preparado a Mico Morton, quien se mostró muy amable con el esbelto teniente.

—Me han dicho que será usted lo bastante amable para conducirnos donde se halla nuestro noble amigo don Felipe —dijo Mico Morton.

—Sí, señor —afirmó la joven, satisfecha al oír hablar de su padre de tal modo.

—Quizá también querrá acompañarnos —añadió Mico Morton—. Debo advertirle que nuestro deber nos impide salir antes de que anochezca.

El joven teniente manifestó su conformidad. En aquel momento llegó un ordenanza para anunciar la aparición de un avión desconocido que, al parecer, trataba de aterrizar.

—Averigüe quién es —ordenó Mico Morton al coronel Merner.

Este se apresuró a obedecer y, mientras tanto, Mico Morton observaba con la

mayor curiosidad el avión plateado, de modelo extranjero, que aterrizaba en aquel momento. Su piloto era un hombre alto, flaco, de rostro aguileño y moreno, llegó poco después a la oficina.

Al parecer todo el mundo había olvidado al joven teniente, que se había sentado en un rincón. El desconocido entró con un maletín que, al parecer, pesaba mucho. Quitóse el traje de aviador y apareció vestido con otro blanco, muy bien cortado y elegante.

Antes de hablar estudió a los dos hombres que tenía en frente. Su porte era autoritario y, al fin, dijo:

—Represento a un poderoso grupo, al que ustedes parecen deseosos de contrariar. Mico Morton no replicó.

—Sí —añadió aquel individuo en buen inglés—, es una lástima emplear tan mal nuestra energía luchando unos contra otros —señaló hacia la ciudad donde aun se oía el ruido de la batalla, y Mico Morton le preguntó:

—¿Acaso el grupo de usted es el autor del ataque de los indios? Pues sepa usted que, por ahora, lo estamos conteniendo.

—Tal vez se enorgullece usted demasiado pronto —contestó el desconocido—. Cuando se trata de gente que no se distingue por su inteligencia, es a veces útil demostrarles que no saben luchar solos.

—En otras palabras —replicó Morton—, quiere usted decirnos que deja a esos indios en situación de ser derrotados para meterles en la cabeza la idea de que no pueden prescindir de ustedes.

—Eso es —contestó el desconocido—. Y puedo añadir que ni ustedes ni el grupo que representan nos parecen enemigos peligrosos. Disponemos de fuerzas que pueden destruirlos en cuanto nos parezca bien.

—¿Ah, sí? —gruñó Mico Morton, no muy convencido.

—Si tiene usted alguna duda, puedo demostrárselo cuando quiera.

—¡Bueno, bueno! —replicó Mico Morton—. Pero díganos de una vez qué se propone.

—Ahora lo sabrá —contestó el extranjero.

Pero entonces hubo una interrupción.

Una impaciente llamada a la puerta fue seguida por la entrada de Barry Crashing, el banquero americano. Con toda evidencia se figuraba ser allí el personaje de mayor importancia. Mico Morton le cedió su propio asiento.

—Bueno, hable de una vez —dijo Barry Crashing, dirigiéndose al desconocido.

Este lo examinó entornando los ojos, sin pronunciar palabra, tomó el maletín, lo abrió y dejó sobre la mesa un objeto cuadrado y pesado de color amarillo sucio.

—¡Caramba, eso es oro! —exclamó Barry Crashing.

—Sí, es oro —contestó el desconocido—. Una pequeña muestra de un tesoro enorme. Si les dijera a cuanto asciende, quizá sintieran vértigos, pero eso sería su recompensa en caso de que quisieran cooperar con nosotros.

Hubo un largo silencio y al fin Barry preguntó:

—¿Cuánto?

—¿Pregunta cuánto hay en el tesoro o cuánto se les daría?

—Las dos cosas —contestó el banquero.

—Se dice que el tesoro asciende a una suma entre cincuenta y sesenta millones de dólares y ustedes percibirían el diez por ciento.

—¿Y qué hemos de hacer para eso? —preguntó Barry Crushing, encendiendo con manos trémulas un cigarrillo.

—Cooperar con nosotros para apoderarnos de ese tesoro. Nos consta su existencia y que en América conoce su paradero una sola persona. Deseamos destruir a la gente que protege a ese hombre, apoderarnos de él y obligarles a que nos sirva.

—¿Y quién es? —preguntó Mico Morton.

—Don Felipe de la Fuente.

Aquel nombre cayó como una bomba y todos se quedaron silenciosos.

Nadie notó la presencia del joven teniente, que se puso pálido y se acurrucó más de lo que estaba para pasar inadvertido.

—Eso es magnífico —exclamó Mico Morton—, porque, precisamente, acabamos de averiguar el paradero de don Felipe y Bill Barnes.

Entonces Mico Morton recordó que en la estancia se hallaba el hijo de don Felipe y, yendo hacia él, lo agarró por la muñeca y lo obligó a ponerse en pie.

—Este es el hijo de don Felipe y nos estaba espiando —gruñó luego.

—Don Felipe no tiene ningún hijo —dijo el desconocido.

Aunque nadie lo oyó, en aquel momento, entró Toribio Fierro y en el acto fijó los ojos en el joven teniente, que, muy pálido, estaba en el centro del grupo.

—¡Caramba! —exclamó, retorciéndose el bigote—. ¡De modo que está usted aquí, mi teniente! Si me lo permiten ustedes, señores, voy a mandar a ése a la habitación en que estaba arrestado y de la cual ha huido.

Aquella era una buena solución y antes de que la joven se diera cuenta de lo que ocurría, fue entregada a dos guardias, que la metieron en un automóvil, el cual salió en una dirección para ella desconocida.

Lleno de curiosidad para el significado de aquella entrevista, Fierro penetró de nuevo en la oficina y fijando los ojos en la placa de oro que había sobre la mesa la levantó, exclamando:

—¡Caramba, oro de los incas!

En breves palabras lo pusieron al corriente de la proposición y como a los demás, la vista del oro lo convenció en el acto. Luego celebraron todos una conferencia para

ultimar detalles y se convino interrumpir inmediatamente la lucha. También decidieron que aquella noche se concentrarían las tropas y los indios y que amparados por la oscuridad, se haría un raid contra el Valle de las Cuevas, a fin de capturar a don Felipe y matar a todos los que le protegían.

En cuanto hubieron convenido eso, se pusieron todos en pie y Barry Crusing, volviéndose al desconocido, le dijo:

—No recuerdo bien su nombre.

—Me llamo Pacari Manco —contestó el interpelado.

# CAPÍTULO XXI

## EL CUCHILLO

Una vez terminada la conferencia, cada uno se marchó a ocuparse en sus tareas respectivas.

Barry Crushing se dirigió a la oficina del telégrafo para expedir un radio en clave a Morgan Catesby, en Nueva York, a fin de comunicarle lo ocurrido.

A las pocas horas recibió la respuesta, que decía:

Trabajen con la cuadrilla de Manco hasta descubrir lugar tesoro Stop. Averigüe manera de apoderarse tesoro entero Stop. Contrate hábiles pilotos y buenos tiradores Stop. Mando inmediatamente seis aviones bombardeo último tipo. Seis aviones caza que saldrán esta noche Stop.

Y Morgan Catesby firmaba con su nombre en clave.

Tales proyectos concordaban con los de Barry Crushing, pues no le parecía bien que los indígenas se apoderasen de tanta riqueza.

Se inquietó algo cuando durante aquel día recibió noticias de que los misteriosos cóndores habían hecho grandes destrozos. Desde Bari comunicaron que habían sido destruidos todos sus fuertes fronterizos, sus centros ferroviarios y sus arsenales.

Parecidas noticias llegaron de Solania, donde también habían recibido la visita de los cóndores. Sin embargo, no habían aparecido en Rolivia, cosa que nadie comprendía, a excepción del grupo que conferenció en la oficina del campo de aviación.

Cuando Fierro informó de eso a Pacari Manco, éste sonrió y dijo:

—Ese es el comienzo. Ocurrirán otras cosas.

Fierro lo miró casi con miedo. Luchaba entre su deseo de ver a Eugenia de la Fuente y la necesidad de servir a aquel nuevo poder que personificaba Pacari Manco.

Eugenia había sido llevada a sus propias habitaciones, donde estaba muy bien guardada.

EL horror de la joven ante las asombrosas noticias que había oído, sólo era igualado por su imposibilidad de hacer algo que pudiera destruir el plan que amenazaba a su padre.

Decíase que hacía traición a su padre en aquella hora de necesidad y deseaba con toda su alma haber tenido la habilidad y la fuerza de un hombre para vencer los obstáculos que la rodeaban.

Los nervios de la pobre muchacha estaban tan excitados que podía percibir los más débiles rumores.

De repente oyó a su lado una respiración agitada y, en el acto, sintió el contacto

de una mano flaca que le agarraba la muñeca.

Sintióse arrastrada hasta el centro de la habitación y se encendió un fósforo.

Apenas había tenido tiempo de ver la mano morena que la sujetaba cuando oyó una maldición en voz baja, porque el fósforo se había consumido. Otro se encendió casi inmediatamente y los ojos de Eugenia se dilataron de horror, porque entonces pudo divisar claramente un corvo cuchillo. Aun en su terror recordó haberlo visto en un museo de Lima y sabía muy bien que era uno de los cuchillos de sacrificio que usaban en otro tiempo los sacerdotes incas.

Aquella escena terrible aumentó aún en su intensidad en cuando se encendió una bujía y la joven pudo contemplar el rostro aguileño del desconocido que aquel día aterrizó en el campo de aviación.

Era Pacari Manco, que deseaba su pérdida y la de su familia. Ignoraba que a los ojos de aquel hombre su propia existencia era un peligro para él mismo y para la organización que representaba.

Como todos los miembros de aquel cuerpo sacerdotal, Pacari Manco había sido educado para no sentir nunca la menor debilidad de cuerpo ni de alma.

Se había separado de Fierro para llevar a cabo uno de sus fines, o sea el de degollar a la joven, eliminando así el peligro que le amenazaba.

Para Pacari Manco aquello no representaba más que una precaución como otra cualquiera. La seguridad de su persona y de los suyos correría peligro mientras existiese algún descendiente de los incas perteneciente a la otra rama. Por lo tanto, se encaramó por el balcón como un vulgar ladrón y se disponía a dar muerte a la pobre muchacha con toda la rapidez posible.

—Voy a darte tiempo para que reces una oración —le dijo en voz serena—, pero date prisa, porque esta noche tengo mucho que hacer.

—Quiere usted... jadeó la joven, —quiere usted decir... que va a matarme.

—Eso mismo —contestó Pacari—. Con tu muerte desaparecerán todos los peligros que me amenazan. Espero que te resignaras a tu destino sin gritar, como muchas de las hijas de tu raza que han muerto degolladas —añadió.

Y se adelantó hacia la joven con ánimo implacable. Ella gritó al sentirse cogida por el hombre y atraída hacia él, pero, inmediatamente, tuvo la suerte de perder el sentido, y ya no supo más.

\* \* \*

Había amanecido ya en el Valle de las Cuevas que albergaba a los aviadores, a los aparatos y también a don Felipe, que estaba en extremo impaciente.

Este último había convenido con Bill Barnes que el intrépido aviador emprendería la marcha al oscurecer, con objeto de ver si podía encontrar a la hija de don Felipe.



Bill Barnes solamente la había visto vestida de oficial. Además, el aviador estaba preocupado, porque en su conversación había aludido a aquella muchacha Dolores, que se hizo pasar por hija de don Felipe y que, sin duda, era una impostora.

En esa opinión le confirmó don Felipe, pues expresó su sospecha de que aquella joven fuese, simplemente, una espía de Morgan Catesby. Barnes ignoraba si Dolores había podido causar algún mal irremediable, pero estaba persuadido de que al subir a bordo de uno de los aeroplanos de transporte, sólo se proponía causar algún daño durante su viaje y aún después de su llegada. Las últimas noticias recibidas de los pilotos de los trimotores, indicaban que su viaje se realizaba sin tropiezos, pero eso, naturalmente, no era ninguna garantía de que aquella mujer no llevase a cabo alguno de sus propósitos desagradables.

El centinela, apostado en una de las altas rocas, les dio cuenta, entre otras cosas, de que había cesado la batalla en la ciudad. En cambio, no pudo avisarles, porque lo ignoraba, de la disimulada movilización de hombres, de caballos y de aeroplanos que entonces tenía lugar dentro de la ciudad, ni tampoco, después de oscurecer, pudo descubrir la llegada de aquella fuerza considerable que se proponía ojear el Valle de las Cuevas.

En cuanto se hubo puesto el sol, Bill Barnes hizo sacar su aeroplano y después de despedirse de don Felipe, subió a la carlinga, puso en marcha el motor y se elevó para tomar luego el rumbo de Valverde a fin de salvar a la pobre muchacha.

# CAPÍTULO XXII

## CHOQUE DE ESPADAS

Bill Barnes se elevó tan rápidamente y a tal altura, que ello le impidió ver a corta distancia aquel río de hombres armados que se dirigían hasta el valle.

Tampoco se dio cuenta de la presencia de los aeroplanos de Mico Morton, porque éstos se habían dirigido al Norte, con la intención de regresar a la hora prefijada y sobre el valle.

Lo que extrañó al joven aviador, fue el relativo silencio y la soledad de las calles de Valverde, cuando estuvo ya sobre ella, después de haber cortado el encendido de su motor, pues no podía oír nada más que el débil crujido de los rotores de su autogiro mientras descendía.

Por las noticias que le diera don Felipe, creyó que debía buscar a la señorita Eugenia en la vivienda de Fierro. Estaba ya enterado de la situación de la casa. Alzábase en una ancha avenida que partía del palacio presidencial y que podía ver perfectamente desde la altura en que se hallaba. Y también sabía que la morada de Toribio hierro estaba en la esquina Noroeste del segundo piso.

En el centro de la avenida había unos jardines cubiertos de flores y allí aterrizó Bill Barnes, con su aparato, confiando en que las matas de flores lo ocultarían suficientemente. La ancha avenida aparecía desierta, y, en efecto, lo estaba a excepción de los guardias que había ante la puerta del palacio presidencial.

Después de dirigir una mirada a su aparato, Bill Barnes atravesó la avenida, mirando con la mayor cautela a su alrededor. Observó que la entrada de aquella casa majestuosa estaba guardada por dos porteros de librea, y para no ser interrogado, Barnes quiso evitar que lo viesen.

Empezó a andar pegado a la pared y cuando buscaba la manera de subir hasta el balcón, oyó desde arriba un gemido de terror, que tuvo por efecto obligarlo a emprender una acción inmediata.

Casi sin darse cuenta se vió subiendo como un mono por la reja de la planta baja y luego por unas enredaderas y, por fin, sin grandes dificultades pudo llegar al balcón. Lo encontró abierto y vió que daba a una estancia débilmente alumbrada por una bujía.

Percibió vagamente la sombra de un individuo y en aquel momento Barnes se dio cuenta de que no llevaba ningún arma consigo. En cambio, vió que aquel hombre empuñaba un largo cuchillo sobre un bulto tendido en el suelo.

Dando un grito involuntario, Bill Barnes penetró en la estancia y pudo notar que su voz había interrumpido el descenso del cuchillo.

Aquella figura sombría, alta y oscura, se volvió hacia él y mientras el aviador lo contemplaba, el otro dio la vuelta en torno de la mesa que los separaba. Ninguno de los dos pronunció una palabra, pero era imposible equivocarse acerca de la intención de aquel hombre siniestro.

Barnes agarró el primer objeto que pudo encontrar a mano. Era un jarrón chino, que contenía agua y algunas flores tropicales. Instantáneamente el jarrón abandonó sus manos, yendo a parar a la cara de su asombrado enemigo.

El jarrón se rompió contra su rostro y sus fragmentos cayeron sobre la mesa de mármol. Aquel individuo se llevó la mano a la cara con ademán de dolor, mas no por eso perdió el ánimo, porque el cuchillo volvió a brillar en su mano.

Otra vez Bill Barnes había recibido una cuchillada y como no le pareció agradable repetir la experiencia, miró a su alrededor en busca de algo con que defenderse. Por suerte, descubrió dos espadas que había en una panoplia colgada de la pared. Aquellas armas eran fuertes, de afilada punta y bastante bien conservadas.

Era precisamente lo que necesitaba. Y seguro de que se las había con Toribio Fierro, empuñó una de las espadas y retrocedió, entanto su enemigo se arrojaba contra él, cuchillo en mano. Barnes se puso en guardia y ante la amenaza de la espada, el desconocido retrocedió. Luego, al advertir la inutilidad de su cuchillo, agarró la otra espada y se dispuso a luchar con el aviador.

Los dos aceros empezaron a moverse rápidamente y a chocar entre sí. Los dos combatientes eran hábiles esgrimidores, y durante un rato no hicieron otra cosa que dirigirse estocadas, parar y hacer fintas. Pero el duelo era a muerte.

Ninguno de los dos ignoraba que su enemigo era un hábil duelista. Las dos espadas andaban buscando los cuerpos de sus respectivos enemigos y tan ocupados estaban los dos combatientes que ninguno se fijó en que el bulto que estaba casi debajo la mesa, se había puesto de rodillas y aquella persona, muy pálida, presenciaba el mortal combate. Tampoco notaron que la esbelta figura del teniente se puso en pie tambaleándose.

La alfombra suave, que estaba sobre un suelo pulimentado, fue casi fatal para Bill Barnes; porque resbaló sobre ella y, por un momento, perdió el equilibrio.

En aquel instante la punta de la espada enemiga se dirigió a su cuello.

Un débil grito impidió que se consumara su muerte. El grito fue seguido por el choque de algo pesado, porque uno de los candelabros de plata que había sobre la mesa, fue arrojado con toda la fuerza de un brazo femenino, yendo a golpear el occipucio del enemigo. Este se tambaleó un momento y luego se le cayó la espada de la mano.

Obedeciendo Barnes a los instintos de un noble esgrimidor, que son los de un caballero, recobró el equilibrio y se mantuvo en guardia esperando que su enemigo volviese a empuñar el arma.

Pero no tuvo en cuenta la crueldad femenina, porque en aquel momento, un segundo candelabro siguió al primero. Contusionado e incapaz de resistir aquel ataque, el desconocido cayó al suelo y luego, arrastrándose, se dirigió al balcón y por él se descolgó a la calle.

Bill Barnes se limpió el sudor que le cubría los ojos y por vez primera notó que se hallaba en presencia del joven oficial a quien conoció con el nombre de Ricardo de la Fuente. Entonces le pareció imposible no haber reconocido desde el primer momento que en realidad se trataba de una mujer. Mas no tuvo tiempo de reflexionar acerca de eso, porque ella, jadeante, lo cogió por el codo y le dijo:

—Venga; sin querer ha descubierto a Fierro y a sus hombres que mi padre se halla en el Valle de las Cuevas. Quizá ahora mismo han ido a apoderarse de él.

Barnes comprendió que aún había un peligro mucho mayor. La captura de sus aviones y la muerte de sus hombres. Sin soltar la espada, en compañía de la joven, se dirigió a la puerta de la habitación, la abrió de par en par y salió al corredor. Encontró a un soldado dormido y lo dejó atontado, golpeándolo con la empuñadura de la espada. Poco después ambos pasaban junto al asombrado portero y atravesaron la avenida en dirección al lugar donde el aviador dejara su aeroplano.

# CAPÍTULO XXIII

## EL ATAQUE

El día no fue muy fatigoso para los hombres que se hallaban en el Valle de las Cuevas y todos estaban reunidos en torno de una hoguera que encendieron, dentro de la cueva donde estuvo el aeroplano de Bill Barnes.

No estaban alarmados por su ausencia, pues confiaban en su habilidad y en su valor para salir de apuros.

—Yo tengo la sospecha —observó Shorty Hassfurther—, que aquella muchacha española que se presentó en Long Island no era lo que parecía.

—Me parece que haces mal sospechando de una mujer guapa —reconvino Red Gleason.

—Pues yo creo que está en lo cierto —dijo Scotty—. Además, oí algunas palabras de nuestro jefe y de don Felipe y casi puedo afirmar que aquella mujer no era hija de este último.

—¿Crees, pues, que sería un espía? —preguntó Shorty.

—Me parece que sí —contestó Scotty.

Mientras tanto don Felipe estaba sentado sobre una piedra, cerca de la entrada de la cueva, en espera del regreso del aviador. El joven Sandbag Sanders cambió un saludo con el anciano y salió de la cueva.

Como sabía muy bien, cerca de la entrada del valle, estaban de guardia Henderson y Gardiner. Sobre él y en lo alto de una roca, vigilaban los dos mecánicos más jóvenes, Andy McCullough y Sammy Moore, que recientemente habían entrado al servicio de Bill Barnes.

La subida hasta lo alto de la roca era bastante difícil, pero Sanders se decidió a realizarla, con objeto de charlar un rato.

Una vez arriba, el joven notó que soplaba un aire muy frío y se alegró de llevar su chaqueta de piel de cabra. Andy McCullough vigilaba cuidadosamente la ladera rocosa de la montaña que dominaba el valle y Sammy Moore se volvía de vez en cuando hacia Valverde, cuyas luces divisaba a lo lejos.

El joven Sanders empezó a charlar contando algunas de las aventuras que había corrido con sus compañeros y, de pronto, mirando hacia la llanura, observó:

—Me parece que por ahí se mueve algo.

Los dos mecánicos siguieron la dirección que les indicaba, pero se figuraron que su compañero se engañaba.

Se reanudó la charla entre los tres, pero cuándo estaban más entretenidos percibieron claramente un ruido lejano que pudieron reconocer en el acto, pues era el

zumbido de un motor.

—Tal vez Bill Barnes que regresa —dijo Sanders, prestando oído.

—No —le contestó Andy. Reconocería entre mil el zumbido del «Abejarrón».

—Además —añadió Sammy—, por lo menos suenan seis aeroplanos.

—¡Diablos! —exclamó Sanders, alarmado—. ¡Y vienen hacia acá! Voy a bajar para avisar a Red Gleason.

Dicho esto descendió rápidamente por el estrecho sendero, no sin haber recibido algunas contusiones, llegó abajo. Se dirigió corriendo a la cueva y gritó:

—¡Viene una escuadrilla hacia acá, Red! ¿No será la de Mico Morton?

Red Gleason, preocupado, levantó los ojos. Confiaba en el oído del joven y lo siguió al exterior.

Un momento después estaban ambos a la puerta de la cueva con el oído atento.

Las rocas interceptaban el ruido de los motores, pero Red Gleason oyó otro sonido que le obligó a volverse al valle. Era el ruido producido por alguien que corría y pocos momentos después apareció Gardiner, jadeante.

—¿Es usted, Red? —exclamó—. En la entrada del valle ocurre algo. Henderson y yo hemos podido ver un grupo de hombres que se acercan. Luego oímos choque de metales o algo parecido. Henderson viene hacia acá despacio, pero yo me he adelantado a dar la noticia.

—Bueno —contestó Gleason—. Meteos en vuestra cueva y preparad las ametralladoras de vuestro aparato. ¡Apagad el fuego! —añadió, dirigiéndose a sus hombres—. Todo el mundo a los aparatos, para desmontar las ametralladoras, cargarlas y tenerlas dispuestas. Creo que vienen los soldados.

Todo el mundo se puso en pie, apagaron el fuego con tierra y luego salieron en dirección a las cuevas donde estaban los aviones. En pocos minutos desmontáronse las ametralladoras y entonces llegó Henderson, que confirmó la noticia.

En silencio y secretamente se acercaba una fuerza armada. Esta componíase de unos cuantos centenares de hombres.

—Tú, Sandbag —ordenó Red Gleason—, procúrate dos bengalas de aterrizaje y sube a la roca. Luego echas a correr a lo largo del acantilado hasta que llegues a la mitad del valle. Arroja una bengala y déjala arder; cuando se haya consumido arrojas la segunda. ¡Deprisa!

Muy satisfecho por la responsabilidad de su misión, Sanders se dirigió al avión más cercano, tomó las dos bengalas y subió por el sendero, mientras los pilotos y los mecánicos desmontaban las ametralladoras y las disponían a la entrada de las cuevas.

En el valle reinaba el mayor silencio, pero había una tensión especial en el ambiente y todo el mundo se daba cuenta de que la parte inferior del valle estaba llena de gente.

Jadeando y sin aliento, el joven Sanders llegó a lo alto de la roca. Los dos

mecánicos trataban de ver a pesar de la oscuridad y prestaban oído atento al rugido de los aeroplanos, cada vez más cercano.

Sin decirles apenas una palabra, el joven Sanders echó a correr hasta llegar a unos trescientos metros de distancia del lugar en que se abrían las bocas de las cuevas.

Miró, mas no pudo descubrir nada, aunque su excitada imaginación pobló aquel lugar de enemigos fantásticos. Encendió una de las bengalas y la arrojó al valle y a la mayor distancia posible.

El magnesio ardió con brillante luz, que alumbraba todos los rincones y repliegues del terreno de aquel estrecho valle. Y el joven Sanders se pasmó ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

La parte inferior del valle parecía estar llena de individuos que avanzaban arrastrándose y que se sobresaltaron en extremo al percibir la luz que los ponía al descubierto. Eran soldados de Rolviva y todos empuñaban un fusil.

En aquel momento, desde las bocas de las cuevas, salió un rugido, porque las ametralladoras empezaron a funcionar. La concavidad de las grutas ejercía de caja de resonancia y aumentaba en extremo los estampidos, de modo que daba la impresión de que estaban disparando unos centenares de ametralladoras y no unas pocas, como era en realidad.

El efecto fue asombroso, porque los soldados, que avanzaban muy agrupados, al recibir aquella granizada mortífera, llenos de pánico y pisoteando a sus compañeros, se apresuraron a retroceder y así, en pocos segundos, en el lugar antes ocupado por los soldados, reinó una confusión extraordinaria que acentuó más el clamor de los heridos y de los moribundos.

Interrumpieron el fuego las ametralladoras de modo que a excepción de las voces de los heridos reinó en el valle el mayor silencio. La bengala de magnesio llegó al suelo lentamente, pues estaba sostenida por el paracaídas.

En aquel relativo silencio, Sanders oyó el rugido cada vez más intenso de los desconocidos aeroplanos, pero también percibió las explosiones de un motor que conocía y por lo tanto no se sorprendió cuando, un momento después, vió aparecer un pequeño aeroplano. Púsose en pie sobre la roca mas alta y agitó las manos para saludar a Bill Barnes, cuyo rostro pudo ver perfectamente a la luz de la bengala de magnesio. Unos segundos después Bill Barnes inclinó su aparato para dar un viraje y se dispuso a aterrizar. En cuanto el aparato estuvo posado en el suelo, bajó de él una esbelta figura vestida de uniforme.

—Cuida de ella, Sandbag —gritó Bill Barnes, dominando el ruido del motor.

Aquella esbelta figura se dirigió al joven y luego el pequeño aeroplano acentuó la intensidad de sus rugidos y reanudó el vuelo hacia el Norte.

## CAPÍTULO XXIV

### SOBRE EL VALLE

El joven Sanders estaba muy extrañado, porque las palabras de su jefe no concordaban con el aspecto del desconocido.

Pero éste le dijo:

—Soy la señorita Eugenia de la Fuente. ¿Le ocurre algo a mi padre? —añadió con ansiedad.

Después de reponerse de su sorpresa, Sanders contestó:

—Hace diez minutos estaba bueno y sano. Pero, mire, han dado una buena lección a esos bandidos. Fíjese.

Y señaló el lugar donde ya empezaba a morir la bengala de magnesio. Como no advirtiera ningún movimiento en el valle, decidió guardar la segunda hasta un momento más favorable. Y así pronto estuvo el valle a oscuras con gran disgusto de Red Gleason.

Miró a su alrededor y, dirigiéndose a don Diego de Toledo, que no tenía nada que hacer, le dijo:

—Hágame el favor, señor Toledo, de subir al acantilado con un par de bengalas y decir al joven Sanders que no nos deje sin luz.

Mientras decía eso buscaba en su aparato las bengalas de repuesto, las entregó luego al joven, quien, de muy buena gana, empezó la ascensión.

Una vez arriba encontró a los dos mecánicos que miraban hacia lo alto para darse cuenta de los movimientos de Bill Barnes. Sin duda, ocurría alguna cosa allí arriba, porque había cambiado el tono del zumbido de los motores y se veían también algunos chispazos procedentes de distintas direcciones.

Y así simultáneamente oyeron los disparos de las ametralladoras.

El joven Diego preguntó por Sanders y al llegar a su lado se asombró al ver que estaba acompañado de otra persona. Pero Sanders se apresuró a presentarle a la señorita de la Fuente.

Luego el muchacho encendió una bengala y la arrojó al valle, que de nuevo quedó iluminado. Y entonces pudo ver que al amparo de unas rocas estaban disponiendo algunos cañones con sus correspondientes cajas de municiones.

Se apresuró a llamar a Sammy Moore y le dio la orden de que bajara inmediatamente para avisar a Red Gleason lo que ocurría.

Se alejó el mecánico y mientras tanto Diego de Toledo conversaba animadamente con la señorita Eugenia y al parecer ambos se habían olvidado del lugar y de la situación en que se hallaban.



A la luz del magnesio, Sanders pudo observar los preparativos de los artilleros para emplazar debidamente sus cañones. Se estremeció de miedo al pensar en los terribles efectos de una granada explosiva que penetrara por las bocas de las cuevas. Y se le ocurrió también la idea de que convendría arrojar una o dos bombas de mano contra los grupos enemigos.

Pero, ¿cómo obtenerlas? Inmediatamente llamó a Andy, el otro mecánico, y le transmitió la orden y el joven echó a correr hacia abajo.

Sanders estaba impaciente a más no poder y los minutos se le hacían siglos, en tanto que los artilleros enemigos continuaban disponiendo sus cañones.

Tres estaban ya en situación y en aquel momento se disponían a arrastrar el cuarto hacia el lugar prefijado.

Andy se había dado mucha prisa, porque cuando Sanders estaba más angustiado se presentó a él cargado con una pesada bomba cilíndrica. Entre los dos la balancearon y luego la arrojaron con tanto acierto, que fue a parar en medio de la batería. El capitán se disponía a dar una orden para que disparasen el primer cañonazo.

Aquella bomba era muy pesada y no podían arrojarla muy lejos, sin embargo, Sanders comprendió que al chocar contra las paredes rocosas, su metralla produciría grandes daños.

Una vez la hubieron arrojado se apresuraron a tenderse en el suelo. Casi inmediatamente resonó una explosión que hizo temblar todo el valle. Oyeron perfectamente el ruido de la metralla y de los fragmentos de roca que salían disparados, y en cuanto hubieron cesado los efectos inmediatos de la explosión, Sanders se asomó para ver qué ocurría.

La bomba había causado grandes daños. Los dos cañones más cercanos estaban tumbados y el tercero quedó fuera de su sitio. Oíanse gemidos y aullidos de dolor y los supervivientes miraban en todas direcciones, temerosos de otra bomba.

—Ve en busca de otra, Andy, por si se empeñan en cañonearnos —ordenó.

Andy obedeció y, mientras tanto, Sanders levantó la cabeza para comprobar si continuaba el fuego de ametralladoras en el aire. Y se quedó muy preocupado al darse cuenta de que Bill Barnes luchaba contra la escuadrilla de Mico Morton.

En cuanto Barnes se hubo librado de su pasajero, que aumentaba la carga del pequeño aeroplano, se elevó con toda la rapidez posible, dispuesto a impedir el ataque de aquella escuadrilla, cuya presencia proclamaban a lo lejos, los chispazos de los tubos de escape de los aparatos.

Barnes tuvo la tentación de atacarlos directamente, pero lo que más le interesaba entonces era que sus hombres se enterasen de la amenaza que se cernía sobre ellos y así, subiendo a muchos millares de pies por encima del enemigo y sin ser notado, descendió al amparo de las montañas que protegían el Valle de las Cuevas.

Empuñó la pistola de señales Very, y disparó un tiro para avisarlos, y mientras las bolas rojas y verdes permanecían suspendidas en el aire, inclinó su aparato para ir a luchar contra la escuadrilla enemiga.

Estuvo acertado en esto, porque ignoraba la circunstancia de que en aquel momento avanzaba, rodeando todas las alturas, un millar de hombres armados de fusiles y una veintena de cañones, dispuestos a arrojar un huracán de plomo que destrozaría a los hombres y a los aeroplanos que había en el valle.

El aviso de Barnes tuvo el efecto deseado, porque la formación de la escuadrilla enemiga se deshizo. A los hombres de Mico Morton les gustaba mucho la pelea de seis contra uno, pero, a causa de la oscuridad y de las sombras, las siluetas no eran muy claras y eso formaba parte del plan de Bill Barnes, quien, metiéndose por debajo y hacia el centro del grupo de aeroplanos, voló a toda velocidad.

Las ametralladoras enemigas podían percibir vagamente su sombra mientras pasaba por entre ellos para descender. Sus disparos no podían concentrarse en aquel rapidísimo aparato que más parecía un fuego fatuo.

De vez en cuando un proyector registraba los alrededores del valle y Bill Barnes sonrió al notar la confusión que había producido entre los enemigos, hasta el punto de que, quizá, se atacaran mutuamente, y así ocurrió en efecto, hasta que el jefe enemigo hizo una señal para ordenar la retirada.

Bill Barnes tuvo un motivo para no hacer uso de sus ametralladoras en aquella maravillosa hazaña de estrategia aérea. Sabía que tendría necesidad de todas sus municiones, porque mientras caían las señales Very, pudo distinguir las sombras de largas columnas de hombres que se acercaban a los riscos que rodeaban el Valle de las Cuevas. Tuvo la esperanza de que el joven Sanders tendría el suficiente sentido común, para llevar a la muchacha al valle al abrigo de una cueva antes de que el enemigo pudiese capturarlos.

Pero su cometido en el aire aún no había terminado. Existía el peligro de que se rehiciera la escuadrilla de Mico Morton e intentara nuevamente el ataque de sus leales compañeros.

Como perro de pastor que hace avanzar a las ovejas, Bill Barnes atacaba un flanco y luego otro del enemigo hasta que todos los aparatos emprendieron la fuga hacia el campo de aviación de Valverde, confiando en la protección de sus cañones antiaéreos.

Barnes los siguió un rato hasta convencerse de que se dirigían a la ciudad, luego, inclinándose en un ángulo muy agudo sobre un ala, dio media vuelta y regresó con la esperanza de que las columnas de los soldados no hubiesen llegado todavía al risco donde dejara a Sanders y a la muchacha que sacó de casa de Fierro.

## CAPÍTULO XXV

### ¡PRISIONEROS!

Una vez de regreso en el borde del risco, el joven Sanders esperó la llegada de Andy con otra bomba y mientras tanto vigilaba el valle para darse cuenta de si el enemigo había reanudado su actividad. A su espalda pudo oír las voces quedas de Diego de Toledo y de la señorita Eugenia que, al parecer, estaban trabando una firme amistad.

En el valle todo estaba tranquilo. Miró hacia el Norte, donde había cesado el fuego de ametralladoras, pero de pronto, notó un chispazo rojo que atravesaba el cielo y rápidamente se dirigía a tierra.

Por un momento temió que el aparato de Bill Barnes bajara incendiado, pero la confianza que tenía en su jefe le infundió nuevos ánimos.

Al mirar al cielo pudo ver los chispazos procedentes de los tubos de escape de varios aeroplanos que se dirigían a Valverde y pronto los perdió de vista, pero tanta era la atención con que miraba al cielo que no tuvo en cuenta la vigilancia del lugar en que se hallaba y no pudo oír a su izquierda el roce de metal contra una roca.

El murmullo de las voces de los dos jóvenes continuaba percibiéndose y tan entretenidos estaban hablando, que no se daban cuenta de nada más que de sí mismos.

Sanders volvió a fijarse en el valle. Apagábase ya la bengala que había arrojado y en cumplimiento de las órdenes recibidas encendió otra y la tiró, de modo que el valle quedó nuevamente bien iluminado.

En aquel momento pudo notar que en éste reinaba la mayor tranquilidad y de repente se sobresaltó al oír un leve grito a su espalda. Al volverse pudo ver que aquel lugar estaba lleno de figuras desconocidas y asimismo vióse rodeado de soldados que empuñaban el fusil con la bayoneta calada. Uno de ellos se arrojó contra el joven y le ató las manos, y Sanders, desconcertado ante lo que ocurría, fue empujado hacia donde estaban otras dos figuras, también atadas. Como ya se comprende, eran Diego de Toledo y la joven.

Sanders, a pesar del sobresalto de aquella inesperada captura, se maldijo amargamente al pensar que no podía mandar ningún aviso a sus compañeros, ignorantes de aquel nuevo peligro.

Mientras los llevaban hacia el valle, Sanders oyó el ruido de un motor que cruzaba el aire y supuso que sería Bill Barnes.

En efecto, lo había adivinado, porque el aparato de su jefe se disponía a aterrizar con el propósito de averiguar lo que había sucedido. El aviador arrojó una bengala de aterrizaje y a su luz vio lo bastante para inclinarse sobre un ala, dar media vuelta muy

aguda y apuntar sus ametralladoras, en tanto volvía a menor velocidad.

Disparó contra los grupos de enemigos que coronaban las eminencias y pasó varias veces por encima de ellos, sin dejar de hacer fuego, para llevar la muerte y la destrucción sobre aquellos hombres.

Fue contestado por algunos tiros de fusil y también por una ametralladora.

Se dirigió hacia ésta y tuvo el acierto de reducirla al silencio con una andanada bien dirigida.

Tan rápidas eran las idas y venidas de aquel aparato que sembraba la muerte, que los hombres que llenaban la meseta, se desmoralizaron y emprendieron la fuga como asustadas hormigas.

Los oficiales gritaban órdenes, deseosos de impedir aquella confusión, pero cada nuevo viaje de aquel aparato creaba oleadas de terror, hasta que el pánico se adueñó de todos los soldados y así, pocos momentos después, no quedaban en la meseta más que los muertos y heridos.

Entonces, Bill Barnes dedicó toda su atención al lado opuesto del valle y dirigióse allá para lanzar otra bengala de aterrizaje y repetir su maniobra.

Aquel lugar estaba también muy concurrido, pero en menos de diez minutos logró crear la misma confusión que en el lado opuesto del valle. Y hecho esto se dirigió a la entrada del valle para habérselas con la masa de gente que se había concentrado allí.

Tenía ya necesidad de economizar sus municiones, no muy abundantes, pero aun así pudo infundir el mayor terror en aquellos soldados y por último dio media vuelta y se dirigió hacia el Valle de las Cuevas.

Después de realizar un vuelo por encima de las rocas que rodeaban el valle, decidió intentar un aterrizaje para ponerse en contacto con sus hombres y hacer provisión de municiones. Ello era peligroso, porque una vez en el valle quizá no pudiera elevarse de nuevo y en el caso de que el enemigo volviese para coronar de nuevo las cumbres de los riscos, se vería embotellado con sus hombres e incapaz de hacer nada más que esperar la muerte.

Mas era preciso correr aquel riesgo. Después de mirar a su alrededor, descendió al valle y aterrizó a corta distancia de las bocas de las cuevas. Sus hombres se apresuraron a rodearlo en cuanto lo vieron.

Bill Barnes preguntó ante todo por Sanders y por la joven, y su rostro expresó el mayor disgusto al enterarse de que no habían bajado al valle.

Estaba persuadido de que los habrían capturado o de que quizá habían corrido una suerte peor, y aun se le ocurrió la posibilidad de que él mismo los matara cuando disparó contra los soldados.

Pero no había tiempo para entretenerse en estas consideraciones y después de ordenar que le entregasen municiones, oyó el disparo de un fusil procedente de la parte inferior del valle y cuya bala iba a dar en la roca que se elevaba sobre ellos.

Poco tardaron en aparecer unas oscuras sombras en la entrada del valle. Cy Hawkins les envió una granizada de balas y así impuso silencio a aquel fusil, pero Bill Barnes miró aprensivo a las alturas inmediatas.

—¡Red! —ordenó volviéndose a Gleason. Toma el aparato de Cy Hawkins y haz subir a don Felipe como pasajero. Yo me dirijo al cuartel general de esa gente, aunque ignoro dónde está. No puedo llevaros a todos, porque no tendríamos tiempo de salir. Antes de alejarme daré una mirada en busca de Sanders, de la joven y de ese muchacho.

¡Deprisa, Cy! —añadió—. Sígueme y protegeré tu vuelo. Tú, Red, te quedarás aquí hasta mi regreso. Creo que, por ahora, y si vigiláis, no podrán cogeros. ¡Hasta la vista!

Subió a la carlinga y empezó a describir espirales para elevarse en tanto el aparato de Cy Hawkins era sacado de la cueva y se ponía en marcha su motor.

El «Abejarrón» se elevó como un halcón y luego dirigióse a un lado y a otro mientras rugía el motor de Cy Hawkins y éste y don Felipe subían al aparato.

Un minuto después el segundo avión se había elevado sobre el valle, Barnes se acercó a él, haciéndole señas para que le siguiese. Ya había formado un plan. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde que dejó a Eugenia de la Fuente al cuidado de Sanders, díjose que los prisioneros, en el supuesto de que estuviesen vivos, serían, probablemente, enviados bajo escolta por la carretera que, conducía a Valverde. Volando a poca altura, siguió aquella sinuosa carretera, cuya línea podía percibir a pesar de la oscuridad. Cy Hawkins lo seguía de cerca y gracias a las señales Morse que le hizo Bill Barnes con uno de sus faros, se enteró del objeto de aquel vuelo bajo y cuidadoso.

A cosa de dos millas de la entrada del valle llegaron a una granja situada al lado de la carretera y en torno a la cual se advertía mucha actividad. Barnes se dijo que sin duda era el cuartel general de la fuerza enemiga y bajando más aún, describió algunos círculos en torno a ella.

Unos soldados le dispararon sus fusiles, pero Barnes no quiso responderles por miedo a poner en peligro la vida de los tres presos.

Después de haber volado varias veces por encima de la vivienda se convenció de que no estaban allí los que buscaba y seguido por Cy Hawkins volvió a emprender el camino de Valverde.

Sin embargo, y asomado a una ventana del piso superior, el joven Sanders, con las manos atadas, golpeaba los vidrios de la ventana, deseoso de llamar la atención de Bill Barnes; el pobre muchacho se sintió muy desalentado al ver que el aparato se alejaba y con lágrimas en los ojos se volvió hacia sus compañeros.

# CAPÍTULO XXVI

## UN PELIGRO MORTAL

En la enorme cocina de la granja habíanse apagado todos los fuegos al señalarse la aproximación de los dos aeroplanos. Allí estaban Toribio Fierro y Pacari Manco, el sobrino del sumo sacerdote inca.

Barry Crushing había regresado a Valverde, guardando una prudente distancia del lugar en que se desarrollaba la lucha, pero era evidente que el mando se hallaba entonces en poder de Pacari Manco.

El Ministro de la Guerra estaba muy irritado ante los repetidos fracasos en la captura de don Felipe de la Fuente y de dar muerte a los hombres que lo guardaban. En cambio, Pacari Manco guardaba un prudente silencio.

La llegada de Pacari Manco interrumpió la conferencia de ambos. Toribio Fierro se enfureció aún más y en cambio Pacari Manco se quedó pensativo.

—Es evidente, señor, que no alcanzamos ningún resultado —observó este último.

—Hemos intentado una sorpresa y luego atacarlos a cañonazos —replicó Fierro—. Pero todo ha fracasado. Intentamos rodearlos por arriba y ese bandido de Bill Barnes ha dispersado nuestros hombres. Ignoro dónde estará ese cerdo de Morton, pero sus aeroplanos no nos sirven para nada. Si por lo menos consiguiésemos apoderarnos de Bill Barnes e inutilizarle... Mientras ese hombre viva no podremos coger a don Felipe.

—Ahora parece que se ha ido a Valverde —observó Pacari Manco—, y tengo un plan que nos permitirá aprovechar su ausencia.

—¿Cuál? —preguntó Fierro, esperanzado.

—Oiga usted. Envíe en el acto un fuerte destacamento de ingenieros al borde rocoso que hay sobre las bocas de las cuevas. Si trabajan rápidamente pueden disponer una serie de minas junto al borde. Hecho esto eso retirarán antes de que vuelva Barnes e inmediatamente prenderán fuego a los explosivos. El resultado será que las rocas se desplomarán al valle, tapiando las entradas de las cuevas y dejando sepultados a esos individuos que manejan las ametralladoras.

—Pero recuerde que queremos capturar vivo a don Felipe —observó Toribio Fierro.

—Déjeme acabar —replicó Pacari Manco—. Al mismo tiempo mandaremos un destacamento de hombres a quien yo guiaré a determinado lugar situado a tres millas de aquí.

—¿Y qué hará usted con esos hombres?

—Esas cuevas tienen una entrada secreta.

—¡Caramba! —exclamó Fierro, entusiasmado—. Eso esta muy bien. ¿Pero, qué haremos con la muchacha que está arriba? —preguntó.

—La usaremos como último recurso para obligar a don Felipe a que nos obedezca en cuanto lo hayamos capturado.

—Bueno, pues hagamos eso cuanto antes —exclamó Fierro.

Mientras tanto, Barnes continuaba su investigación en la ciudad de Valverde, sobre la que voló a muy poca altura. Se valía de un proyector para examinar las calles y las plazas, mas, pesar de cuanto hizo, no pudo hallar el menor rastro de los presos. Incluso dio la vuelta en torno de la Cárcel de San Juan. Don Felipe, que ocupaba la carlinga de popa del aparato de Cy Hawkins, miraba hacia tierra con la mayor atención.

Por fin Barnes desistió de su empeño con la esperanza de que nada grave habría ocurrido a los presos mientras él se esforzó en frustrar el ataque contra el Valle de las Cuevas.

Barnes hizo seña a Cy Hawkins para que tomara la delantera, y este último se volvió a don Felipe con mirada interrogadora, que le señaló un paso entre las montañas del Suroeste y en plena cordillera andina.

Disminuyendo la velocidad de su aeroplano para adaptarse al vuelo menos rápido de Cy Hawkins, Barnes siguió a este último.

Mientras avanzaban por el valle, las agujas de los altímetros se movían rápidamente. Ante ellos se presentaba una alta cumbre en la cual había entonces una tempestad de nieve y ellos, a pesar de eso, volaban a cincuenta pies sobre el suelo, con objeto de estar seguros de la visibilidad.

Pasada aquella cumbre viéronse obligados a seguir subiendo, porque don Felipe les indicó otra más lejana y más alta.

Había recorrido varias millas luchando contra un fuerte viento de proa, de modo que si bien sus aeroplanos indicaban una velocidad de doscientas millas por hora les costó casi treinta minutos recorrer diez millas.

Una o dos veces una racha violenta les empujó con tal fuerza a tierra que tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no quedar aplastados. Las alas y fuselaje gemían ante aquel terrible esfuerzo, mas por suerte, pronto dejaron atrás la tempestad de nieve.

En cambio encontraron unas corrientes traidoras, de modo que en un par de ocasiones viéronse a la deriva y con mayor velocidad que la de su avance.

En aquel alto paso hacía un frío terrible. Las desiertas y nevadas cumbres de las montañas se extendían a lo lejos y los dos aeroplanos parecían dos pequeños insectos que se hubiesen aventurado por un mundo desolado.

Mientras tanto seguían subiendo y llegaron, por fin, a veinticinco mil pies(8.000 metros).

Barnes empezó a sentir los efectos de la falta de oxígeno, mas por suerte, tenía un tanque de este precioso gas y también los motores estaban equipados con cargadores a presión para compensar la menor densidad del aire.

Barnes puso en marcha el aparato y aspiró una buena bocanada de oxígeno.

Tanto el aviador como el aparato notaron el efecto de aquellos remedios, pues los dos recobraron sus fuerzas y el aviador una perfecta visión.

Pudo notar que Cy Hawkins y don Felipe tomaban las mismas precauciones y al cabo de poco rato observó, muy satisfecho, que empezaban el descenso por la otra vertiente.

Pero sus dificultades empezaron de nuevo. Don Felipe les señaló un estrecho valle situado a la derecha. Cuando Cy Hawkins le indicó por señas que tomaría el camino más despejado, el anciano meneó la cabeza y gritó algo acerca de las Alas de la Muerte.

En vista de eso, Cy dirigió su aeroplano hacia el estrecho valle y de nuevo se elevó. Y entonces sufrieron una verdadera pesadilla de vueltas y revueltas mientras seguían aquel cañón.

Bill Barnes imitaba exactamente todas las maniobras de su compañero y al poco rato empezaron a descender hasta que estuvieron a unos seis mil pies sobre el fondo del valle.

De todos modos aún seguían volando en la dirección que les imponían las dos paredes rocosas que formaban el cañón, cuya altura era inmensa.

Continuaron navegando de este modo, pasando a veces por sitios cuya anchura apenas era superior a unos centímetros a la envergadura de las alas de los aparatos, describiendo mil vueltas y revueltas y maniobrando con una habilidad que hubiera parecido milagrosa a cualquiera. Luego el cañón se hizo más estrecho. Cy Hawkins disminuyó la velocidad todo lo posible y siguió adelante. De pronto, Bill Barnes vió, horrorizado, que el aparato de Cy Hawkins se caía de lado y desaparecía en lo que, aparentemente, era un gran hueco en la pared del cañón.

Con la velocidad del pensamiento, Bill Barnes encabritó su aparato abriendo del todo la llave del gas.

El diminuto avión se estremeció un momento y luego salió disparado hacia arriba. Un instante después Barnes se hallaba encima de la niebla, observó que se ensanchaban las paredes del cañón y vió que a la izquierda se abría otro valle.

Horrorizado ante la desaparición de Cy Hawkins y con la esperanza de encontrarlo o siquiera de hallar sus restos, torció a la izquierda siguiendo aquel valle mayor que se ensanchaba.

EL valle lo llevaba realmente hacia la siniestra cima. El aviador miró y pudo ver entonces la pared de roca a la cual Cy Hawkins fue atraído y dio un respingo al comprender lo que había debajo.



Volaba apenas a cuatrocientos o quinientos pies sobre el valle, cuando vió la entrada de una inmensa cueva natural, pero mejorada por la mano del hombre.

Descendió y pudo contemplar los tejados de unos edificios en el valle y de pronto, a la derecha de su ala, vió cómo estallaban unas granadas y el aeroplano tembló al recibir la conmoción del aire.

Bill Barnes se dijo que sin duda aquél era el Valle de las Alas de la Muerte.

Ascendió, dio a su aparato toda la velocidad posible y se dirigió al extremo más estrecho y alejado del valle.

Las granadas lo seguían de cerca, pero sin duda, la enorme velocidad de su vuelo, le salvó la vida.

En el momento en que, como una bala, pasaba por el estrecho cañón, eleváronse del suelo unas formas oscuras, arrojándose contra él y con las enormes alas rozaron casi su aparato. Oyó una fuerte explosión y luego sintió que su aparato era arrojado a través de aquella puerta rocosa y que se caía...

## CAPÍTULO XXVII

### ENTERRADOS VIVOS

En la granja que había cerca del Valle de las Cuevas, Toribio Fierro no tardó mucho en seguir los consejos de Pacari Manco. Por teléfono se puso en contacto con las fuerzas de tierra y cinco minutos después, un regimiento de ingenieros, provistos de herramientas y explosivos, se dirigía a los acantilados. Una vez allí los ingenieros señalaron algunos puntos a cosa de uno o dos metros del borde de la roca y los soldados abrieron una serie de agujeros. Metieron en ella grandes cargas de explosivos y detonadores, extendieron una red de cable eléctrico y luego rellenaron todo con tierra.

Hecho esto, los ingenieros se retiraron en el mismo silencio.

Ignorando lo que ocurría a cierta altura, Red Gleason y sus hombres se habían reunido en la mayor de las cuevas, donde también había un par de aviones.

En el valle reinaba la tranquilidad y después de haber apostado los centinelas, los demás se dedicaron al descanso y a la agradable charla.

—Tengo el presentimiento de que va a ocurrir algo —dijo Shorty Hassfurther.

—¡Vete al demonio con tus presentimientos! —dijo Red Gleason—. Pero, en fin, habla.

—Pues me parece que dentro de poco va a haber aquí jaleo gordo. Reina demasiada tranquilidad.

Red Gleason creyó muy acertada aquella opinión y salió con objeto de interrogar a los centinelas.

—Creo haber oído algo arriba——dijo Andy.

Red Gleason miró a su vez, pero no pudo descubrir nada sospechoso.

—Me parece que has soñado, hijo —le dijo Red Gleason—. Sin embargo, vale más que metas en una cueva las ametralladoras y tú te cobijes también en una, porque podrían arrojar alguna bomba.

Red Gleason estaba intranquilo, y así, en vez de volver al lado de sus amigos, se quedó junto a Andy, mirando hacia el exterior.

Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando sintió un extraño temblor de tierra, al que siguió el rugido de varias explosiones horribles. Dio un salto hacia atrás arrastrando consigo al joven Andy, mientras toda la parte exterior de las cuevas empezaba a deslizarse hacia el suelo. Grandes rocas y toneladas de piedra cayeron con horrísono fragor y estuvieron a punto de dejar sepultados a los dos hombres.

Gleason, sin embargo, no perdió la serenidad y agarrando las ametralladoras, las metió más adentro. Entretanto, los que estaban en torno de la hoguera habían

acudido, asustados, para preguntar que ocurría.

—Pues, sencillamente —contestó Red Gleason—, que esos sinvergüenzas han desplomado una montaña sobre nosotros.

En cuanto hubo renacido la calma, Red Gleason examinó lo que antes fuera la entrada de la cueva y meneando la cabeza, dijo:

—Aquí hay, por lo menos, de diez a quince toneladas de roca o piedra, de modo que es imposible encontrar la salida. Vamos a ver si hallamos otro medio de abandonar este encierro, porque no quiero resignarme a quedar enterrado vivo.

Con ayuda de sus lámparas de bolsillo, los aviadores se internaron en la cueva que, en efecto, parecía hundirse en la montaña. Llevaban consigo una buena cantidad de provisiones, por lo que pudiese ocurrir.

De pronto observaron que el camino se estrechaba considerablemente y al fin, al cabo de dos minutos, tuvieron que avanzar inclinados y casi en fila india. El camino siguió estrechándose y últimamente les fue preciso avanzar a rastras.

Pero su paciencia y tenacidad se vieron recompensadas, porque al cabo de un rato observaron que aquel paso se ensanchaba y al fin llegaron a una cueva espaciosa donde retumbaban sus voces.

Además notaron que no se interrumpía allí el paso, sino que seguía adelante, renaciendo en ellos la esperanza de salir, por fin, al aire libre.

Su camino era alternativamente fácil o difícil, según la mayor o menor anchura de aquel paso que seguían. Gleason iba delante y en un alto ordenó a todos que guardasen silencio, y luego dijo:

—Alguien llega. Y si no me equivoco, no uno solo, sino varios individuos.

En efecto, a lo lejos se oía un débil murmullo que luego aumentó en intensidad y en claridad, pudiendo comprender todos que se trataba de los pasos de muchos pies descalzos y el roce del metal en la piedra. Por fin apareció una luz en una cueva.

—Retrocedamos hasta donde se ensancha este paso —murmuró Gleason.

Sin decir palabra le obedecieron todos y una vez hubieron llegado al lugar en cuestión, Gleason recomendó a sus compañeros que se ocultasen detrás de las rocas, de modo que al poco rato nadie hubiese podido adivinar su presencia. Mientras tanto, avanzaban los desconocidos, con ruido cada vez mayor.

Por último pudieron divisar las luces que llevaban y Red Gleason no tardó en ver una larga fila de soldados que se dirigía a ellos al mando de un oficial roliviano.

En conjunto, la columna se componía de unos doscientos hombres. Los aviadores los dejaron pasar y en cuanto se hubieron convencido de que ya no venía nadie más detrás de ellos, continuaron su viaje hacia adelante, vigilando con el mayor cuidado su vanguardia y su retaguardia.

No tardaron en notar una mayor pureza en el aire, cosa que les llenó de alegría, pues indicaba que llegaban al final del viaje subterráneo. Pero en cuanto Gleason vio

el brillo de las estrellas, ordenó a sus compañeros que guardasen silencio.

—Es muy probable que hayan dejado una guardia ahí fuera —les avisó.

Y salió solo para hacer un reconocimiento. No se había equivocado, porque pudo descubrir el brillo de unos cigarrillos y aún oyó una conversación en voz baja. Avanzando un poco más, notó que eran siete u ocho hombres reunidos en torno a sus rifles, que habían dejado sobre las rocas o en el suelo.

—Venid, muchachos. Vamos a buscar una salida——murmuró, dirigiéndose a sus compañeros.

Sus amigos se congregaron a su alrededor y cuando les dio la señal, salieron los cinco primeros y los otros, inmediatamente, detrás.

En la oscuridad, la lucha fue corta, porque aquellos pobres indígenas nunca se habían puesto en contacto con los puños norteamericanos, y cayeron uno tras otro sin sentido. Todo ello fue cosa de pocos segundos. Luego los ataron y amordazaron, les quitaron los fusiles y echaron a andar.

Pero, en su precipitación, no se dieron cuenta de que uno de los soldados había podido huir a favor de la oscuridad.

Gleason no conocía el lugar en que se hallaban, pero se dirigió a un grupo de rocas que parecía ser la entrada de la cueva y les ofrecía un buen observatorio. Desde la cumbre miró a su alrededor y no tardó en descubrir las luces de Valverde y también vio los faros de un automóvil que avanzaba por una carretera vecina.

—Como ahora no somos más que un grupo de aviadores sin aparatos —observó Gleason—, hemos de ir a donde están y, por lo tanto, propongo dirigirnos a Valverde. ¿Estamos de acuerdo?

Todos dieron su asentimiento y echaron a andar; pero apenas habían recorrido un kilómetro cuando Gleason, mirando hacia atrás, se detuvo.

—Parece ser que hay un poco de jaleo en la entrada de la cueva —dijo en voz baja—. Y creo que debemos andar con cuidado. Ahí viene un grupo de soldados a caballo, buscándonos.

# CAPÍTULO XXVIII

## LA ELECCION

Resonó un grito de aviso ante él. Gleason se volvió demasiado tarde para evitar un culatazo que le dio de lleno. Se quedó sin sentido, en tanto que de su escondrijo, tras de las rocas y los arbustos, surgía un grupo de soldados, que, en breve, se hubieron apoderado de los aviadores.

A pesar de que éstos lucharon con toda su alma, fueron, al fin, vencidos, atados y amordazados. Luego los metieron en un camión. Red recobró el sentido al sentir las sacudidas del vehículo, y miró a sus desalentados compañeros.

Poco después estaban todos encerrados en la cárcel de San Juan, y, aunque ignoraban la razón, el caso fue que no los metieron en los calabozos, sino que los dejaron en el patio, bien vigilados por cinco o seis soldados armados.

Allí pudieron enterarse de algunas malas noticias, porque los soldados les anunciaron que acababan de llegar tres aeroplanos de transporte que, sin sospechar cosa alguna, aterrizaron en el campo de aviación, en donde los hombres de Mico Morton se apoderaron de ellos, así como de sus pilotos.

También averiguaron que Mico Morton había recibido seis aeroplanos de bombardeo y otros seis de caza.

Como se comprende, tales noticias los dejaron muy desalentados. Pero no fueron los únicos en sentirse deprimidos, porque Cy Hawkins, que en aquel momento estaba en los altos valles de los Andes, era una imagen de la desesperación. Las cosas habían ocurrido con mucha rapidez.

Desde el momento fatal en que su aeroplano cayó en aquel agujero negro que constituía una abertura en la pared del acantilado. Automáticamente trató de enderezar su aparato y consiguió su propósito, mientras una fuerte corriente de aire lo levantaba.

Mas, de pronto y al sentir que las ruedas de su tren de aterrizaje tocaban el suelo, cortó el encendido del motor. Le rodeaba una gran oscuridad y la corriente de aire, muy intensa al principio, disminuyó por momentos, hasta que su aparato permaneció inmóvil.

De pronto se encendieron unas luces deslumbradoras. Él cerró los ojos y al abrirlos, vió que le apuntaba una pistola automática, empuñada por una mano morena. El individuo que se había acercado, era, sin duda, un indio, pero de raza mucho más fina que cuantos él había visto.

Llevaba una especie de túnica de brillo iridiscente, adornada por diminutas plumas. Otro hombre, de igual modo vestido, amenazaba a don Felipe.

El aeroplano se hallaba sobre el liso suelo de una enorme sala, tan alta que su techo se perdía en la oscuridad. De pronto, Hawkins observó una enorme máquina de bronce que subía hasta el techo y entonces comprendió la causa de aquella poderosa corriente de aire.

En realidad, su aparato había sido atraído por ella cuando pasó por delante de la entrada de la cueva, y si él hubiese sido menos hábil, no hay duda de que se hubiera estrellado.

De pronto recibió la orden de echar pie a tierra, y así lo hizo, en compañía de don Felipe. Los dos fueron registrados y luego los entregaron a seis guardias muy bien armados con pistolas automáticas. Sus guardianes los hicieron pasar por un corredor de alto techo, que parecía haber sido abierto en la roca viva. El calor que allí reinaba era muy agradable, después del frío que sintió en las alturas andinas, de modo que el piloto se preguntó cómo conseguirían aquella calefacción.

Por fin llegaron a una especie de puerta, tras la cual los dos prisioneros pudieron percibir el murmullo de muchas voces. EL que, aparentemente, mandaba el piquete, atravesó las cortinas, muy delicadas, de tejido de color, y, a los pocos instantes, reapareció, haciendo señal al grupo de que entrase.

Cy Hawkins dirigió una mirada llena de curiosidad hacia aquella sala, ricamente amueblada y que alumbraba una luz suave y rosada. Vió gruesos y pesados cortinajes, alfombras muelles y de armonioso color, y pudo notar que aquel lugar estaba guardado por unos soldados cubiertos de corazas y yelmos, que parecían de hierro.

Empuñaban unas lanzas de ancha hoja, más decorativas que útiles, porque, además, cada uno de aquellos soldados, tenía una pistola automática en el cinto.

En la sala había muchos hombres ricamente vestidos, y algunos llevaban tocados de plumas. El que vestía con mayor riqueza, se sentaba en un sillón situado en el extremo más lejano, y tras del cual se veía un enorme y redondo disco de oro, del que salían unos rayos que simbolizaban los del sol.

Aquel individuo era alto, flaco y de rostro severo. Sus facciones eran aguileñas y de gran majestad. Llevaba una especie de tiara, llena de piedras preciosas, y por debajo de la barba un adorno semejante a una media luna y vestía una especie de túnica sin mangas que llegaba hasta el suelo, y por encima una pelliza de blanca y fina lana, adornada de escarlata y tachonada de piedras preciosas y oro.

En sus brazos llevaba unos gruesos brazaletes, también de oro.

Cy Hawkins oyó a don Felipe que murmuraba:

—El Uuillac Uma. El sumo sacerdote del Imperio Inca.

—A mí, todo eso me parece cómico —replicó Cy Hawkins, en tanto que sus guardianes le obligaban a avanzar.

Cy Hawkins se fijó en la mirada de curiosidad que les dirigieron aquellos individuos.

Los guardias llevaron a los presos hasta el pie del trono que ocupaba el sumo sacerdote y allí se arrodillaron y permanecieron inmóviles.

Cy Hawkins no tenía intención de imitarlos y notó, con gusto, que don Felipe se mantenía muy erguido, en tanto que el sumo sacerdote fijaba en él sus fríos ojos. Aquel alto personaje habló, al fin, pero en un lenguaje que el aviador nunca había oído.

Don Felipe contestó en el mismo idioma. El sumo sacerdote parecía muy enojado; pero el anciano no se acobardó por eso. De pronto, el sumo sacerdote levantó su enojada mano y al verlo hubo cierta agitación entre los que rodeaban el trono. Un hombre alto y de rostro de halcón se adelantó hacia los presos. Vestía un traje tropical, de moda europea. Cy recordó vagamente haberlo visto, y al fin, reconoció en él al individuo a quien notara en el campo de aviación de La Habana.

Era Pacari Manco que, con la cabeza inclinada, esperaba las órdenes de su tío, el sumo sacerdote.

Este volvió a levantar la mano, y avanzaron los guardias. Entre ellos, Cy Hawkins vió al mismo joven oficial que se presentó en su campo de aviación de Long Island. Ignoraba que fuese Eugenia de la Fuente, hija de don Felipe.

Esta, al verle, pareció haber recibido un golpe.

El sumo sacerdote se inclinó para pronunciar algunas palabras en aquel lenguaje extraño. Señaló al padre y a la hija y luego aguardó la respuesta del primero.

Don Felipe cerró los ojos y guardó silencio, y Cy Hawkins le dijo, en voz baja.

—No se deje usted atemorizar, don Felipe.

—Estoy seguro de que sus amenazas son serias —le contestó el anciano—. Se trata de sí habré de sacrificar la vida de mi hija o faltar a la misión que me impusieron mi pueblo y mis antepasados.

Eso era un poco complicado para el aviador, pues ignoraba que el sumo sacerdote de los incas había propuesto a don Felipe la elección entre ver cómo arrancaban el corazón a su hija con el antiquísimo cuchillo de obsidiana, que se usaba para los sacrificios, o bien descubrir el escondrijo secreto del tesoro de los incas.

El anciano se vió, pues, obligado a tomar una decisión, y el aviador nunca supo los tormentos que pasó aquel pobre hombre. Sin embargo, pudo ver que al fin, se inclinaba como accediendo a la proposición que le habían hecho.

Luego los guardias agarraron de las mangas a Cy Hawkins y a don Felipe, obligándoles a seguirles.

Pacari Manco y Eugenia de la Fuente, esta última acompañada por dos guardias, iban tras ellos.

Volvieron a pasar por el largo corredor y luego llegaron al lugar donde se hallaba el aparato de Cy Hawkins. Este pudo notar, entonces, que había allí otro aparato desconocido.

Era un monoplano de dos plazas, de líneas muy elegantes y, sin duda, extranjero. Pertenecía a un modelo que nunca había visto. Cy y don Felipe fueron llevados hacia el avión del primero. El individuo de rostro de halcón y vestido de blanco, se dirigió a Cy Hawkins y le dijo:

—Ahora, amigo, subirá usted al aparato y lo llevará por el mismo camino que siguió al llegar.

—No es posible —contestó Cy Hawkins—. Me estrellaría. En ese cañón no hay sitio para dar la vuelta.

—No será necesario —contestó Pacari Manco—. En el largo corredor podrá, adquirir la velocidad necesaria para despegar y luego hallarse enfrente de una abertura en la pared del cañón, por la cual podrá llegar hasta la cima. Si quiere, siga mi aparato y yo le guiaré. Una vez nos hayamos elevado, seguirá usted las instrucciones que le dé don Felipe de la Fuente, y recuerde la conveniencia de no hacer traición, porque yo volaré por encima de usted y algo atrás, y en cuanto observe un movimiento sospechoso, lo mataré sin el menor reparo.

Cy Hawkins no contestó cosa alguna y ocupó su asiento en el aparato, en tanto que don Felipe hacía lo mismo.

Los indios ayudaron a orientar convenientemente el avión, y los motores de ambos aparatos empezaron a rugir.

El largo corredor por el que había entrado, estaba bien iluminado, y Cy Hawkins observó que había espacio suficiente para salir.

El pasajero de Pacari Manco era la joven Eugenia de la Fuente. La razón de ello sólo la conocía Pacari Manco y también Toribio Fierro, pues había solicitado que le entregasen a la muchacha, cosa en la que consintió el indio, que no sentía ningún interés por ella.

El aparato de Manco despegó, adquirió velocidad en aquel amplio y alto túnel, y Cy Hawkins lo siguió por una ancha abertura que había en la pared opuesta del cañón y que, según se vió, permitía fácilmente el paso de un aeroplano.

En pocos segundos se vieron por encima de las paredes del cañón. Don Felipe dio un golpecito en la espalda de Cy para señalarle un valle situado a la derecha. El aviador dirigió su aparato hacia allá y el de Pacari Manco se inclinó sobre un ala, fue a situarse a cierta altura, siguiendo el avión de Cy Hawkins. Y ambos, en tal formación, se dirigieron al valle.



# CAPÍTULO XXIX

## TENTATIVA DE ASESINATO

Con las manos muy bien atadas, Eugenia de la Fuente sentábase en la carlinga posterior del aparato de Manco y podía contemplar el occipucio de éste. Los ojos de la joven brillaban de una manera que no auguraban nada bueno. Tenía las manos muy atadas con una sólida cuerda; pero se le ocurrió la idea de que sus dientes eran agudos y fuertes e inclinando la cabeza, empezó a roer la cuerda.

Pacari Manco seguía la marcha del avión de Hawkins y no perdía de vista al piloto. Desde luego, Manco estaba dispuesto a matar a los dos hombres en cuando conociese el lugar donde estaba oculto el tesoro. Por consiguiente, aún no había llegado la ocasión de cometer aquel crimen.

Guiado por don Felipe, Cy Hawkins se dirigía al valle y descendieron hasta un millar de pies sobre él. A dos millas de distancia veíase un alto acantilado y, a la mitad de su altura, sobresalía una especie de cornisa, que a tal distancia, parecía muy pequeña.

—¿Podría usted aterrizar ahí? —preguntó don Felipe.

Cy Hawkins se encogió de hombros por toda respuesta. En cuanto estuvo más cerca del lugar indicado, pudo notar que se trataba de una estrecha plataforma, demasiado angosta para aterrizar; sin embargo, se dirigió a ella y pasó a corta altura para darse cuenta de sus verdaderas dimensiones.

Luego, después de describir un círculo, volvió, cortó el encendido del motor y aterrizó sin ningún inconveniente. Se apresuró a frenar y miró a su espalda, temeroso de que se estrellase el aparato de Pacari Manco; pero éste aterrizó con la mayor maestría, y detuvo su aparato a muy poca distancia del de Hawkins.

Los tres hombres echaron pie a tierra y sintieron mucho frío.

—Esta es la primera vez —observó don Felipe—, que llega aquí un avión. En circunstancias ordinarias, el viaje es muy largo.

Luego se volvió, dirigiéndose a la pared rocosa, aparentemente sólida y de pronto, dio la vuelta en torno de una peña saliente. Tras de ella había un estrechísimo paso desprovisto de puerta. Don Felipe avanzó por la oscuridad, seguido por Cy Hawkins, y Pacari Manco cerraba la marcha.

Bajaron treinta o cuarenta escalones, tallados en la roca, y llegaron a una especie de balcón que parecía un nido de golondrinas en lo alto de una enorme sala que se extendía a sus pies. Estaba alumbrada por algunos extraños reflejos de la luz, que penetraba a través del techo.

Pacari Manco dio respingo al mirar hacia abajo, y Cy Hawkins, en cuanto sus

ojos se acostumbraron a la escasa luz, también se quedó asombrado, pues, vió una cadena enorme, que tal vez tendría una longitud de doscientos metros, y que según le informó don Felipe era de oro puro.

—Esa es la cadena de oro que llevaban a Pizarro como rescate de Atahualpa —dijo don Felipe.

Luego, sobre una mesa, vió una interminable serie de placas de oro, de forma oblonga; más allá había un gran número de adornos de oro y de discos que querían representar el sol. Entre todos aquellos tesoros, vió el suave resplandor de unos montones de esmeraldas que llenaban dos mesas, y los tres hombres guardaron silencio en presencia de aquel tesoro.

—Ya lo has visto —dijo don Felipe a Pacari Manco—. ¿Me devolverás ahora a mi hija?

—Sí, ya lo he visto, y te devolveré a tu hija.

Pero Cy Hawkins notó cierta expresión irónica en los ojos de aquel hombre.

Por esta razón, cuando se trató de salir, el aviador insistió en ir en último lugar.

Llegaron a la plataforma rocosa y de nuevo subieron a sus respectivos aparatos.

Pacari Manco estaba tan, asombrado aún por la contemplación de aquellas riquezas, que ni siquiera hizo caso de la muchacha que estaba a bordo de su avión.

Volvieron a funcionar los motores, y Cy Hawkins se arrojó al valle.

Entonces, Pacari Manco recordó su programa. Metiendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó un cuchillo de larga hoja, lo equilibró en su mano y luego fue a situarse por encima de Cy Hawkins.

Pacari Manco apuntó cuidadosamente y levantó la mano para arrojar el arma, que le permitiría matar a dos hombres de una vez.

# CAPÍTULO XXX

## PELIGRO A LA VISTA

Los aviadores que llegaron con los aviones de transporte y que fueron aprisionados por Mico Morton y su gente, estaban enfurecidos al verse encerrados en la enorme sala de uno de los edificios que había en el campo de aviación.

Nada sabían de la traición de Dolores, a quien Mico Morton dejó en su compañía con objeto de que la joven recogiera los informes que le fuera posible, gracias a su conversación.

Ella, y en virtud de las instrucciones recibidas por el guardián, podía entrar y salir; pero prefirió permanecer en compañía de los presos.

Estos no tardaron en formar un plan para fugarse. La primera parte de éste no pudo sorprenderlo Dolores por haberse ausentado un momento, pero, en cambio, se informó muy bien de la segunda, que consistía en apoderarse de los aviones de caza que había en el hangar inmediato a aquel puesto de guardia.

Dolores salió con objeto de avisar a Mico Morton, mas no pudo hacerlo, pues éste se había ausentado. El único oficial que encontró fue el coronel Merner, el cual estaba borracho perdido. Y cuando la joven quiso comunicar sus noticias a los soldados, se encontró con que no la entendían.

Dolores era una muchacha decidida y decidió encargarse del asunto. Se dirigió al hangar más cercano, encendió la luz eléctrica y, como encontrara agua en abundancia, se dedicó a rellenar con este líquido todos los tanques de gasolina. Hecho esto volvió al cuerpo de guardia, resuelta a impedir la fuga.

Mientras tanto, en la cárcel de San Juan otro grupo de norteamericanos, también muy encolerizados, que, asimismo, resolvieron hacer algo.

AL notar que la vigilancia de que eran objeto no parecía tan intensa, y que algunos de los soldados se entregaban al sueño, se arrojaron contra ellos y, en un abrir y cerrar de ojos, los redujeron a la impotencia. Les quitaron los uniformes y las armas y se apresuraron a disfrazarse.

Logrado eso, ya no les fue difícil salir por una de las brechas que había en los muros del patio, a consecuencias de la explosión que ya conoce el lector.

Echaron a andar por la ciudad, hacia el campo de aviación y llegaron al amanecer.

No tardaron en darse cuenta de que ocurría algo extraordinario, porque oyeron gritos, golpes y maldiciones y, dirigiéndose al edificio de que precedían, no tardaron en descubrir a sus compañeros de Long Island.

Ya se puede comprender que el encuentro fue en extremo agradable para todos. Sin embargo, y a consecuencias de la alarma que el ruido había suscitado, viéronse

obligados a derribar y dejar sin sentido a tres o cuatro soldados.

Luego hicieron un registro y encontraron a Sandbag Sanders y al joven Diego de Toledo, quienes, con la mayor alegría, recibieron la libertad.

Mientras tanto aumentaba el ruido en dirección de los cuarteles y los fugitivos decidieron apoderarse de los aviones de caza que había en los hangares, en tanto los pilotos de los trimotores se encargarían de sus propios aparatos.

Así lo hicieron todos y, uno tras otro, se elevaron los aparatos. Sonaban las cornetas y la alarma se difundió por toda la ciudad.

Los oficiales del ejército, que andaban diseminados por ella, empezaron a movilizarse y también se dispusieron a actuar las fuerzas a las órdenes de Mico Morton; de modo que, al poco rato, no quedaba un solo avión en el campo.

Ya a gran altura, Red Gleason tomó el mando y la primera cosa que hizo, fue ordenar que toda la flota se dirigiera a un valle distante, donde habían de aterrizar los aparatos de transporte y permanecer bien ocultos.

Mientras tanto, como ya hemos dicho, Mico Morton y sus hombres se disponían a perseguir a los fugitivos, de modo que no había de transcurrir mucho rato sin que se trabara la lucha entre ambos grupos.

Volando por aquellas solitarias montañas de los Andes, Pacari Manco había levantado el brazo para arrojar su cuchillo contra Cy Hawkins, cuya muerte acarrearía la de don Felipe de la Fuente.

Pero en cuanto hubo hecho aquel movimiento, Eugenia de la Fuente comprendió, con la rapidez del rayo, que aquel hombre había sido el asesino de su hermano.

Gracias a sus fuertes dientes había logrado romper las cuerdas que sujetaban sus manos, y en cuanto Pacari Manco hizo aquel gesto, ella le agarró la mano por detrás y le dio tal tirón que le desarticuló el brazo.

Luego se apoderó del cuchillo, y, recordando la muerte de su hermano, la joven lo clavó en la espalda de Pacari Manco. Y así, éste fue a unirse con las sombras de sus antepasados.

Su cuerpo, a causa del cabeceo que dio el avión, cayó al vacío, y antes de que el aeroplano entrase en barrena, la animosa muchacha saltó a la carlinga del piloto, se apoderó de los mandos, enderezó el avión y cuando Cy Hawkins miró hacia atrás, vió a la muchacha que pilotaba el aparato y observó que su compañero había desaparecido.

Eso le extrañó en gran manera, pero siguió adelante en su vuelo, aunque, con la mano, hizo señas a la muchacha de que le siguiera, porque don Felipe le indicaba el camino de regreso a Valverde, en donde el aviador esperaba encontrar de nuevo a Bill Barnes.

# CAPÍTULO XXXI

## CONDORES A LA VISTA

En cuanto Bill Barnes sintió los efectos de aquella tremenda explosión, que lo arrojó a través de las puertas del Valle de las Alas de la Muerte, sintiose lanzado al suelo, pero una acción refleja, casi automática, un impulso de su subconciencia, le obligó a actuar la pequeña palanca que ponía en marcha el aparato rotor del autogiro.

Salió disparado el árbol de acero a su espalda, abriéndose las palas como las varillas de un paraguas, y su rápida rotación contuvo al aparato de modo que, al fin, éste pudo descender suavemente.

Antes de llegar al suelo, Bill Barnes se había rehecho un tanto y miró, casi deslumbrado, a su alrededor. De nuevo puso en marcha su motor e hizo replegar el autogiro.

El aire frío le devolvió muy en breve sus facultades, y observó entonces que se elevaba sobre un ancho valle. A su espalda y lejos, estaban las amenazadoras puertas que guardaban el Valle de las Alas de la Muerte. Se inclinó sobre un ala y volvió hacia atrás para aproximarse a unos centenares de metros de aquel lugar y luego se elevó para contemplar el valle desde cierta altura.

Y lo que vio dióle la explicación de lo que allí ocurría. Y satisfecho, emprendió el regreso a Valverde.

La creciente amenaza que constituía la escuadrilla de Mico Morton preocupó en gran manera a Red Gleason y más aún porque ignoraba el paradero de su jefe.

Al mirar hacia atrás observó que los aparatos de Mico Morton estaban ya en el aire y dispuestos a reunirse en buena formación. Se le cayó el alma a los pies al contar doce aparatos, entre los cuales se hallaban seis de tipo de bombardeo, nuevos y muy rápidos, de modo que también podían servir como aparatos de caza.

Se elevaron en cuatro formaciones de tres aparatos y emprendieron la persecución de Red Gleason y sus hombres. Aquello era bastante alarmante, y Red dio toda la marcha a su motor para ver si podía evitar el combate, pero entonces su motor empezó a funcionar de un modo raro.

Dio algunas explosiones falsas, y resultó evidente que el funcionamiento de sus cilindros no era normal. Al volver la mirada pudo observar que lo mismo le sucedía a los restantes aparatos.

Los pilotos parecían muy preocupados y todos empezaron a perder altura.

Red lo intentó todo con objeto de normalizar el funcionamiento de su motor pero el altímetro le indicó que seguía perdiendo altura, y el indicador de velocidad daba a entender que también disminuía la marcha. No podía hacer cosa alguna para evitarlo.

Con la mirada buscó un sitio apropiado para aterrizar, aunque estaba seguro del trato cruel de que serían víctimas todos ellos por parte de los hombres de Mico Morton.

Los demás aparatos iniciaron el vuelo planeado para llegar a tierra, del mismo modo como lo había hecho él. El agua que Dolores había puesto en la gasolina hacía su efecto.

La escuadrilla de Mico Morton se dirigió hacia ellos, rugiendo. Pocos minutos tardarían en oírse las ametralladoras, cuyos proyectiles destrozarían al enemigo. Red Gleason contrajo las mandíbulas y maldijo la situación desesperada en que se hallaba. Descendió en vuelo planeado, porque sus motores ya no funcionaban.

Entonces Gleason dirigió la mirada hacia delante y el corazón le dio un vuelco de alegría al ver la silueta familiar de uno de los aviones de caza de Barnes. Llegaba rugiendo hacia la escuadrilla de Mico Morton. Comprendió que sería Cy Hawkins y su corazón cobró nueva vida, al ver a su amigo y compañero. Aunque era ya un hombre endurecido en la lucha, Red Gleason se estremeció al observar aquel valeroso ataque de uno solo contra tantos.

Y cuando enderezaba el aparato para aterrizar, levantó la mirada y pudo oír las ametralladoras de Cy Hawkins, cuyos proyectiles iban a dar contra la escuadrilla de Mico Morton.

Luchando contra fuerzas tan desiguales, Cy Hawkins debía sucumbir forzosamente. La escuadrilla de Mico Morton se diseminó y algunos de los aparatos se encaramaron para arrojar sobre el intrépido aviador, mientras los restantes se abstenían de disparar, esperando poder hacerlo con seguridad de éxito.

Parecían un grupo de experimentados cazadores que acecharan a un ciervo mientras el animal se metía en la trampa preparada.

Hasta entonces no observó Red Gleason el solitario aparato de color plateado que volaba mucho más alto y hacia atrás. Era de un modelo extranjero, que no conocía y sintió un desencanto al ver que no era Bill Barnes. Se apeó y entonces, Scotty Closkey se acercó a él.

—No les ha ocurrido nada malo a los motores —dijo—. Simplemente, han echado agua a la gasolina. Quiera Dios condenar a quien hizo esto.

Casi temeroso de mirar, Red Gleason volvió de nuevo los ojos hacia arriba.

Cy Hawkins aún volaba. Acababa de encabritar su aparato y, al mismo tiempo, disparó contra uno de los aviones de Mico Morton. Pero otros seis se disponían a arrojar sobre él, de modo que todo era cuestión de pocos segundos.

Red Gleason apartó los ojos, dolorido y temeroso de ver lo inevitable.

De repente levantó la cabeza al oír una voz de entusiasmo de los que le rodeaban. Y el corazón le dio un salto.

—¡Gracias a Dios! —exclamó en tono ferviente.

En aquel momento acababa de aparecer, como una bala gris, el aparato de Bill Barnes.

Su sola aparición contuvo el ataque de que iba a ser víctima Cy Hawkins.

Mico Morton enderezó cautelosamente su aparato, porque ya conocía a aquel demonio gris.

Como la bala vengadora, el diminuto avión se dirigió hacia el centro de la escuadrilla de Mico Morton. Todos los aparatos se diseminaron, y las ametralladoras de Bill Barnes empezaron a disparar con la mayor saña.

El aparato más cercano al que tripulaba Mico Morton, empezó a caer como una hoja seca, y fue a parar a tierra.

Cy Hawkins se inclinó sobre un ala y luego encabritó su aparato, dispuesto a apoyar a su jefe. Entonces Bill Barnes hizo algo sorprendente. Ordenó a Cy Hawkins que lo siguiera y, dando media vuelta, emprendió la fuga.

Aquello era rarísimo, y el grupo de Mico Morton hizo una pausa, quizá esforzándose en comprenderlo. Pero no hay nada como la fuga del enemigo para despertar el ardor de la persecución. Como manada de lobos, se arrojaron sobre el fugitivo aparato gris, sin pensar ya más, en los aviones que se habían visto obligados a aterrizar.

No hicieron ningún caso del aparato de Cy Hawkins cuando éste volvió describiendo un gran círculo para situarse detrás del enemigo a fin de impedir el ataque contra la flota de Red Gleason.

Nadie observó tampoco la ausencia del aparato plateado, que desapareció hacia Valverde.

Reverberaban las paredes rocosas de las montañas andinas al devolver el eco el rugido de los motores. Mientras tanto el pequeño aeroplano gris huía ante ellos y todos lo seguían, aunque sin poder aproximarse.

Al frente, y a gran distancia, Mico Morton pudo ver algo que parecía una puerta enorme. La anchura de sus jambas era más que suficiente para permitir el paso de su flota.

Y siguiendo lo más cerca que podía a su enemigo, se le ocurrió de pronto conectar su aparato de sobrecarga, que poco antes había adaptado a su aeroplano.

Con la mayor sorpresa, observó que Bill Barres subía de pronto para no pasar por entre aquellas columnas de rocas. Mico Morton lo siguió instantáneamente, elevándose a un millar de pies y casi con la misma velocidad de su enemigo, pero los demás aparatos, a aquella altura, no pudieron obedecer con tanta facilidad y por esta razón nivelaron su vuelo horizontalmente y, rugiendo, atravesaron aquella ancha puerta.

A mil pies sobre ellos, Mico Morton se quedó horrorizado al ver unas grandes sombras negras que parecían elevarse de un salto y que iban al encuentro de sus

aviones.

Aquellos enormes cóndores se elevaron con la rapidez del rayo y el aire se estremeció ante las terribles y continuadas explosiones en tanto que los aeroplanos se desplomaban al suelo, reducidos a fragmentos, con los que caían confundidas las plumas de aquellas enormes aves que, al atacar, se sacrificaban, al mismo tiempo que daban muerte a sus enemigos.



# CAPÍTULO XXXII

## EPÍLOGO

Sólo tres aparatos de la flota de Morton salieron idemnes de aquel terrible ataque. Aquellos aviones eran de bombardeo e iban a la retaguardia de la flotilla. A su llegada todos los cóndores habían desaparecido, destrozados con sus enemigos y de un modo u otro consiguieron pasar sin sufrir grandes daños.

Estremecido de horror por lo que había visto, Mico Morton se volvió para tener un nuevo sobresalto, porque Bill Barnes había dado media vuelta y sus ametralladoras empezaron a disparar contra él. Entonces Mico Morton olvidó su orgullo y emprendió la fuga.

Los tres aeroplanos de bombardeo parecieron quedarse indecisos y Bill Barnes se arrojó contra ellos.

Entonces torcieron hacia la derecha yendo a situarse sobre el risco, debajo del cual estaba la enorme sala del sumo sacerdote de los incas, pero Bill Barnes se apresuró a retroceder, elevándose al mismo tiempo a toda prisa, porque había visto una nueva bandada de cóndores que iba a situarse sobre los aeroplanos de bombardeo. Y mientras daba todo el gas al motor, se volvió y pudo ver que los cóndores se arrojaban como plomos sobre los aeroplanos de bombardeo.

Los aviones, para poder huir con mayor velocidad, se apresuraron a soltar todas las bombas que llevaban y lo que sucedió entonces fue demasiado horrible para contarlo.

Los enormes cóndores atacaron los aeroplanos y unos y otros estallaron casi al mismo tiempo y quedaron envueltos en una nube de humo y de llamas. Un instante después las bombas hicieron explosión con tan terrible fuerza, que arrancaron de cuajo la parte delantera del acantilado, que se desplomó sobre el valle.

Antes de que Bill Barnes pudiera alejarse de allí, vió una enorme ala expuesta a la luz del día, en tanto se derrumbaban las rocas. Entonces emprendió el vuelo hacia Valverde, estremecido a su pesar por los horrores de que había sido testigo.

Los aeroplanos de transporte abandonaron por fin su escondrijo y llevaron nuevas provisiones de gasolina a la flota que mal de su gusto, se vio obligada a aterrizar.

Bill Barnes, aún pálido y estremecido, se reunió con sus compañeros.

La primera persona que le saludó fue don Felipe de la Fuente.

—Si quiere usted ser presidente de Rolivia, don Felipe, creo que esta es la ocasión.

Mas su observación se perdió en la serie de preguntas y respuestas que se cruzaron de unos a otros. El se negó a contestar hasta que hubiese averiguado lo que

le importaba. Por ejemplo: «¿Qué había sido de Dolores?».

Scotty Mac Closkey la había expulsado violentamente, ordenándole que no se presentara más ante él y ella obedeció. En cuanto a Eugenia de la Fuente pronto dio fe de su existencia, porque apareció un aeroplano de construcción extranjera, de color plateado, y en cuanto hubo aterrizado, se apeó la joven, que fue a arrojarle en brazos de su padre, y todos notaron que el joven Diego de Toledo fue el segundo en recibir sus saludos, algo más reservados, desde luego, pero no menos alegres.

¿Y qué había sido de Fierro? Eugenia levantó orgullosa la cabeza y contestó:

—Yo lo he matado. Era un enemigo de mi padre y, por lo tanto, también de mi patria. Además, el presidente don Esteban de Morales, ha huido y todo el pueblo vitorea a mi padre. También ha huido aquel banquero norteamericano a bordo del aparato de Mico Morton, que, igualmente, se llevó a esa mujer llamada Dolores. Todos se han marchado y en el palacio del presidente te aguardan, papá.

Don Felipe se dirigió a Bill Barnes y le dijo:

—Gracias a esos nobles jóvenes que, con tanta valentía, han salvado a un desdichado país sumido en la barbarie y en la tiranía. Y puedo añadir que todos los honores que pueda tributarles Rolivia serán escasos y no podrán premiar todo su valor y su lealtad.

»Señores, les pido el favor de ser mis huéspedes en el palacio presidencial, durante toda su vida, si así lo desean.

Aquella oferta era sincera y todos pudieron darse cuenta de ello, pero cuando ya se disponían a emprender la marcha hacia la capital, don Felipe se alejó con Cy Hawkins y le dijo:

—Amigo mío, sé que es usted hombre de honor. Por consiguiente, le pido que guarde silencio acerca de lo que vió en la caverna de la montaña. Y a cambio de su lealtad y de su auxilio, que me permitirá conservar ese tesoro para el fin a que está destinado, le ruego que me lleve una vez más allí, en un aeroplano algo mayor que el suyo, porque tendremos que tomar lo suficiente para recompensar a todos ustedes.

Y la recompensa fue magnífica. Don Felipe y Cy Hawkins hicieron un viaje secreto a aquella cueva, tripulando un trimotor y regresaron en extremo cargados, con una cantidad de oro que fue depositado en el banco a nombre de Bill Barnes y de sus compañeros.

Y aquel oro equivalía a algo más de un millón de dólares.

Hasta después de la cena de gala que se dio aquella noche en el palacio presidencial, no quiso Bill Barnes contar lo que vió en el Valle de las Alas de la Muerte.

—Como ya os dije —observó—, fui allá por vez primera de un modo casual, pero pude observar algunas cosas que me llamaron la atención.

»Ya saben ustedes que siempre fui algo escéptico acerca de esos cóndores que llevaban la destrucción a todas partes. Mañana me propongo hacer otro viaje de exploración a aquel valle, pero les diré lo que he imaginado.

»Esos cóndores no eran, ni más ni menos, que unas máquinas o aparatos muy perfeccionados. Algún hombre muy inteligente entre los descendientes de los incas, se enteró de la existencia de los torpedos aéreos, guiados por ondas eléctricas. En forma de un aparato hábilmente construido dispusieron la armazón de plumas y el cuerpo del cóndor para darle cierto valor supersticioso. Eso ya lo veremos mañana. En cuanto al secreto de las puertas del Valle de las Alas de la Muerte consiste, simplemente, en una serie de células de selenio, fotoeléctricas dispuestas en cada una de las jambas. Cuando algo pasaba entre ellas, la corriente eléctrica, inducida por las células de selenio, soltaba a esos cóndores dirigidos por ondas eléctricas, que emprendían el vuelo y atacaban a la altura que determinaba el nivel de las células de selenio influidas por el paso de un cuerpo extraño.

»Cuando llevé a la escuadrilla de Mico Morton, a aquella trampa, lo hice adrede, figurándome que ninguno de ellos tendría aparatos de sobrecarga que les permitiese pasar por encima de las puertas. Por suerte para él, Mico Morton tenía tal aparato, pero todos los demás alcanzaron un triste fin.

—Pero, ¿cómo es posible que esos cóndores volasen en todas direcciones para derribar solamente determinados edificios? —preguntó Beverly Bates.

—Cuando ocurría eso —explicó Bill Barnes—, el cielo estaba siempre nublado y, sin duda, había algún globo dirigible que permanecía encima de las nubes, guiando por medio de ondas radiadas el vuelo de esos aparatos de destrucción.

Cuando, al día siguiente, hicieron una visita al Valle de las Alas de la Muerte, observaron que en la sala del sumo sacerdote hubo una destrucción terrible y que allí nadie quedó con vida. El laboratorio estaba menos perjudicado, pero, de todos modos, inservible.

Todos comprendieron que aquellos siniestros descendientes de Huascar habían alcanzado una gran habilidad mecánica y química a juzgar por las muestras de sus trabajos. Encontraron algunos cóndores a medio fabricar y eso les permitió comprobar que la teoría de Bill Barnes era exacta.

Todo el mundo respiró satisfecho al conocer la destrucción absoluta de aquellos hombres malvados y de los poderosos medios de destrucción que habían inventado.

Como se comprende, Bill Barnes y sus amigos fueron nombrados oficiales del Cuerpo de Aviación de Rolivia y además asistieron a la boda de don Diego de Toledo con la señorita Eugenia de la Fuente. Y el novio no pudo disimular su desagrado al ver que los aviadores insistían en su privilegio de besar a la novia.

—No tiene ningún motivo para enfurruñarse —observó Mac Closkey—. Tendría

que estar muy contento de no haber muerto.

Y eso mismo pensaron todos al levantar las copas de champaña para brindar.

FIN

GEORGE L. EATON. Fue el seudónimo utilizado para escribir las novelas «pulp» que narraban las aventuras de *Bill Barnes* publicadas por Street & Smith Publications. El primero en utilizar este seudónimo fue Malcolm Wheeler-Nicholson para escribir las primeras entregas. Posteriormente, los escritores Chuck Verral y Monty Montayne, se hicieron cargo del personaje, aportando cada uno, un mayor grado de verosimilitud, tanto en lo técnico como en el desarrollo de los personajes secundarios. Arch Whitehouse, también participó, aunque en menor medida, como escritor de estas novelas.

\* \* \*

MALCOLM WHEELER-NICHOLSON (Greeneville, Tennessee, EE. UU., 4 de enero de 1890 - Long Island, Nueva York, EE. UU., 1965).

Ex oficial de caballería y empresario fundador de la editorial de comics National Allied Publications, precursora de DC Comics (DC Comics nace de la fusión entre National Allied Publications y Detective Comics).

Wheeler-Nicholson comenzó a escribir historias cortas para revistas «pulp». Escribió novelas de aventuras militar e histórica para revistas como *Aventurer* y *Argosy*. Bajo seudónimo escribió seis novelas de aventuras acerca de héroe aire Bill Barnes de Street & Smith Publications.

CHARLES SPAIN VERRAL (Ontario, Canada, 7 de noviembre de 1904 – 1 de abril de 1990). Escritor e ilustrador canadiense. Trabajó para Street & Smith escribiendo novelas «pulp» de la serie *Bill Barnes*, entre otras. Entre sus obras más leídas se encuentra *Brains Benton Mysteries*, una serie de seis libros publicados entre 1959 y 1961. También publicó muchas otras obras para niños, incluyendo *Lassie*, *Rin Tin Tin* y *Popeye*.

HAROLD P. MONTAYNE. Observador de globo en la primera guerra mundial. Escritor, autor de casi la mitad de las novelas sobre Bill Barnes publicadas en *Bill*

*Barnes, Air Adventurer*, cuyo nombre cambio a *Bill Barnes, Air Trails* en octubre de 1935, para terminar finalmente como *Air Trails*.

ARCH WHITEHOUSE (11 de Diciembre de 1895, Northampton, Northamptonshire, England, Reino Unido - 15 de Noviembre de 1979). Ex piloto de combate y escritor británico. Whitehouse fue un escritor prolífico, comenzó escribiendo novelas «pulp» en *Flying Aces* y *Sky Birds*, para terminar como escritor de libros de temática de aviación.